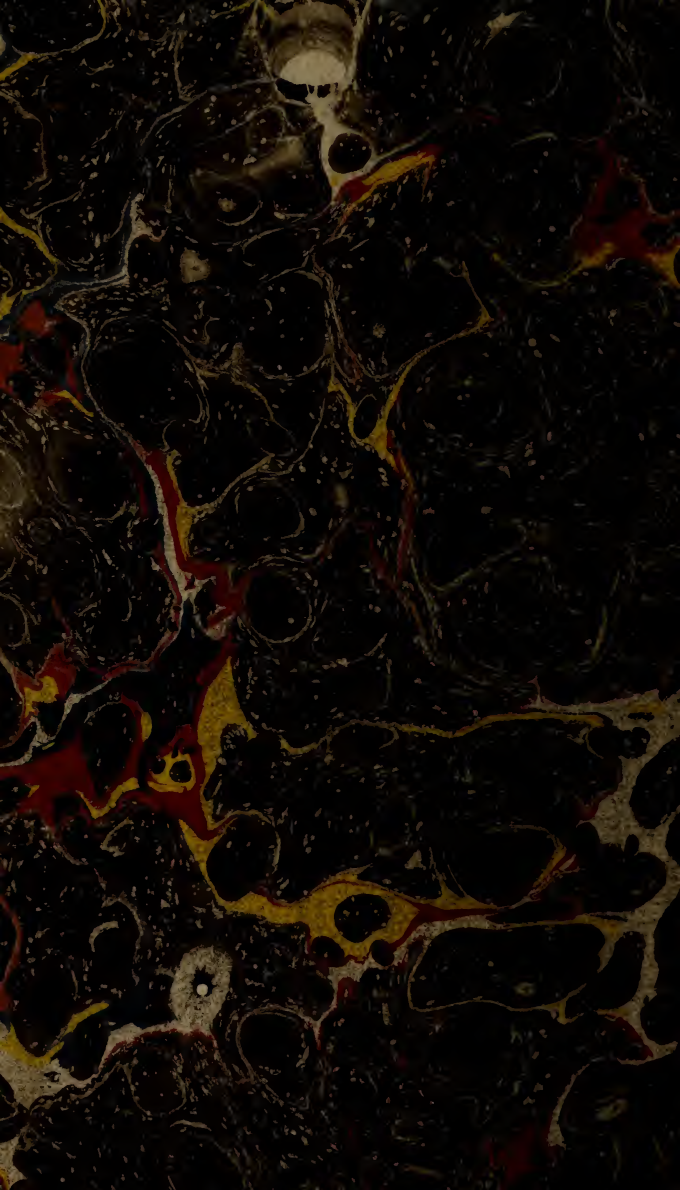
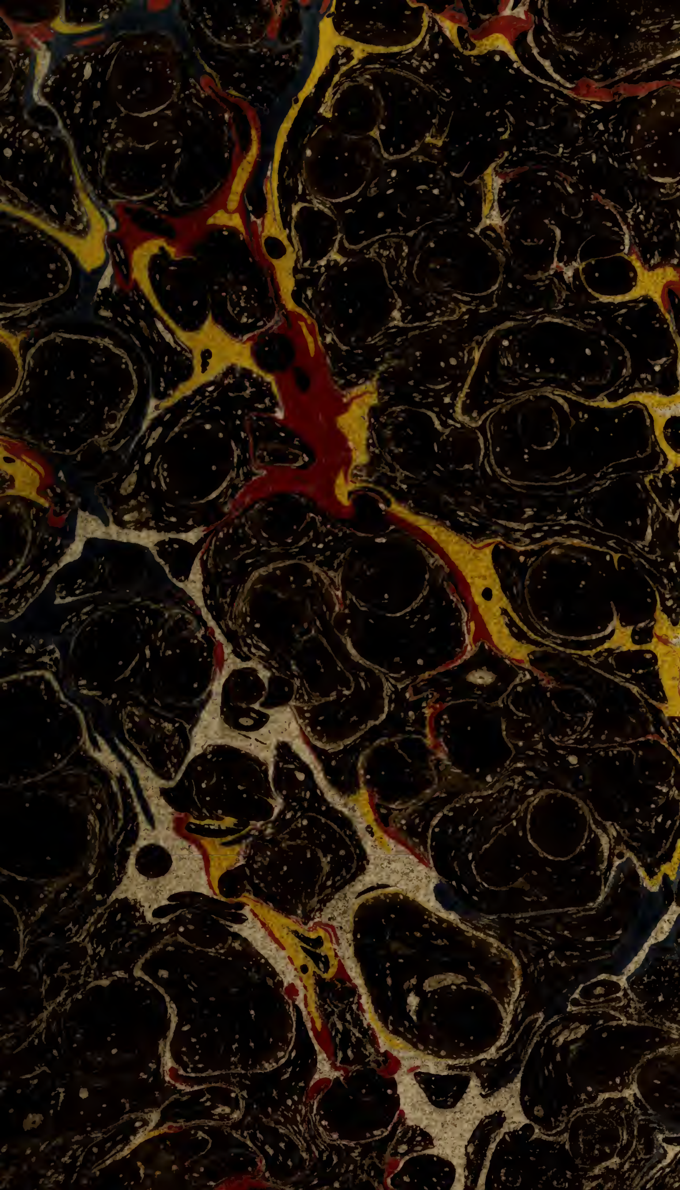

3 1761 09545886 5

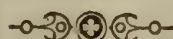




EL POETA

Y

EL BANQUERO.



ESCENAS CONTEMPORÁNEAS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

por D. Pedro Mata y Fontanet

MÉDICO-CIRUJANO, MIEMBRO TITULAR Y CORRESPONSAL DE VARIAS SOCIEDADES SABIAS DEL REINO Y ESTRANJERAS, REDACTOR EN GEFE DEL CONSTITUCIONAL, DIPUTADO A CÓRTES, ETC.

TOMO III. – IV

Barcelona.
IMPRENTA DEL CONSTITUCIONAL.

1842.

EL POETA Y EL BANQUERO.



CAPITULO XXIV.

UN BULLANGUERO.

—¿Y qué vais á hacer ?
—Una conmocion que derribe de una vez á esos pasteleros, y los reemplace por patriotas decididos.

Permítame el lector un salto de unos veinte y tantos dias, para presentarle á Pimentel de regreso á Barcelona con una gasa negra en el sombrero. Ya habia dado en efecto cuenta á Dios su pobre madre

de su conducta acá en la tierra, y al tercer dia de este trance, vijésimo de su llegada á su pais, Rojerio puso en venta todo lo que habia legado en testamento la difunta; pagó todas las deudas de su casa, y dándole un adios para siempre, se marchó de su suelo natal donde ya no podia retenerle nada de lo que forma la patria. Aunque era debida la muerte prematura de su madre á los progresos que habia hecho en pocos dias una enfermedad crónica de que adolecia de algunos años á aquella parte, no dejaba el desdichado Rojerio de percibir en el fondo de su conciencia un grito que, remontándose al oríjen de todos sus estravíos, le acusaba de causa ocasional de las desdichas de su familia. Y este grito que no podia sofocar, por mas especiosas razones que le sujeriese la necesidad de ahogarle, le hacia menos llevadera la pesadumbre que le oprimia el pecho. Pero como al mismo tiempo se ajitaban en su espíritu otras ideas, y conmovian su corazon otros sentimien-

tos, cuyo desahogo permitia mucho mas la muerte que la vida de la ventera, al lado de la reconvencion que se levantaba del fondo de su conciencia, sentia Rojerio una especie de parabien que no se atrevía á revelarse, pero que esparcia en su interior una fuerza espansiva y templadora de agudos remordimientos.

Inmediatamente despues de haber llegado á la capital, trató Rojerio de dar noticia á Concha de todo lo acaecido y de proseguir con mas ahinco que nunca su plan de fuga prorogado; mas la casa de Don Severo ya habia tomado un aspecto muy diferente, y ni podia Concha dejarse ver en su jardin, ni era dueña María de salir á la calle á medida de su antojo. El banquero estaba casi enteramente restablecido; su esposa no podia dejarle, ni de dia ni de noche; y para mayor desgracia de los dos amantes, habian indicado los médicos al convaleciente que seria mucho mas rápido y sólido su restablecimiento si acabase

su convalecencia en el campo; lo cual ejecutó sin dilacion Casavella, trasladándose con toda su familia á un pueblo de la costa de levante. Rojerio se dejó ver en todas partes; atravesó la calle de Conchita cien veces, y viendo que no sacaba nada de todos estos pasos, puso una poesía individual en un periódico, por si llegando á la vista ú oidos de su amada, le mandaba la doncella que los ponia en relacion. Esta tentativa fué tan infructuosa como las anteriores, y el poeta tomó la resolucion de hacer preguntar por el primero que encontró á la casa del banquero, si se podia ver al señor de Casavella ó á su señora. Cual fué su sorpresa cuando le contestaron que ni uno ni otro se hallaba á la sazon en Barcelona. Atormentóse su pensamiento con mil sospechas y conjeturas, hasta que sin querer pudo averiguar por la conversacion de unos estraños la verdadera causa de la ausencia de Casavella y su consorte, porque los acontecimientos de esta familia formaban constantemente la

mayor parte de las pláticas de los buenos barceloneses. Calculando que no debia de prolongarse semejante ausencia y que era mas que nunca indispensable la reserva de sus pasos para no acrecentar los obstáculos, Rojerio aguardó resignado el dia en que se pudiese ver con la doncella para acabar de poner en práctica su plan y fugarse de Barcelona.

Vuelto á su acostumbrado trabajo y á su melancolía y aislamiento acostumbrados, cada sol que se le ponia le acortaba la jornada que se iba haciendo y le aprocsimaba un paso al objeto de sus constantes votos. Ni era bastante para sacarle de esta vida, al parecer vegetativa, la pugna cada dia mas abierta y mas reñida de los partidos de la capital, los cuales volvian ya á encontrarse en la arena para disputar otra vez el poder de Cataluña.

Era á mediados de abril, y el dia en que menos podia soñarlo, abrió la puerta del cuarto de Rojerio un jóven, el único amigo que habia tenido y que

conservaba aun en su desdicha. Entusiasta por la libertad y emancipacion del pueblo, habíase comprometido este jóven desde el primer armamento de voluntarios de Isabel II, é hizo en su pais todo y mucho mas de lo que habia hecho Rojerio en Barcelona. Nacional voluntario, redactor político, tribuno callejero; hoy lo abandonaba todo para salir á campaña y batirse denodado contra las hordas carlistas; mañana estampaba en un periódico discursos palpitantes contra la conducta de los mandatarios del poder; otro dia, en medio de un concurso numeroso que le escuchaba entusiasmado, improvisaba elocuentísimas arengas sosteniendo las regalías que disputaban al pueblo los interesados en mantenerle abyecto bajo el yugo del quietismo. Costábale esta conducta el sacrificio de su reposo é intereses, el comprometimiento de su reputacion constantemente envuelta en una nube de calumnias, y el malogro de un porvenir brillante que podian prepararle

sus talentos no comunes y sus grandes conocimientos. Sin embargo, el entusiasta Sarriego (pues tal era su nombre) no era sugeto á quien arredrasen todos estos sufrimientos, y no habia de abandonar la mision sublime á que se creia llamado, aunque la palma del martirio hubiese de ser el premio de sus esfuerzos jenerosos. Cada obstáculo que encontraba en la senda del progreso, por donde queria marchar constantemente, inflamaba mas los deseos de su ardiente corazon y le infundia nuevas fuerzas para la lucha. El mejor título que podian darle era el de *patriota*; la mas lisonjera mision, la de sostener al débil contra el fuerte, al oprimido contra el opresor, al pueblo contra sus tiranos; el empleo mas satisfactorio de su fusil, hacerle salir con frecuencia á campaña y esponerle á las mortíferas bocas de los trabucos rebeldes. Inútil es decir que este jóven estaba desarmado por los reaccionarios de enero á par de una infinidad de compañeros de armas constituidos de analo-

gos elementos, por llevar como todos impresa en su frente la marca de *bullanguero* ó amante del desórden. Habíale dejado Rojerio en su pais cuando la muerte de su madre, y se hallaba á la sazon en la capital del principado para proseguir sus estudios en el arte de curar. Enterado de todos los embates de los dos partidos y deseoso de venir cuanto antes á las manos para derribar á los que creia y llamaba pasteleros y enemigos de la libertad del pueblo, hervía en su volcánica cabeza el proyecto de una bullanga, creyendo el mal aconsejado que no hay medio mas conducente para emancipar al pueblo de sus tiranos que una revuelta callejera, en cuyo programa no le permitian soñar siquiera sus jenerosos sentimientos en el robo, el incendio y el asesinato que solo pueden urdir y perpetrar los abandonados del cielo. Rojerio era para él no un amigo, sino un hermano, no un hombre sino un Dios; lo idolatraba hasta el fanatismo, y no se deja cortar con tanto celo

el cuello un musulman por su profeta como se hubiese dejado decapitar Sarriego por sostener la honradez, la virtud y los talentos de Rojerio. La antigüedad ha circunscrito en Castor y Polux, en Pílades y Orestes la idea de una acendrada amistad, y sin embargo estas amistades tan celebradas acaso no eran un tercio de la amistad de Pimentel y Sarriego.

Entró el jóven en la guardilla de Rojerio, y despues de haberse dado recíprocamente las mas vivas muestras de su afecto, continuó aquel diciendo:

—Vamos á otra cosa, Rojerio; voy á comunicarte un secreto... tengo grandes proyectos que ejecutar y quiero que me ayudes, cuando no con tu brazo, con tu cabeza.

—¡Yo!

—Si, tú, atiende: ¿Ya vés á que punto han llegado las cosas en Barcelona?

—¿Me vas á hablar de política?

—¿Pues?

—Entonces te pido que me hagas el favor de mudar de pájina.

—¡Cómo!

—Las circunstancias en que me hallo no me consienten ocuparme en asuntos políticos, y aun cuando fuesen otras, los evitaria igualmente, por cuanto ya no me queda ninguna ilusion acerca de esas fantásticas palabrotas que se decoran con el nombre de *libertad*, *ley*, *garantias*, y otras infames farsas con que embaucan á la multitud los saltimbanquis políticos.

—¿Ya estás en lo que vas diciendo, Pimentel? ¿eres tú Rojerio?

—Lo mismo que tú Sarriego.

—Pues entonces es un sueño lo que me está pasando.

—¡Ojalá que lo fuese!

—¡Rojerio, no te comprendo!

—Y con todo nada mas fácil. Créeme, desiste de esos proyectos que no quiero saber, porque los adivino y me estremezco..... Eres jóven, tienes entusiasmo y se cuenta contigo para los

sacrificios, mas no para las recompensas. Tú trabajas con ardor, con desinterés, con buena voluntad y conciencia, y los que te procuran este trabajo, los que te invitan á él no hacen sino esplotarte en su favor. Tú les darás tu reposo, tu fortuna y tu cabeza, y ellos no te darán mas recompensa, si triunfas, que una palabra; ni te tributarán mas pésame, si sucumbes, que un sarcasmo. Cuando será necesario ofrecer el pecho á las huestes de un tirano ó á las de los carlistas, siempre se contará contigo, te halagarán, te llamarán valiente, te proclamarán héroe para que vayas á nutrir los lobos del desierto y los lobos de las ciudades. Si les entregas sano y salvo la cabeza del tirano ó las banderas del enemigo, te rebuscarán alguna falta de formalidad, algun desvío de la pauta trazada por los tiranos que te hicieron combatir: esto les dispensará de darte siquiera las gracias; te mirarán con ceño; te arrojarán de su banquete como espectador profano, y te inscribirán en

la lista de las cabezas volcanizadas, destinadas para cubrir el espediente cada vez que haya necesidad de hacer lo que se llama un escarmiento, y....

—Pero ¡Rojerio, ya estás en tu juicio! ¿A qué viene todo este arengon tan estrambótico, cuando ni siquiera sabes cuales son mis proyectos, ni en que posicion me encuentro, ni nada de lo que me proponia decirte? ¡Vaya un modo de desatinar!

—Tus proyectos, tu posicion; los mismos que yo revolvia en otros tiempos, la misma en que yo me hallaba meses atrás. Conocido por mi entusiasmo y ecsaltacion de ideas, todos me buscaban; todos me rodeaban; todos me estaban atizando; todos me agoviaban de comisiones; todos me decian « tú sabes hablar, tú sabes escribir: vé, vuela, improvisa, inserta, ataca; no tengas respeto á rey ni á Roque, y luego, cuando ya estaba en la arena, cuando me habia engolfado hasta los codos en un mar de compromisos, siempre tenia que

luchar con mis solas fuerzas; la envidia me arrebataba el premio en mis triunfos; la envidia me hacia muecas en mis derrotas."

—Pero si eso es hablar á tontas y á locas! si á mí nadie me imita, nadie me rodea, nadie me viene á buscar, ni me dan comision ninguna ¿á qué vienen tan intempestivas declamaciones? Déjame explicar de una vez y despues charla, si quieres, hasta el dia del juicio universal.

—Ya te he dicho que no estoy para ello: déjate de asuntos políticos.

—¡Pues no deja de estar gracioso el hombre! No está para escucharme sobre asuntos políticos, como si algun negocio de gravísima importancia ocupase á su señoría, y si le dejase hablar, no acabaria de un mes con sus sermones de vejestorio y sus máximas á lo hombre de mundo, que pegan tanto para el caso como á la burra las arrecadas.

A pesar de todo su mal humor no pudo menos Rojerio que reirse de las últimas palabras del aturdido amigo.

— Ya puedes reirte (prosiguió) maestro de moral desalentadora. Si tales son tus sentimientos, si tal es tu doctrina ya saldrán de tu escuela grandes hombres... Pero no tienes tú la culpa... Sobre que ya me lo habian dicho... Mas, te confieso que me has engañado como un chino. Segun veo, al cabo tendré que dar ascenso al rumor público.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que al cabo creeré que eres realmente un egoista, un pastelero.

— Yo!

— Tú.

— Y porqué?

— Porque todo está lleno de tus versos y discursos palpitantes de entusiasmo y exaltacion; todos te han visto trabajar como el primero para el cumplimiento de la grande obra; todos te han oido por las calles hecho un imperturbable tribuno, y ahora me sales con la embajada de que los nombres de libertad y garantía no son mas que farsas; de que no tenemos otros gefes que calcu-

listas y aventureros y que sé yo que lugares comunes mas has ido echando por esa maldita boca. Confiésote francamente que no sé comprender mudanza tan repentina, y si has tenido fe en las doctrinas que has vertido en tus escritos, no sé como puedes abundar ahora en sentimientos que, á participarlos todos los del bando liberal, seria cierto y perdurable el triunfo de los tiranos.

—¿Qué? ¿no comprendes mi repentina mudanza? Diriase que ignoras mi triste historia y sin embargo nadie mas que tú debe saberla. Léjos de ser repentina mi mudanza de ideas y sentimientos, ha sido lenta y muy lenta, y no ha podido verificarse sino despues de una reñida lucha entre la realidad de los hechos y mi fé en mi utopia. Desde que me lancé al palenque político, con la misma efervescencia que tú ¡cuántos encuentros no he tenido! ¡cuántos peligros no he arrostrado! ¡cuántos antagonistas no he confundido! Siempre el primero en el asalto me he mantenido en la brecha,

cuando nadie se atrevia á acercarse todavía, y cuando todos ya se habian retirado. ¿Y quién me ha derribado siempre? ¿quién me ha vendido al bando opuesto? quién empezó á cubrirme de calumnias, á prepararme persecuciones? El partido á quien servia: sus gefes, sus togados; esos leones que sin haber hecho nada se reparten la gloria popular diciendo impudentemente: « La primera parte es para nosotros, porque somos nosotros; la segunda, porque nos dignamos dirigiros; la tercera, porque somos mas fuertes; y ¡guay del que tocare la cuarta! porque le haremos la guerra y le revolcarémos en el polvo.'' Fuerte con mi conviccion, con la verdad de que me habia constituido apóstol, la prediqué sin cesar, mientras hubo quien me prestase su atencion; desalentábase mi corazon al contemplar cada dia mas reducido mi auditorio, y sin embargo luchaba: solo cuando me ví clamando en el desierto me retiré, dejando en el fango, por donde me revolcaron los jefes

revolucionarios antes que los retrógrados, las ilusiones y esperanzas que me habian sostenido en mi jigantesca empresa. Ya lo sé, Sarriego: no me son desconocidos los rumores que mis enemigos de todos bandos hacen circular contra mí. Todos sienten por instinto que donde hay un jérmen de virtud, de buena fé y de entusiasmo, siempre ha de esperarse la reproduccion de un prestijio que ellos han hecho abortar con sus intrigas y manejos. Y ellos temen y aborrecen este prestijio porque no trabajan sino para la ecsaltacion de su interés ó amor propio, y todo lo sacrifican á este amor propio ó interés.

—Inútil es que te estiendas mas sobre este particular, puesto que abundo en los mismos sentimientos, y no ignoro lo infamante que se han portado contigo los ecsaltados barceloneses. Pero es preciso que no los confundas á todos; es preciso distinguir los malos de los buenos. Los ecsaltados que te han perseguido no forman mas que una miserable

cuadrilla de ambiciosos, tan nula en el inmenso gremio de los liberales como en un espeso bosque de altas encinas un raquítico acebuche. Mira mas alto Rojerio, abarca mayor circunferencia y no abandones la obra de todos los pueblos de la tierra, la obra de jigantes, por una docena de pigmeos que ni siquiera saben que haya esta obra que cumplir.

—Y con todo ellos son los centuriones en las lejiones de los libres; ellos son los Moises y los Aarones de ese pueblo que huye de los tiranos; ellos son los Godofredos y los Ricardos que guian nuestras cruzadas; ellos son los Pelayos y los Gonzalos que nos quieren conducir á la conquista de nuestra libertad é independencia.

—Yo estoy de acuerdo contigo en la mayor parte de cosas que vas diciendo; pero no es esta la cuestion. Es menester hacerte cargo de que todos no son Sarriego, de que no todos te ven á la distancia que yo. Yo que no te he perdido nunca de vista, porque conozco tu

corazon, no tengo la menor duda de que nunca ha sido corrompida tu conciencia: ya sé que antes perecerás de hambre en un rincon de tu guardilla que cometer una bajeza por dinero; ya sé que por tu entusiasmo y decision, por la violencia de tus pasiones has perdido, ó, por mejor decir, retardado el brillante porvenir que tus virtudes y talentos te merecen; y si te he dicho egoista y pastelero, vive persuadido de que en mi vida he creido, ni siquiera sospechado que lo pudieras ser; antes al contrario, ya en nuestro pais he sostenido de palabra y con hechos mas de cien disputas contra toda clase de enemigos tuyos que se empeñaban en ultrajarte llamándote apóstata y venal, y contra muchos entusiastas por tu nombre y tus principios que se hallan abrumados de semejante idea. Créeme, Rojerio, el predicamento en que estás entre los buenos patriotas, me llena de verguenza; me faltan hechos para convencerlos de que tu conducta no es debida sino á una reaccion

de un alma grande cruelmente herida, y con razon ó sin ella todos te han retirado sus simpatías; el prestijio que ejercias sobre la juventud se ha convertido en el odio que se profesa á los apóstatas, y cuando el partido progresista vuelve á rehacerse, á enseñorearse del mando y de la opinion pública, has de hacer un papel insignificante, por no decir ridículo, que yo no podré contemplar sin abrasarme de coraje.

—No, Sarriego: no te esfuerzes en buscarme el talon por donde puedas herirme. Ya fueron los dias en que tenian mucho valor y mucho peso semejantes reflecsiones. Hoy me rio de ellas como de todo. ¿Qué me importan los chismes de esa sociedad estúpida que no ha sabido nunca comprenderme?..... ¿Qué virtudes la adornan para que me sean interesantes sus sufrajios? Compláceme ser aborrecido de todos mis rencorosos enemigos, porque es este odio la apolojía de mi honradez y el sello de su maldad ó su ignorancia. Has habla-

do de buenos patriotas...... no sé......
pero si realmente los hay ¿dónde estaban cuando solo en el palenque me veian luchar á brazo partido contra el bando de los retrogrados? ¿Porqué en vez de ponerse á mi lado como hermanos de armas, ó de sostenerme con sus aplausos, como partidarios de mis ideas, no solo me abandonaron siempre al furor de los opresores, sino que ellos mismos les incitaban á ello cuando no se complacian en lanzarme tambien sus tiros? ¿Cuándo me retiré? ¿Cuándo cedí? Cuando todo el mundo me designaba como *anarquista*, creyendo que yo llamaba á las masas al desórden para medrar en él..... Y luego que indignado de tanto infamía y estupidez, me retiro; se alzan todos á la una, gritando como energúmenos *¡al apostata, al traidor!*.... ¿Y todavía me hablas de ese pueblo?....

—No te enfades, Rojerio; yo no te digo que no te sobren motivos para lejitimar tu conducta, pero es lástima que

un jóven como tú haya abandonado la mas sublime de las misiones, la mision mas eficaz para emancipar al pueblo del cetro de cien tiranos. Un hombre como tú es para nuestro partido una joya inestimable. Cuando veo que se coloca al frente de un movimiento, que dirije nuestros trabajos un hombre inmoral, estúpido, cobarde, sin fé ni conviccion, se apodera de mi alma una tristeza tan profunda que me hace desear la muerte.

—Y acabarás por dártela, Sarriego, ó por seguir mis huellas. Un alma jenerosa, un alma capaz de sacrificios, bien pronto recibe de la sociedad, para la cual se abandona, dos cosas que escojer; el suicidio ó el egoismo.

—Satánico estás hoy, Rojerio, si realmente piensas lo que dices, has de tener el corazon mas negro que una gangrena. Pero, en fin, hace cerca de una hora que estamos escopeteándonos con frases que podrán ser buenas, pero que no hacen para el caso. Yo he venido por lana y no quiero volverme trasquilado;

quiero comunicarte mis proyectos, y me escucharás aunque Satanás se oponga. No me vengas en que no estás para política; puesto que me has espetado una leccion de esperiencia y escarmiento, todo relativo á asuntos de esta naturaleza, bien podrás al menos repasar tus ojos por esta proclama del gobierno militar.

—¡Hola, una proclama!

—Sí, vas á ver que hipocresía, que mala fé: así se nos engaña; así se burlan siempre del pobre pueblo.

—Y así se burlarán siempre, majadero. ¿Has podido creer desde el primer movimiento popular, que, andando manejados los negocios por los pelucones á quienes parecen vinculados, sea posible obtener otra cosa que simulacros y farsas?

—¡Y que esto se sufra! ¡qué este pueblo sea tan ciego! ¡qué no conozca que se están burlando de él!

—Pero, hombre, si aquí os dicen que os van á levantar el estado de sitio....

que se va á hacer el ayuntamiento....

—Es cierto; pero ¿y porqué? porque se sabe que tal es el decreto tres meses hace recibido; porque la opinion pública está declamando contra esos ministriles que usurparon el poder, y piensan engañarnos con esta proclamota, atestada de lugares comunes y llena de groserísima perfidia. ¿Vés aquí lo que dice? que *luego de vencidos los obstáculos se reorganizará la milicia y se nombrará el ayuntamiento.* ¿Y qué obstáculos son estos? Los electores ya están nombrados y no hay mas que llamarles á votar; los batallones ya estaban formados, no hay mas que volverles las armas que indignamente se les arrancaron

—Risa me da tu candidez, amigo; los obstáculos de que quiere hablar el gobierno son bien diferentes de los que el pueblo se imajina leyendo este papelucho.

—Ya lo sé, y por eso los patriotas tratamos de desengañarle.

—¿Y qué vas á hacer?

—Una comision que derribe de una vez á esos pasteleros y que les reemplace por patriotas decididos.

—¿Y crees que una comision puede dar semejantes resultados?

—Por supuesto que lo creo.

—Yo he visto ya unas cuantas comisiones; unas han salido bien, otras mal. En las primeras ha habido una mudanza de hombres, pero las cosas siempre han quedado las mismas.

—Como sea, yo estoy decidido.

—¿A qué? ¡infeliz!

—A tomar parte en el movimiento.

—¿Y con qué cuentas, desdichado?

—Con mas de dos mil jóvenes que han prometido presentarse á la señal de rebato.

—¡Jóvenes! podria ser. Mas, dime: ¿Quién es el que echa el cascabel al gato, quién se coloca al frente?

—Eso es lo que nos falta..... nadie quiere para sí este glorioso encargo.

—Sin duda deben ser muy modestos si el encargo es tan glorioso. Pues, ¿y

esos hombres que han sido siempre los primeros en presentar su candidatura para los destinos públicos cuando el pueblo ha triunfado?

—No quieren: dicen que lo echarian á perder; que no tienen suficiente prestijio; que no conviene que nadie los vea; que es menester un directorio secreto; que ellos lo compondrán....

—Siempre el mismo lenguaje; ¡pobre juventud! ¡Qué falta les hace un escarmiento propio!

—No me prediques mas porque no he de escucharte: quiero trabajar hasta la muerte en bien del pueblo, y lo que mas siento es no tener prestijio para pedir el primer puesto y el mas comprometido. ¿Con qué no quieres tomar parte en nuestros trabajos?

—¡Yo!

—Si, tú....

—¿Y es eso á lo que has venido?

—No he tenido otro objeto.

—Amigo mio, has errado el golpe, has equivocado la hora. Si no hubiese

esos directorios formados de hombres que solo son buenos para gobernar (bastante mal por lo comun); si todos tus cooperadores fuesen como tú, trabajasen con tus intenciones; aun seria capaz de levantar una barricada.... Mas ahora, con los elementos del dia.... ya no me dejo conducir como la res al matadero, para que se engrosen con mi sangre los mismos que me han conducido á él.... Una vez y no mas, que decia san Tomas.

—Está bien, no hablemos mas sobre el asunto. Quédate, si tanta calma te es posible, quietecito en tu guardilla mientras tus amigos se estarán batiendo por las calles contra las huestes de los tiranos; cuando hayamos vencido te morirás de envidia al ver que no figura tu nombre entre los héroes populares; pero en cambio, si sucumbimos, podrás leer tranquilamente en las esquinas las proclamas del vencedor que nos tachará de asesinos y ladrones, y presenciar seguro las ejecuciones de los que no hayan perecido en el combate.

—Tus últimas palabras, no son tuyas; la bajeza de sentimientos que suponen me es enteramente desconocida, y tú lo sabes bien.

—Perdona, Rojerio, tan confundido me tiene tu conducta, que no sé lo que digo.

—Ni sabes lo que vas á hacer. La mayoría del pueblo barcelonés, como la del pueblo español, como la del pueblo europeo, es liberal, es progresista, porque las instituciones constitucionales estan en armonía con sus intereses. Mas estos mismos intereses les hacen desear el órden material, porque su ausencia los destruye. Esta mayoría desea las reformas que van lejitimando las necesidades actuales; pero no quiere obtener estas reformas por medio de conmociones eventuales, prefiere retardarlas y alcanzarlas por las vias que le traza la ley, y mas cuando tiene al frente un enemigo pronto á aprovecharse de una ocasion oportuna. Tentar en Barcelona una bullanga, con objeto de

derribar á los que llamas pasteleros, es arraigarles mas en el poder: porque la mayoría no está por la bullanga, y en el miedo cerval que esta le infunde se ha de asociar al gobierno, por mas que este la tiranice y veje, creyendo que vale mas perder una viña que toda una heredad, un brazo que la cabeza. No con barricadas y tumultos le persuadirán que los progresistas no quieren sino lo que quieren ellos mismos; ella se obstinará en creer que lo que ellos buscan es satisfacer venganzas personales, enriquecerse de un golpe de mano, é incendiar establecimientos y repartirse los empleos para holgar. Los hombres que os proponeis derribar con vuestro movimiento no desean otra cosa: el poder se les escapa de las manos; todos sus esfuerzos se han estrellado contra la opinion pública y la fuerza de la ley. ¿Quereis que caigan en el desprecio que se merecen, que el pueblo les retire su confianza? Nada de bullangas: ahora mas que nunca debeis estar tranquilos; pero

escribid, convenced, presentad los hechos de Barcelona bajo su verdadero punto de vista; hacedle ver á este pueblo acataratado que cuantos pleitos han decidido por la ley los reaccionarios todos los han perdido; que no ha podido ganar sino los decididos por la fuerza, y los timoratos os escucharán sin prevencion; no tendrán miedo de ser robados; no verán suspendidos sus negocios, y se asociarán con vosotros en las urnas electorales para constituir unas autoridades que serán fuertes por cuanto representarán la armonía de un pueblo fraternizado. Mas, ¿quereis que estos gobernantes intrusos se alcen para tiempo indefinido con el poder que han usurpado á las circunstancias? haced una bullanga; alborotad las calles con cuatro tiros y cien gritos. Veinte y cuatro horas despues preguntarás en que ha parado el negocio, y á los que lo hayan dirijido, á los que me graduan de egoista, pastelero y venal les preguntarás por Pimentel... Ellos se pasearán tran-

quilos por la rambla, apostrofando los cadáveres de sus víctimas, y yo, si no he caido en las garras de los esbirros, andaré errante por paises estranjeros.

—¿Y es realmente esa tu conviccion, Rojerio?

—Tú me conoces, Sarriego, ya sabes que nunca te he dicho lo que no pienso.

—Yo sé que antes era así.

—¡Y ahora!

—¡Ahora....! casi lo dudo.

—No lo dudes, porque si llegas á poner en duda la veracidad de tu amigo, la pureza de su conciencia, me ves mañana al frente de los amotinados, y te daré mi cadáver sangriento en prueba de que tu amigo ha dicho siempre la verdad.

—Basta, Rogerio: tus últimas palabras me han vuelto las ilusiones que ya empezaba á perder. Te reconozco, Pimentel; comprendo toda la estension de tu desdicha, tú eres mas héroe en la oscuridad de tu guardilla, que no serémos

nosotros detrás de las barricadas. Mas, tranquilízate, espera: los infames que te han revolcado en el cieno hallarán su pago; he de arrancar la máscara al mas pintado de tus detractores, y he de poder poco, ó he de reponerte en tu debido lugar.

—Es inútil ya; no aguardo sino un momento favorable y me alejo para siempre de este suelo.

—¡Qué estás diciendo....!

—Tú sabes que hay en la tierra una muger que debia ser mia......

—Acaba.....

—Esa muger me pertenece.... dentro de pocos dias va á llegar.

—Y la robarás....

—Tu lo has dicho...!

Un momento de silencio sucedió á la respuesta de Rogerio, el cual viendo que su amigo no aprobaba ni reprobaba sus designios, prosiguió dándole brevemente cuenta de todo lo que le habia acontecido desde su separacion, interesándole cada vez mas en el éxito feliz de

sus empresas. No sin volver á tocar la cuestion del movimiento en que queria tomar parte el entusiasta Sarriego y hacer que la tomase igualmente Rogerio, creyendo aquel entonces que el amor no dejaba de ejercer grande influencia en la conducta neutral del poeta, se separaron al fin los dos amigos para verse desde luego, siendo aquella la primera vez que habia habido entre ellos tan fuerte divergencia. Entrambos pensaron mucho en lo que se habian dicho; pero el efecto de esta conversacion fué bien diferente en cada uno, por cuanto Rogerio empezó á dudar si realmente debia portarse de otro modo, puesto que hasta su amigo sospechaba de su virtud, mientras que el bullanguero Sarriego se fué adhiriendo mas á su propósito de meterse hasta los codos en la revuelta, viendo, detrás del filósofo Pimentel, al enamorado Rogerio.

CAPITULO XXV.

GOLPE DE GRACIA.

—V. no arriesga nada: yo corro con todos los gastos de papel y la impresion; le vendo el folleto á real de vellon por ejemplar; se tiran unos mil ejemplares; me cobro todos los gastos, y todas las ganancias son para V. Ya ve V. que no puedo hacerle mejores tratos.

—¡Vaya con Dios! imprímase la sátira y haga V. lo que quiera.

Ibase encapotando cada dia mas el horizonte político de la capital de Cataluña, triste teatro de una lucha reñidísima entre los reaccionarios que no que-

rian abandonar las riendas del gobierno y de la fuerza, y los progresistas que á todo trance les querian separar completamente de la direccion de los negocios. Papeles volantes sin mas firma que *los Patriotas* ya habian revelado al pueblo la torcida conducta de sus mandatarios, indignándole contra su desobediencia á los decretos del gobierno superior. La proclama que Sarriego enseñó á Pimentel fué arrancada á las circunstancias, y léjos de satisfacer las ecsigencias públicas, acabó de ecsasperar los ánimos, viendo lo amfibolójico de su lenguage y la ratería de los intentos que de ella se traslucian. Todo el mundo vituperaba en alta voz el proceder de sus gobernantes locales, y sus mas acérrimos partidarios ya no podian resistir á los ataques que de todos lados se levantaban contra ellos. La prensa, sin embargo, estaba todavía sojuzgada bajo el poder de los reaccionarios, y nada se insertaba en los periódicos que no abogase por su sosten al frente de la mili-

cia y en el seno de las corporaciones populares.

En semejante estado de cosas no podia menos que circular muy válido el rumor de que amenazaba una asonada; los corifeos reaccionarios lo llevaban de boca en boca, acompañándolo con las gastadas especiotas de que se estaba urdiendo un abominable complot para saquear los almacenes y los tiendas de todos los moderados, asesinar á los comandantes de milicia y los concejales, desarmar la caballería y los batallones moderados, y todas las demás paparruchas de que se suele echar mano en semejantes circunstancias para llenar de espanto á los comerciantes, fabricantes y tenderos, y convertir su oposicion al bando que los tiraniza en una aprobacion ciega é ilimitada de todo cuanto tienda á consolidar el órden material de las calles, por mas que sea atropellado todo respeto á las leyes. Del crédito ó descrédito que tuviesen estos rumores dependia el triunfo ó la derrota del partido esta-

cionario, absolutamente nulo cada vez que le abandonaba la mayoría de la ciudad, la cual se asocia á los ecsaltados, cuando los moderados fomentan con sus actos la faccion y se esceden en la infraccion de las leyes, y se auna con los moderados, cuando los ecsaltados tratan de obtener una mejora por medio de un popular sacudimiento. Los gefes directores del partido progresista debian hacerse cargo de estas verdades, y abandonar su idea de bullanga desde el momento que el pueblo iba acogiendo unos rumores que habian de malograr necesariamente su empresa; debian dejar á la misma conducta de sus antagonistas, que ya no podian sostenerse, puesto que ya se habia desplomado todo el armatoste de sus mentiras, el cuidado de precipitarse en el fondo del público desprecio por sí mismos, y sobre los restos silvados de su mala administracion se alzáran los ecsaltados fuertes con la opinion de todo un pueblo liberal, á quien hasta ahora no ha sabido nadie conducir por la sen-

da que desea y le conviene. Sin embargo, estos gefes trabajaban, incitaban á la inesperta juventud, siempre pronta á decidir las cuestiones con un juicio de Dios, y ya estaba convenido el dia en que debia estallar el movimiento. Supiéronlo antes que ellos sus antagonistas, y al mismo tiempo que esparcian los susodichos rumores y que mandaban entre los corros de ecsaltados espías y emisarios disfrazados para incitar al desórden y averiguar quiénes eran los mas frenéticos y los planes que tenian; tomaban todas las providencias y precauciones para detener una conmocion que tanto les convenia al punto en que empezase á poder acarrear consecuencias temibles para ellos.

Hallábase Sarriego en su elemento y rebosaba de alegría: habíasele dicho que ya estaba decidido el movimiento; que solo se aguardaba la señal, y que sobre los jóvenes nacionales desarmados con quienes se contaba, estaban por el restablecimiento del antiguo órden de co-

sas las fuerzas del ejército. Pero no era esto lo que llenaba su corazon, la causa de su desdichada alegría reconocia otro orígen. Circulaba por la ciudad una sátira en verso contra la torcida política de los reaccionarios, que tenia á todo el pueblo en agitacion por lo chistoso de sus epígramas y el atrevimiento de sus ideas. Cuantos papeles habia lanzado al público el partido progresista todos habian sido anónimos, miéntras que los versos en cuestion llevaban sin el menor empacho toda la firma del poeta. Sin acabar de leerlos, con una agitacion que solo puede concebir el que es capaz de un entusiasmo como el suyo, Sarriego se fué volando á la casa de Pimentel para darle el parabien de su nuevo sacrificio con abrazos afectuosos.

El desdichado Rogerio no habia podido resistir á la impresion que le dejáran las palabras de su amigo. Cierto de su rectitud de conciencia y satisfecho de sí mismo, habia despreciado como un verdadero filósofo todas las calumnias y dia-

tribas que habian hecho circular contra él sus implacables detractores, y hubiera creido degradarse, hacerse digno de abyeccion, tratando de sincerarse delante de un pueblo que perdonaba á Barrabás para que crucificasen á Jesus. Mas cuando se hubo asociado al grito general que le proclamaba *venal* y *apóstata* la duda del único amigo, del único hombre cuyas simpatías podian interesarle, hubo el pobre poeta de ecsaminar mejor su posicion y ver si realmente habia ido en su reaccion mas allá de lo que debia. «Cuando Sarriego llega á sospechar de mi independencia de opiniones, de la veracidad de mis palabras, fuerza es (se decia) que las apariencias de corrupcion sean grandes; y es muy posible que entre la turba de malvados que me calumnian, se hallen muchos hombres de bien del mismo error poseidos. Si Sarriego, que vé todos los movimientos de mi corazon, que sabe todos los escondrijos de mi alma, que posee todos mis secretos; me ha podido decir: *casi lo llego á du-*

dar, ¿qué han de hacer los que no me miran sino de léjos?" Y empezando á pensar y á meditar por este tenor, hubo de concluir en que era preciso dar una prueba irrefragable de independencia, lanzándose mas atrevido que el primero en medio del palenque, y echando en rostro al partido con cuyo oro se le creia comprado, toda la mala fé de sus actos y palabras; bien seguro de que nadie se habia de atrever á reclamarle el cumplimiento de un empeño vilmente contraido para callar, y de que manifestaria que no eran las persecuciones de los retrógrados, sino la ingratitud de los progresistas, lo que le habia retirado de los negocios políticos. Pocas horas despues de su entrevista con Sarriego ya estaba escrita la sátira que habia de reponerle en la opinion de ecsaltado incorruptible, y al dia siguiente puesta en camino para hacer gemir la prensa.

Como es de suponer, habíase dirigido Rogerio para dar al público su composicion satírica á un impresor patriota, el

cual, asi que hubo dado una ojeada sobre el título de la sátira y salpicado las estrofas, la halló digna y muy digna de Pimentel, y, lo que mas le convenia, muy á propósito para aquellas circunstancias. Alborotará, le dijo, el pueblo está para ello y será V. completamente comprendido. Dichas estas palabras, se abrió entre los dos el siguiente diálogo.

—Tiene V. muchísima razon, dijo el librero; en lo poco que he leido se trasluce ya todo el mérito de este escrito, bien que no necesitaba leerlo, por constarme demasiado cómo escribe el señor Pimentel de los Pinares. Pero ¿vé V.? en cuanto á la compra de la propiedad ya es otra cosa... Yo he comprado varios folletos y otras frioleras de circunstancias, y me he llevado tantos chascos, que me veo precisado á andar con piés de plomo en negocios de esta guisa... Por una contingencia, en la que no daría V. aunque lo meditase cien años, sale fallido el mejor cálculo... y á la verdad que no están los tiempos para esponer el di-

nero á tontas y á locas. V. probablemente querria por este escrito una cantidad regular...

—Lo que á V. le parezca... V. sabe...

—Lo que es á mí me parece que debe pagarse segun su mérito; pero ya le digo á V. que comprar la propiedad no puede ser, no estoy en disposicion de hacerlo.

—Yo no le obligo á V. á que me compre la propiedad: yo solo quisiera publicar esto sin correr con el gasto de las costas, porque no tengo dinero.

—Enhorabuena, podemos hacer una cosa; puesto que su principal objeto de V. es publicar esta sátira, yo me encargo de imprimirla, pero bajo las condiciones que voy á hacerle á V.

—Veamos.

—V. no arriesga nada; yo corro con todos los gastos del papel y la impresion. Se vende el folleto á real de vellon por ejemplar, se tiran unos tres mil ejemplares, me cobro todos los gastos, y todas las ganancias son para V. Ya vé V.

que no puedo hacerle mejores tratos.

—Vaya con Dios: imprímase la sátira y haga V. lo que quiera.

—Con el bien entendido que no tiene V. que recelar nada. Quiero que V. mismo rubrique todos los ejemplares; ni uno siquiera, ni las mismas pruebas han de salir de mi casa que no lo estén. ¡Oh! en cuanto á esto soy escesivamente delicado.

—Pues, señor, quedamos corrientes.

—Sí señor; voy á dar inmediatamente disposiciones y dentro de dos dias vuela el folleto por toda la ciudad.

¿Qué habia de hacer el poeta en semejantes circunstancias? Harto le constaba desgraciadamente lo que es un producto literario en nuestra sociedad, para esperar negociarlo en favor suyo. El que fabrica una pieza de paño, corta un fraque ó hace un par de botas, trabaja en su taller y vende por sí y para sí sus productos industriales, sin temor ni riesgo de que nadie se los apropie, y se alza con toda la retribucion de su trabajo pro-

tegido por las leyes. El profesor se presenta en su cátedra ó ejerce su facultad y recibe del gobierno ó de los particulares su estipendio. El pintor traza con pinceles en sus telas lo que la inspiracion le dicta, y no necesita á nadie para revelar estas inspiraciones y nadie se las puede usurpar copiándolas, porque desde el momento que no son orijinales ya no tienen igual precio. Pero el pobre poeta escribe, y si no se digna acojer el librero lo que escribe no se puede revelar: su trabajo no es completo sino cuando está entre las manos de un librero, cuando este lo toma bajo su proteccion, y haga lo que quiera el poeta, el producto material de su trabajo no ha de ser para él, ha de ser para el impresor. Si vende la propiedad de sus escritos, no se los pagan ni la décima parte de lo que valen, y esto cuando su nombre descuella entre los de fama: si los imprime por su cuenta, paga la impresion carísima, y aunque su obra circule por entrambos hemisferios, no

vende nunca cien ejemplares: ¡desdichado el poeta que ha de vivir del producto de sus trabajos! Sin duda, sabiendo Dios lo difícil que habia de ser traficar con este jénero, ha borrado del corazon de los poetas el instinto mercantil.

Obtenido su principal objeto, Rojerio se abandonó á la espansion que proporciona la esperanza del buen écsito de una empresa, y se meció en la idea lisonjera de que su entusiasta amigo habia de darle las gracias por semejante paso. Lo que hemos visto mas arriba ha probado que en efecto no se engañó. Por lo demas, la sátira chispeante de Rojerio le volvió todo su prestijio; acabó de popularizar su nombre porque todo el mundo la leyó; arrancábanle al impresor los ejemplares, todavía mojados, un enjambre de compradores que hormigueaban en su tienda, y no bastaban las prensas á satisfacer la multitud que pedia la sátira á grandes voces. Veíase en todas las

tiendas, en todas las plazas, en todos los cafés, corrillos con uno que iba leyendo, y á cada estrofa prorrumpian los oyentes en largas carcajadas. Reíanse á su pesar del modo con que los ponia en ridículo los mismos gobernantes y corifeos que los habian sostenido, y á su pesar tambien tenian que aplaudir el grande servicio que hacia á sus proyectos los corifeos ecsaltados, quienes no dejaban de sentir el secreto miedo de que Rojerio volviese á alzarse con su popularidad perdida por las intrigas y manejos de estos bajos envidiosos.

Sarriego no cabia en sí de regocijo; ya habia leido la sátira cien veces, veíasele en todos los corros, en todos los cafés no se oia sino su voz, y hubiérase dicho que se habia multiplicado su cuerpo, al dar con él á cualquiera parte que uno se trasladase. Estaba ronco de puro leer, arengar y disputar; ya habia andado á puñetazos con algunos detractores de Pimentel y habia desafiado á mas de cuatro que se atrevieron á dar á en-

tender que la sátira del poeta era un lazo tendido á los ecsaltados por la mano de Rojerio, vendido á los aristócratas. Apesar de todos sus jenerosos esfuerzos en sostener la independencia de opiniones y rectitud de intentos de su amigo, no pudo el ardiente jóven impedir que este rumor no tomase cuerpo entre los dispuestos á rebajar el mérito del poeta, y mucho menos que fuese considerado entre los moderados como un revolvedor incorrijible, anarquista exprofeso y abanderizador por instinto. Ya el pobre Sarriego se arrepentia de haber engolfado con sus indiscretos cargos al desdichado Rojerio en aquel océano revuelto, y hubiese dado de buena gana un brazo para envolverle en la oscura neutralidad de que le habia sacado. Pero ya no era tiempo; la tempestad rugia demasiado cerca, y aunque no estuviese de acuerdo Pimentel con los que dirigian la asonada, cuyos manejos ignoraba absolutamente, ya podia prepararse á esperimentar de nue-

vo todo el furor vengativo del bando opuesto, si desgraciadamente sucumbian los bullangueros en su nueva insurreccion.

CAPITULO XXVI.

SIEMPRE EL MISMO HOMBRE.

..... Cuenta con ecsasperarme, Concha; se acabó mi sufrimiento, se agotaron las consideraciones; mis celos son justos, y yo no soy hombre que pueda soportarlos sin hacer en tí y en el infame que me los hace sufrir un escarmiento terrible.....

Mientras circulaba por la ciudad la sátira de Rojerio, acababan de llegar al pátio de Casavella sus coches de viaje, y enteramente restablecido el banquero, no hizo mas que subir á su cuar-

to, sacudirse el polvo, dejar á buen recado á su señora, y acudir sin la menor dilacion á una cita para la cual habia apresurado su regreso á Barcelona. A la que hubo andado cuatro calles, se metió en una casa, llamó á la puerta del primer piso, y uno de sus compinches le introdujo en el bufete de un abogadazo de esos que hacen consistir toda su ciencia en amontonar volúmenes en folio y encuadernaciones en pasta en barnizados estantes, armados de vidrieras. Divisábase á un lado de este bufete la escribanía del leguleyo asaz provista de legajos de autos; en medio una mesa cubierta de paño verde con un tintero de plata y una campanilla del mismo metal separada del tintero, y al rededor de esta mesa, ocupando el otro lado del bufete, una porcion de señores sentados en sus respectivas sillas. Así que entró Don Severo se levantaron todos, esmerándose en felicitarle por el restablecimiento de su salud y su vuelta á su casa, y pasando

desde luego al objeto general que les habia reunido en aquel bufete, dijo uno de ellos:

—Yo creo, señores, que hay ya bastantes miembros para poder deliberar. Si Vdes. convienen en ello, voy á abrir la sesion.

Convínose unánimemente en que se hiciera así, y el abogadazo se sentó á la mesa frente por frente de la campanilla que agitó, saludando á sus colegas, y otro de los presentes se sentó á la misma mesa cerca del tintero, con varios papeles en la mano, y empezó á leer en voz alta lo que el llamó acta del dia anterior. El presidente preguntó á la asamblea si se aprobaba el acta, y todos estuvieron por la afirmativa, sin haber mas añadidura que el voto de Don Severo. Hecho esto se pasó á la órden del dia que era la discusion sobre el dictámen de la comision encargada de impedir la reorganizacion de la milicia nacional de Barcelona, la formacion del ayuntamiento constitucional y de volver

á hacer declarar la capital en estado de sitio. Proponia la comision insertar en el periódico, que ellos dirijian, un artículo semejante al que les habia dado la victoria en San Agustin para alarmar la capital con los inminentes amagos de robos, incendios y asesinatos proyectados por los republicanos, y al lado de este artículo, cartas apócrifas de exclaustrados en Marsella y Perpiñan, anunciando á sus coopinantes de Barcelona, para el dia en que los ecsaltados proyectaban insurreccionarse, la entrada de Tristany en la capital de Cataluña, á fin de hacer ver que los ecsaltados trabajaban de acuerdo con los carlistas. En seguida proponia insertar, como recibida de buena tinta, la noticia de que el general francés que mandaba las fuerzas de la frontera, tenia órden de intervenir inmediatamente que los republicanos levantasen la cabeza, y hacer creer en vista de esto que en pos de las fuerzas francesas se nos introduciria un diluvio de mercancías estrangeras que acabaria de

arruinar las fábricas del pais. Todas estas medidas fueron discutidas con calor; ninguno las combatió por pérfidas, todos las hallaron conducentes, pero los que hicieron la oposicion las hallaron poco fuertes, poco terribles para los ecsaltados, y sobre todo poco seductoras para embaucar al pueblo barcelonés tantas veces engañado por idénticos rumores.

Don Severo, miembro mudo de este club, estaba escuchando con una atencion profunda. La pintura que habia oido hacer á uno de la oposicion del estado político de Barcelona le habia llenado de espanto, puesto que el orador, á fin de hacer tomar una medida mas enérjica, no habia perdonado medio para presentar bajo su verdadero aspecto lo apurados que se hallaban. Su rostro mudó mil colores cuando se hizo mencion de Pimentel y su folleto, y viendo que nadie pensaba en hacer prender á su autor, aunque consideraban su sátira como el golpe mas terrible descargado

sobre su bando; mas de una vez sintió subírsele á la cara una llamarada y latirle el corazon con doble fuerza por decidirse á tomar contra su costumbre la palabra; mas arredrábale la idea de que no habia de saber improvisar ni un mal período delante de una reunion donde figuraban leguleyos, hombres, segun la preocupacion vulgar de que él estaba plagado, hechos un pozo de ciencia. Los párrafos del dictámen se iban aprobando los unos en pos de otro, y el ajitado banquero no veia adoptar ninguna providencia contra el bullanguero que, cuando no en su concepto en sus anhelos, merecia sobre todos el mas atroz escarmiento. Al fin, al discutir la última providencia propuesta por la comision, no pudo contenerse mas nuestro clubista. Temblando como si tuviese el frio de una terciana, y con una palpitacion que apenas le dejaba hablar, se resolvió á tomar la palabra y dijo:

—Apruebo enteramente cuanto se ha resuelto... pero creo que todo será inú-

til.... No nos cansemos: mientras no se capturen en una noche todos los bullangueros y no se les fusile acto continuo, de seis, dos; siempre tendrémos bullangas... y sobre todo, no hay remedio... es necesario dar de firme á los escritores de folletos y *décimas* incendiarias.... y yo creo que si no se embarca hoy mismo para Filipinas á ese anarquista Pimentel, todo lo demas será machacar en hierro frio: ha tenido la osadía de burlarse de las autoridades constituidas, y ya que se mófa que la pague, en una palabra voto para que se prenda esta misma noche al autor del folleto.

Habló el buey y dijo ¡mu!... Algunos de sus concolegas, que ya se habian quedado de piedra al oirle pedir la palabra, no pudieron contener sino á fuerza de quererlo sus tentaciones de risa por los desatinos que ensartaba, y en tanto que tartamudeaba su filípica, decíanse otros á los oidos chufletas picarescas contra la facundia incomparable del banquero. Tomaron sus concolegas de la comision

la palabra para manifestarle los inconvenientes de lo que proponia, puesto que en la actualidad ya no habia estado de sitio, acabándole de hacer ver la necesidad de volver á semejante estado para perpetrar sin responsabilidad ninguna toda suerte de atentados. Pero nuestro Cíceron, que ya habia cobrado ánimo, creyéndose haber hecho un discurso mas palpitante de elocuencia que los de Mirabeau, parecia que iba á desquitarse en aquella sesion de la mudez eterna guardada en las anteriores, y volvia á la carga sobre que era indispensable prender á Pimentel.

—Es preciso denunciar el escrito al jurado (le replicaba la comision) y aguardar que la ley....

—¡Qué jurado, ni que leyes! contra un bullanguero no debe haber leyes ni jurados.

—El jurado probablemente no le declarará culpado, porque el escrito no tiene nada de ilegal....

—¡Cómo no! se burla de las autoridades constituidas....

—No le hace.... si el jurado se compusiese de hombres fáciles de manejar... si fuesen nuestros....

—Mudarlos; formar otro jurado... ó sino nada de jurado; estado de sitio y nada mas....

Para imponer silencio á este infatigable Demóstenes, pidió un miembro si estaba suficientemente discutida la cuestion, y solo se quedó bufando de rabieta en su silla el banquero cuando todos se levantaron para afirmar. Acto continuo distribuyó el presidente los cargos entre sus concólegas, y se levantó la sesion; marchándose el uno á hacer insertar el artículo y las cartas apócrifas en el periódico de su bando, el otro á prevenir á las autoridades; estos á instruir á los espías y emisarios, y todos á hacer circular los rumores convenidos.

Herido en su amor propio y desesperado de ver que nada se habia resuelto contra su rival aborrecido, Don Severo

se fué á casa, empapado de la idea de meditar como podia desembarazarse de él, á fin de poner un término á las zozobras y ajitacion en que le tenian sus celos. Mas que nunca estaba persuadido de que su mujer profesaba una pasion invencible á su antiguo amante, y no hallaba otro medio de conjurar la desdicha que se temia y de satisfacer la venganza, en cuyas ideas se abrasaba, que el de alejar, de cualquier modo que fuese, al poeta de la capital de Cataluña, cuando no de la superficie de la tierra. Todo esto dimanaba, á mas de lo que ya sabe el lector, de una tristísima escena que habia pasado en la casa de campo, pocos dias antes de la vuelta del banquero á Barcelona. Fijas en la mente de Casavella las palabras que le habia dicho su mujer el dia en que hicieron las paces, mas de una vez ya habia tentado, durante su convalecencia, entablar conversacion con su esposa acerca de ellas, á fin de que le dijese en que la habia ofendido, y que era lo que en

él le disgustaba. Mas temeroso de que só pretexto de no estar bien restablecido todavía se le dijese que no habia llegado aun la ocasion propia para ello, tuvo la paciencia de aguardar que ya no quedase en su rostro ni en su cuerpo la menor huella de su grave enfermedad. Y cierta noche, cuando ya todos habian convenido en que el recobro de su salud era completo, estando en la cama con su señora, le dijo de esta manera:

—Concha, ¿no es hora todavía de que me digas cuales son las ofensas que has recibido de mí? ya lo vés, ya estoy completamente restablecido, aunque lleguemos á enfadarnos ya no hay que temer nada; de consiguiente bien podemos esplicarnos.

De mármol se quedó Concha, al oir estas palabras que no pudieron menos que sorprenderla y sobresaltarla, previendo por ellas que iba á pasarse una escena indispensablemente crítica.

—Todavía estás en estas cosas, repuso la pobre mujer, ganando tiempo para

prepararse, creí que lo habias olvidado todo.... ¿y porqué no hacerlo? Mucho te duran los rencores.... Yo.... ya lo vés.... ya no me acuerdo de nada.... y luego.... á estas horas....

—Pero mujer, si yo no tengo ningun rencor, si no me acuerdo de nada.... solo quisiera saber cuales pueden haber sido las ofensas que te hice, siquiera para no repetirlas y repararlas si es posible. Con la mejor fé del mundo podré caer todos los dias en lo mismo. Quiero creer de buena gana que todos los insultos de que me cubriste la noche en que me dió el accidente no fueron sino efecto de la cólera que enciende á las mujeres caprichosas, cuando sus maridos las quieren tener á raya y sujetarlas á su deber... Si yo no te amase como te amo, ya puedes creer que te acordáras de tu marido, lo mismo que ese infame Pimentel que se atrevió á poner los piés en un salon de mi casa. Pero yo, Concha, á pesar de tu ingratitud te quiero mucho: sé que eres bue-

na, y te perdono tus insolencias porque parece que ya estás arrepentida de tus ecsesos. Ya te he dicho mas de una vez que si yo hubiese sabido todo lo que ahora sé, no me hubiese casado contigo. Pero, en fin, está hecho y no hay remedio: á lo hecho pecho, paciencia y barajar. Sin embargo, es menester que entre los dos haya paz y buena armonía; soy el primero en brindarte á ello; ya vés mis buenas disposiciones, no las rehuses; corramos un velo á todo lo pasado; séme fiel y hazme feliz. En cambio no habrá mujer que mas comodidades tenga en toda la tierra, yo puedo proporcionártelo todo, satisfacer todos tus gustos y antojos; habla, pide todo cuanto mas esquisito haya en España, Francia é Inglaterra, todo lo tendrás á la mayor brevedad posible: sabes que para un rico no hay obstáculos, y te consta que yo lo soy. Si quieres marcharte de este pais, si deseas viajar, mis coches están prontos, irémos á donde quieras... pero lo que es ahora hazme el favor de

decirme en que te he podido ofender.

—En nada, hombre, si lo dije..... fué....

—No, no: Concha, sé franca; háblame sin temor ni empacho alguno; á todo estoy dispuesto, sea lo que se fuere, no mudaré de disposiciones: dime de que estás quejosa.

—De que me eches en cara con tanta frecuencia mi pobreza; de que te mofes de mi debilidad y....

—¡Qué! acaba....

—Y de que no sepas hablar de mis relaciones con Pimentel, sin ultrajarme y sin acompañar su nombre de dictados que no merece.

—¿No es mas que eso?

—Por ahora no me acude nada mas.

—Gran puñado son dos moscas. Enhorabuena, lo que es hablar de la pobreza de tu casa dejaré de hacerlo desde ahora, puesto que recordarte lo que no es sino un hecho demasiado sabido ofende tu vanidad y tu orgullo. Está bien; esta es la última vez que te hablo sobre

el particular. Convengo en que no se te puede sentar muy bien el que te haga memoria de tu flaqueza, porque fué demasiado gorda para que una mujer preciada de virtuosa no trate de echar sobre lo pasado un velo bien espeso, y por lo mismo dejaré el cuidado de este recuerdo á tu conciencia. Pero en cuanto á lo de tu cliente el señor de Pimentel, puesto que así te obstinas en llamarle como si no supieses que no se llama tal, ya es ótra cosa. Cierto que nó es culpa mia si no puedo llenarle de alabanzas, es culpa de sus hechos. Si fuese un hombre de bien, si no fuese un bullanguero, me guardaria bien de tenerle las ausencias que le tengo, yo seria el primero en hacer justicia á los talentos que segun dicen posee. Dices que ese personaje, por quien tanto te interesas, no merece los dictados que le doy. Tu eres la única á quién haya oido proferir semejante cosa. Anda siguiendo todo la ciudad de puerta en puerta como un mendigo, y en todas partes oirás que le

ponen como un trapo, que es como se merece. Hasta los de su mismo bando le aborrecen. No dirás que la pasion los ciegue, porque todos no son maridos de Concha. Pero, en fin, no hablemos de esto; estas cosas me fastidian en esceso y ya no tengo mas paciencia para hablarte con tanta calma. Veo bien que cuantas mas consideraciones te tengo, tanto mas te burlas de mí, y por lo mismo estoy resuelto á dejarme llevar de todo mi furor vengativo, como te obstines en irritarme, sea de palabra, sea con obras. Desde este momento te prohibo, no solo hablarme de ese jóven, cuya sangre solo puede aplacar mi rencor, sino que ni siquiera me has de pronunciar su nombre para nada, ni recordarme nada que me haga pensar en él. Cada vez que oigo su aborrecido nombre toda la sangre se me agolpa en el corazon y me sofoca la rabia. No le nombres jamás á mi presencia porque no sé hasta donde podrá llegar mi paciencia y sufrimiento. Yo soy bueno, pero

si tratas de burlarte de mí, ya es otra cosa; yo no he de ser un Juan Lanas que consienta tales burlas... Mi paciencia no es la de Job, y ya sabes que no me faltan medios para llevar mi venganza mas allá de lo que la suelen llevar los maridos ultrajados. Aun ahora mismo yo no sé como te sufro á mi lado; como no te agarro por el cuello y no te arranco esa lengua de víbora con que envenenas mi ecsistencia á cada palabra que pronuncias. Cuenta con ecsasperarme, Concha; se acabó mi sufrimiento, se agotaron las consideraciones; mis celos son justos y yo no soy hombre que pueda soportarlos sin hacer en tí y en el infame que me los hace sufrir un escarmiento terrible..... Yo os he de matar á entrambos.... si no con un puñal con un veneno.... yo soy capaz de todo.... no es cosa que me arredre amontonar cadáveres.... y con tal que vaya á mezclarse con la de mi rival, he de contemplar con placer el rastro de tu sangre. Desde este momen-

to no darás un paso, no dirás una palabra, no harás un jesto que no lo sepa yo; y desdichada de tí si te sorprendo alguna relacion con él..... Este pecho se te ha de partir en dos mitades; un tigre que te clavára las garras como te clavaria mis uñas, no te desgarraria las carnes con la rabia que yo.... No te burles.... tú no conoces mi ferocidad. Una leona que se encuentra en su guarida sin sus cachorros, un tigre que no ha bebido en tres dias, un oso herido por un cazador, una boa que tiene hambre, no se arrojarian sobre su presa con tanta furia como yo el dia en que vuelva á sorprenderte en intelijencia con mi rival detestable. Tú lo vés bien, en apretándote con una mano la garganta, hundiéndote las costillas hechas pedazos de una patada, agarrándote con la derecha por un hombro y con la izquierda por un muslo, te arrojo contra el suelo tres y mas veces; te quebranto todos los huesos como vidrios; te magullo todas las entrañas, te

desgarro todas las carnes y te dejo al fin sobre la cama mas estirada que un difunto, sin mas cuidado que hacerte construir un ataud y llevar al cementerio... Tengo dinero... te haré pasar por loca... no me faltará quien lo certifique... y me marcharé detrás de tu acompañamiento fúnebre compadecido de todos... En cuanto á ese perverso que ha llenado mis dias de amargura, ya cuidaré yo de que se le clave una daga que lo pase de claro en claro. Harto le he sufrido ya: mil pesos mas, mil pesos menos en mis cofres, ni llegan á ser una gota de agua que se saca de una laguna; y con mil duros aun tendré memoriales para escojer el asesino.... Ahí lo tienes.... esta es mi última determinacion... elije.

Y volviéndose del otro lado, guardó toda la noche en la cual no pudo pegar los párpados un profundísimo silencio. Inconcebible es el efecto que hizo á la infeliz señora esta espantosa amenaza y este bárbaro comportamiento: porque

es de saber que, llevado de sus celos, el banquero iba aplicando sus manos férreas al delicado cuerpo de Conchita como si ya empezase á ejecutar lo que decia en sus terribles amenazas. Sola á media noche, echada al lado de su marido, sin ningun apoyo ni defensor, ya habia consentido en que no escapaba viva de sus manos: el reo manoseado por el verdugo en las tablas del cadalso no se siente tan abatido de ánimo como la desdichada señora al dejarla Casavella sobre su lecho. Cada vez que este la habia asido, no habia hecho la infeliz sino jemir sordamente, único medio que se habia reservado su naturaleza agoviada bajo el peso del espanto para espresar el terror que le causaba cada movimiento convulsivo del celoso.

Mientras acontecia todo esto, María estaba escuchando, trémula de cólera y espanto, en un postigo de la alcoba. Como no habia oido quejarse á su señora, porque las palabras de Don Severo ahogaban sus jemidos, se mantuvo quieta

en su atalaya, y desde que este calló estuvo escuchando con una atencion tan profunda que hasta hubiese podido percibir el ruido de los pensamientos del comerciante, si tuvieran movimiento material los pensamientos. Pero no oyó sino el grueso respirar del bárbaro y el jemir convulso de Conchita.

Mas de tres veces se sintió tentada á llamar á su señora para asegurarse de que no estaba muerta; pero temerosa de empeorar su posicion, calló y pasó la noche entera clavada detrás del postigo de la alcoba.

Desde esta noche Don Severo no abrió los labios sino con sequedad y para lo mas preciso, pareciendo su habitacion un seminario. Nadie sabia á que atribuirlo, y cuando le vieron partir para Barcelona y supieron lo que acontecia en aquella ciudad, interpretaron su malhumor por el disgusto que le causaba la marcha de los negocios políticos.

A pesar de todas las privaciones de que la rodeaba su marido, Concha no

dejo de oir gritar por las calles »*á real, á real la sátira de Pimentel de los Pinares, á real!*" con lo cual tuvo mas que suficiente para saber que ya se hallaba Rojerio en Barcelona. Y apenas se vió libre de su marido, confabuló con María para hacer de modo que la pusiese en relacion con el poeta. Cuando Don Severo llegó del club, mas mohino que nunca, preguntó por María, y alborotó la casa al decirle que estaba fuera, amenazando con despedirla si volvia á salir sin su permiso.

CAPITULO XXVII.

LA BULLANGA.

....Todas las familias están sobresaltadas, cuales temiendo por su padre, cuales por sus hijos; estos por sus hermanos, aquellos per sus esposos....

Acababa de amanecer el dia cuatro de mayo; el viento arreciaba como un huracan, y levantaba nubes de polvo que oscurecian el aire como la niebla. Corrian las gentes azoradas; tronaban las puer-

tas cerrándose con precipitacion y violencia, y se oia por las calles inmediatas á la plaza de S. Jaime la confusa gritería de una asonada. Pasado el primer ímpetu, volvieron los transeuntes á atravesar las calles sin correr, algunas puertas se abrieron de nuevo, y se coronaron de espectadores los balcones y ventanas: la gritería se dejaba oir aun, pero algun tanto mas confusa. Con la velocidad de la luz se esparció por toda la ciudad la alarmante noticia de que la guardia de las casas consistoriales habia sido sorprendida y desarmada por un grupo de bullangueros, los cuales engrosándose estraordinariamente á cada instante, se fortificaban en la casa de la Ciudad, Audiencia y avenidas inmediatas. Y en tanto que los vecinos de balcon á balcon, de ventana á ventana, trababan conversacion sobre este suceso, unos quejándose del espíritu revolvedor de la juventud, otros de la pertinacia de los gobernantes en no acceder á las ecsigencias del pueblo; veíanse pasar por las ca-

lles mugeres con sus niños en brazos ó llevándoles de la mano; otras con los cachivaches de sus tiendas; muchachos de cuadrilla armados de garrotes; grupos de nacionales con sus fusiles á discrecion marchándose cuales á sus cuarteles respectivos, cuales á la plaza de S. Jaime, punto céntrico de los amotinados. Despues de un intervalo de aparente tranquilidad, se repetian las corridas de las gentes, y envueltos en torbellinos de polvo, se veian lanzarse á Dios y á ventura y á todo escape por las calles que desembocan en la Rambla gruesos grupos de hombres, niños y mugeres, confundiendo sus gritos, llantos y alaridos con el estrépito de las puertas que volvian á cerrarse y el de las ventanas de las casas y conventos descuidados, cuyos postigos sacudian las oleadas del viento. A cada una de estas corridas se quedaba la Rambla tan desierta como á media noche, pero á los dos minutos ya estaba otra vez cubierta de los mismos espectadores.

Mientras que estaban pasando estas escenas en los barrios inmediatos á la Rambla, iban acudiendo á la plaza de S. Jaime los jóvenes mas entusiastas por la causa que habian jurado defender. Cuando estalló el movimiento no habia en la plaza mas ejecutores que unos quince jóvenes denodados incapaces de arredrarse á la presencia del mayor de los peligros. No se divisaba entre ellos ningun gefe, ninguno de esos hombres duchos en el arte de conspirar, que saben salir al dia siguiente como los caracoles despues de la lluvia si el movimiento marcha bien, tomando por su cuenta y como que se les deba el timon de los negocios. Puestos en corro en medio de la plaza, discutian estos jóvenes como y cuando debian dar el golpe. En esto se llega á ellos un embozado, por debajo de cuyo embozo se veia la vaina de un sable; animanse todos al verle y se dicen á la una: «manos á la obra.» Pero el embozado les habla, les disuade de su intento y se esfuerza

en hacerles participar de la indignacion que le causa ver que ha pasado la hora convenida y que no hay ningun gefe en aquella plaza. Mas mientras empieza á convencer á los unos, los otros se separan, se arrojan de un salto sobre el centinela, le desarman y apoderándose de los fusiles colocados en el armero del cuerpo de guardia, y de las cartucheras y bayonetas de los nacionales en servicio, se hacen dueños de la casa de la ciudad. Ejecutado este atrevido paso, el embozado se descubre y deja ver el uniforme de oficial de uno de los batallones desarmados; tira la capa, desnuda su acero, da el primer grito de *¡viva la Constitucion y los decretos de las Córtes!* sus compañeros le contestan....

Teniendo un gefe ya se creen invencibles. Inmediatamente ordena que se repartan cuatro ó cinco por las calles, alarmándolo todo con lo que acaba de acontecer, y mientras que estos vuelan á cumplir con este encargo, se colocan los demas de centinela en las bocas ca-

lles, no permitiendo la entrada en la plaza, sino á los que se les agreguen con armas ó sin ellas. A medida que acuden mas partidarios se redoblan los piquetes y avanzadas, y se estiende y refuerza la línea de defensa. Saltan de su sitio las piedras de los empedrados, y de por junto con sillas, mesas, bancos, cubas y trastos viejos, levantan los insurreccionados barricadas impenetrables hasta á los tiros de artillería. Las casas del Call, de la Librería, del Regomí y de la calle del Obispo, lo mismo que todas las inmediatas á esta línea, están guarnecidas de jóvenes que han jurado morir ó derribar á todos sus opresores. Los vecinos al ver sus pisos inundados de gente desconocida, de bullangueros, se llenan de zozobra, temen por sus propiedades, por cuanto se les ha dicho siempre que las bullangas no tienen otro objeto que robar. Sin embargo los bravos que se parapetan en sus casas no cuidan sino de parapetarse; sus ojos chispeantes de denuedo no

se fijan sino en las avenidas por donde pueden asomar las fuerzas de sus contrarios, y sus manos no hacen sino volar de la cartuchera á la cazoleta, de la cazoleta á la boca del fusil. Los tesoros de la audiencia, de la casa capitular y de los comunes depósitos están á merced de los que se han posesionado de estos edificios, y como en los de las casas particulares, ni una mirada siquiera, ni siquiera un pensamiento dedican á semejantes tesoros; sus deseos son mas nobles, su proyecto mas sublime y sus afectos mucho mas puros que los de sus contrarios que les han arrancado siempre las simpatías de la multitud calumniándolos con los dictados de *incendiarios y ladrones*. Vanamente se esforzaron sus enemigos en hacer cundir la voz de que se han repartido todo el dinero y utensilios de plata contenidos en dichos edificios; el pueblo ha de saber de una manera irrefragable que los amotinados no quieren otro metal que

el plomo necesario para sostener su mal aconsejada empresa.

Al propio tiempo que iba tomando cuerpo la insurreccion, el gobierno robustecido con el poder de los reaccionarios de enero, reunia en Atarazanas todas sus fuerzas á fin de hacer abortar en favor de sus proyectos la bullanga que ya amenazaba ir mas léjos de lo que convenia á los del partido estacionario. Todos los batallones de la milicia nacional que habian conservado sus armas despues de lo de enero, acudieron por de pronto á sus cuarteles, luego al fuerte de Atarazanas donde se reunieron con la artillería del ejército, los *mozos de la escuadra de Valls* y los *Parrotes* con unos cuantos soldados de marina sacados de los buques ingleses y españoles, surtos en las aguas del puerto. Los ingleses se encargaron de la defensa del fuerte de Atarazanas, mientras que todas las demas fuerzas salieron en columna, quedándose la mitad en batalla en la rambla de Santa Mónica junto la

fuerte que podia barrerla, y la otra mitad avanzó hácia el foco de los insurreccionados.

Pero no aguardaron los de la plaza de San Jaime que fuesen sus enemigos á atacarlos en su línea. Apenas tuvieron fuerzas para guarnecer sus parapetos y barricadas, formaron una columna de los que restaban en la plaza, y enarbolando una bandera que habia tremolado victoriosa mas de tres veces en los campos de batalla contra las hordas carlistas, marcharon á tambor batiente hácia la Rambla por donde avanzaba tambien la columna del gobierno. A medida que iba adelantando aquella, sembraba por entre los que le salian al encuentro proclamas incitadoras que envolvian el programa de su revuelta, y engrosaban á cada paso sus filas con la alarma y ecsaltacion que producian en los ánimos. Sin embargo, segun la consigna dada por los directores del motin, no debia pasar mas allá de los límites trazados por la prudencia, á fin de que no le

cortasen la retirada las fuerzas enemigas; pero entusiasmados por una parte los muchachos de la engañosa acojida que se les hacia por todas partes, y deseosos por otra de venir á las manos pronto y acabar de una vez con sus perseguidores, se lanzaron mas lejos de lo que debian, y se empeñaron en que habian de ir á plantar su bandera en el fuerte de Atarazanas.

Poco tardaron las dos colunas á encontrarse, siendo la calle de Fernando séptimo el punto de este desdichado encuentro. La columna espedicionaria da la primera el grito de *¡viva la Constitucion, vivan los decretos de las Córtes!* y adelanta en columna de honor y á paso redoblado: las fuerzas del gobierno se paran, se forman en batalla, y sin contestar á su grito, sin oponerse á los designios de esta fuerza no armada por órden de las autoridades constituidas, manda contramarcha y sigue á retaguardia de los bullangueros observando su conducta. Alucinados entonces estos desdi-

chados al ver que con ser tres veces inferiores en fuerzas, no se les hace fuego, sino que se les observa en su marcha, dan crédito á un rumor que los corifeos habian hecho circular la víspera sobre que estaban por ellos las fuerzas del ejército y avanzaron mas osados hácia el fuerte.

Mas antes de llegar á la rambla de Santa Mónica, donde vieron formada en batalla otra fuerza igual á la que les iba siguiendo, la coluna de los amotinados se paró y dejó pasar á su vez á la del gobierno que se reunió con los suyos del otro lado. Bien echaron de ver los aturdidos sublevados que eran las fuerzas de sus contrarios seis veces superiores á las suyas, y que, sobre estas fuerzas, habia un fuerte inexpugnable con cuatro bocas de fuego cargadas á metralla prontas á barrer la rambla á la menor señal de ataque. Y con todo bate el tambor otra vez, y otra vez avanza la coluna repitiendo el mismo grito, rodeada de muchachos, mujeres y varios grupos sin

armas. Los gefes de las fuerzas del gobierno se adelantan para parlamentar; tres minutos bastan para este parlamento, se retiran, y una descarga cerrada de mosquetería contra la masa bullanguera, diezma sus filas, las desordena y les hace perder toda la fuerza y resolucion de que estaban animados. La plaza del teatro se tiñe de sangre y se cubre de cadáveres palpitantes, de armas y morriones, de sombreros y zapatos. Los que no han caido á esta mortífera descarga disparan contra sus enemigos sus fusiles, pero no pueden defender su terreno sin loca temeridad, ya por ser pocos, ya por estar desbandados. Los parrotes y los mozos de la escuadra los persiguen por la calle de Trentaclaus y Escudellers, y la caballería nacional da una carga que redobla el horroroso ruido de esta escena. Los gritos de los vencedores sofocan los de los heridos que ensangrientan las piedras por donde se revuelcan: algunos parrotes y miñones se ceban en acribillarlos á bayonetazos

mientras que atenta al grito de fraternidad la caballería nacional, alza las lanzas y abate el sable por no manchar su uniforme de soldados de la patria con la sangre de sus hermanos estraviados.

El ruido de estas descargas y estos gritos estremece la vecindad, y andó la alarma mas fuerte que nunca por todas las calles que atraviesan los fujitivos. Las fuerzas del gobierno se adelantan triunfantes precedidas de un peloton de caballos que barre el terreno á galope, y á proporcion que avanzan caen nuevas víctimas á los balazos ó bayonetazos de los miñones rencorosos. Ya han conmovido todo el vecindario de la capital los fujitivos, dándoles cuenta de esta terrible catástrofe, y todas las familias están sobresaltadas, cuales temiendo por su padre, cuales por sus hijos, estos por sus hermanos, aquellos por sus esposas, puesto que todos tienen en uno de los dos bandos un miembro de su familia, ó quizás uno en un bando y otro en otro. Muertos y heri-

dos todos son trasladados á Atarazanas, recojiendo á algunos la vecindad indignada de esta carnicería. Grande es la consternacion de la capital; no hay corazon que no llore, lengua que no maldiga al bárbaro que ha hecho derramar sin piedad la sangre de los patriotas.

Parte de los fugitivos buscó acojida detrás de las barricadas de la plaza de San Jaime, donde acabaron de encender el coraje y desesperacion de sus compañeros de armas con el relato de las escenas de la rambla. Al estupor que causaron las noticias traidas por los derrotados sucedió una resolucion feroz de defender su puesto hasta quedar hechos trizas, y vengar en sus parapetos la sangre de sus hermanos. Reanimólos á la par la sucesiva entrada de nuevos campeones, los cuales repartiéndose en grupos por las calles, iban desarmando á cuantos nacionales hallaban sueltos y en marcha para sus cuarteles. Por lo que toca al gobierno, animado con el écsito feliz de su primera resistencia á los pla-

nes de los sublevados, mandó cubrir todos los puntos necesarios para circumvalarlos; todos los batallones de la milicia se pusieron en marcha precedidos de los miñones, de los parrotes y de los matelotes; los cañones hacian retemblar las casas rodando lentamente por los empedrados, y el estrepitoso pisoteo de los caballos añadia nuevo horror á este consternante estruendo. Los vecinos desde los balcones y ventanas contemplaban pálidos y asustados todo este aparato, mas digno de aplicarse con tanta actividad en el campo contra los carlistas que contra una ciudad liberal. Elijiéronse las calles del Regomí, Obispo y Call para hostilizar á metralladas á los fortificados, y en cada uno de dichos puntos colocaron un cañon de á ocho con sus artilleros, sostenido por los miñones y parrotes que iban avanzando en ala para entrar las piezas hasta un punto desde donde pudiesen ir pegando con ventaja. En pos de ellos venian com-

pañías de nacionales y un peloton de caballos.

Ya que estuvieron á tiro de fusil empezó el tiroteo, los parrotes, miñones, marineros y artilleros del ejército caian á los tiros de los parapetados; cubiertas sus plazas al momento, al momento tornaban á quedar vacías, siendo tan certero el tiro de los de dentro que apenas se perdia una bala. Los cañones no podian avanzar sino á paso de tortuga, y las mechas no habian podido todavía prender fuego. Lo que es los tiros de fusil de los sitiadores todos iban á perderse en el aire ó en la pared. Al fin, el cañon retumba retronando como una tempestad en las montañas, y rompe todos los vidrios de la vecindad; pero los cachos y pequeñas balas han dado contra las paredes y van deponiendo en el suelo, por donde ruedan sin haberse teñido en sangre, la fuerza que les resta. Al estrépito del cañon los sitiados arrojan con frenético entusiasmo el grito de *¡viva la Constitucion!* y redoblan su mortífero ti-

roteo contra los osados parrotes y miñones que asoman la cabeza mas allá de las casas que los cubren.

Por algunos puntos entraba la metralla de rebote como granizo en la plaza fortificada; sin embargo, como el piso de la plaza estaba desierto, todo venia á parar en remolinos de balas que no hacian ningun mal.

Viéndose rechazado con bravura y obstinacion el gobierno, que no veia ni en los nacionales de su mando, ni en la poblacion, ninguna señal que simpatizase con él y sus sectarios, trató de parlamentar y de arreglar la cosa buenamente; los insurreccionados ecsijian el inmediato cumplimiento de las órdenes de Madrid; convenia en ello el gobierno, pero queria que antes se sometiesen á discrecion.... Y el fuego volvió á romper mas encarnizado que nunca. Rebramaba el cañon por la ciudad de un modo horrible, y no habia barcelonés que no se creyese en el borde de un volcan pronto á envolverle en el torrente des-

tructor que vomitaba. Ninguna simpatía se levantaba ya para los gobernantes; la sangre del pueblo habia corrido, el cañon resonaba con demasiada frecuencia, y cada vez que los edificios retemblaban á su estruendo, el vecindario se convencia mas y mas de que era el poder militar, de suyo destructor, el que atacaba á una masa de hijos de su seno estraviados por un esceso de entusiasmo. Las familias que lloraban la muerte de un hijo escitaban la compasion de las demás; todas temian por los suyos, estos podian morir, ya por un cacho de metralla, ya por una bala de los parapetados; y ninguna queria el peligro; ninguna queria que se prolongase el tiroteo; casi todas reconocian el derecho y la justicia de lo que los sitiados demandaban; todas acusaban altamente la ambicion de los corifeos reaccionarios que habian dado márjen, con su resistencia á los decretos de las córtes, á semejantes catástrofes.

La pérdida de la fuerza moral se echa

de ver bien pronto en las filas de la milicia nacional. Casi todos se niegan á hacer fuego; dicen que no quieren matar ni hacerse matar por sus hermanos, y á duras penas se les puede hacer avanzar hasta donde están las piezas de artillería; muchos de ellos abandonan el campo y se van á sus casas. Las compañías colocadas en las azoteas para hostilizar á los bullangueros con mas ventaja enarbolan pañuelos blancos en señal de paz y vuelven sus fusiles culatas arriba, en vista de lo cual dejan de dispararles los insurreccionados, guardando todos sus tiros desde entonces para los miñones y parrotes quo se prestan ciegamente á las disposiciones del gobierno.

Al fin, empezaron á vacilar los sitiadores, sus fuerzas se iban disminuyendo con espantosa rapidez; las que les quedaban no querian obrar, casi veian sus piezas abandonadas á los pocos artilleros del ejército, percibian el rumor de la poblacion que de todos lados se levantaba contra ellos, y hubieron de

tener un consejo para deliberar lo que debia hacerse en tamaño apuro. La confusion que reinaba en Atarazanas era grande; nadie sabia que providencia tomar; cada noticia que llegaba era mas alarmante, cada incidente aumentaba los compromisos; los nacionales encerrados en el convento del Cármen habian dado muestra de sublevacion, habian hecho fuego á las fuerzas del gobierno, mofándose con imperturbable serenidad de la metralla con que se habia pensado arredrarlos. Para colmo de confusion el sol descendia á su ocaso; los cañonazos no habian intimidado á ningun bullanguero, y no era de esperar que se rindiesen á la fuerza. En este conflicto salen los ayudantes de Atarazanas y se transportan á escape al teatro de la lucha; suspéndense los fuegos, los sitiadores se retiran, los nacionales del lado del gobierno se van á sus casas resueltos á no comparecer mas aunque los llamen todas las bandas juntas, y solo quedan en los cuarteles al-

gunos que maldicen los manejos de los hombres ambiciosos de entrambos bandos. Los insurreccionados conservan sus puntos, redoblan sus centinelas, forman sus fuerzas en medio de la plaza, pasan revista y deploran la pérdida de algunos bravos; tocan la oracion y coronan su obra con el órden mas admirable. La ciudad queda tranquila, las jentes vuelvan á transitar por las calles; mas esta tranquilidad aparente se asemeja á la que reina en un bosque inmediato á una carretera cuando una fuerza emboscada aguarda sijilosa el paso del enemigo.

CAPITULO XXVIII.

AJITACIONES.

—¿Qué dices, María? ¿qué novedades me traes?....
—¡Ay, señora, no las quiera V. saber!....

Como describir la ajitacion de Concha en tanto que durára la refriega. Apenas llegó á su noticia el movimiento de los sublevados, la aterrorizó la idea de que Rojerio habia tomado parte en él, y en-

caramándose su imajinacion por toda la cadena de fatales consecuencias que habia esto de tener, no hubo desde entonces jénero de tormento que no atravesase las fibras ya magulladas de su pobre corazon. Todo cuanto discurria, todo cuanto comentaba, no hacia sino acabar de confirmarla en que Rojerio no debia de haber permanecido apático á la vista de una conmocion popular, y se la veia vagar de un aposento al otro, salir al balcon de una calle, luego al de otra, volverse á la sala, salir otra vez, preguntar á los vecinos por el estado de cosas, repetir la misma pregunta á los criados que sabian tanto como ella, hacerlo preguntar á los transeuntes y nunca podia obtener una palabra que la tranquilizase ó acabase de matarla. Siempre la misma incertidumbre; siempre la misma ansiedad; siempre el mismo frenesí. Hacíala temblar el ruido de los tambores que resonaban en un convento vecino, cuartel de nacionales; los gritos de estos que iban formando al

toque de llamada la llenaban de sobresalto; las corridas de las jentes le suspendian el aliento y el sentido; las descargas de la rambla la espeluzaron; el estruendo del cañon la abatia y obligaba á entrar temblando hasta el fondo de su alcoba, como si pudiese sustraerse allí de sus terrores; vuelta algo en sí asomaba otra vez su cabeza al balcon para quejarse con otros vecinos de la fatalidad de aquellos tiempos y de los rencores de los hombres. Cuando cesaba el tiroteo, su corazon se ensanchaba, se calmaba su agitacion; pero así que volvia á romper el fuego, se echaba á llorar desesperada, y tornaba á errar de un cuarto al otro y de uno al otro balcon, buscando una admósfera donde pudiese respirar con desahogo.

Acosada de estas ansias se le pasó el dia hasta la hora en que no se percibia ningun tiro y en que las jentes se llevaban tranquilas por las calles, algo distantes del foco de la reyerta. Informada de que ya se podia andar sin ningun

riesgo, Concha llama á la doncella que habia participado de todas sus ansias y temores, y le dice:

—Mi buena María, hazme el favor de llegarte á la casa de Rojerio, ¡te lo suplico por el amor de Dios!.... Infórmate de su paradero; sépasme decir si ha tomado parte en la asonada... corre, vuela; vuelve pronto; aquí te aguardo; hazte cargo de mi situacion, moriria de pena si no lo supiese esta misma noche... vé....

Aunque temblando de miedo, María se atavió y partió para la casa del poeta. Concha tenia mucha razon en estar desazonada por cuanto, como ya ha visto el lector, su posicion con respecto á su marido se habia hecho de todo punto insoportable y cada dia mas imperiosa la necesidad de separarse de él de cualquier modo. Su proyecto de fuga con su adorado Rojerio ya estaba decidido, porque la entrevista que tuvo Pimentel con la doncella el dia en que volvió el banquero á Barcelona, no tuvo mas objeto que

combinar las cosas de manera que se ejecutase el rapto tanto tiempo proyectado dentro de el término el mas corto posible, y en convenir el dia y hora en que habia de verificarse dicho paso.

Poco tiempo despues de la salida de María, se presentó D. Severo en su casa acompañado de seis mozos de la escuadra. Desde los primeros asomos de la bullanga, habíase escurrido al fuerte de Atarazanas con la mayor parte de sus papeles mas interesantes, y permaneciera allí durante la refriega, siempre pronto á embarcarse para Francia por poco que amenazase la cosa tomar un rumbo favorable á los de la revuelta. El miedo que ya sentia desde que hubo oido los discursos de sus conclubistas acabó de dominarle á los primeros gritos que le advirtieron el desarme de la guardia de las casas consistoriales, y sin saber que se hacia, preocupado con la idea de que se hallaba en peligro de la vida, no pudo llevarse consigo todos sus tesoros en metálico, ni todos sus pa-

peles que valian tanto ó mas de lo que tenia en oro. Recojer estos tesoros y estos papeles, que no habia sabido llevarse consigo por falta de serenidad, tal era el objeto de su presencia en su casa á tales horas y con aquella compañía. Sobresaltóse Concha al verle entrar cuando menos lo esperaba, y le pareció descubrir en su semblante cosas horribles. Ni uno ni otro se dijeron una palabra; el banquero acabó de llenar su enorme cartera de billetes de banco y otros papeles, se la metió en la faldriquera de su levita; luego cojió una cajita donde encerró tambien varias cartas y papeles, y despues de haber abierto dos cofrecillos y de haberles vuelto á cerrar, los preparó para llevarlos consigo, á cuyo fin traia los mozos de la escuadra, los cuales habian de servirle de mozos de cordel y de escolta. Hecho todo esto, mandó á sus criados que sacasen una botella de licor y bizcochos para los mozos, y en tanto que estos saboreaban la bebida, antes de volverse á Atarazanas

quiso entrar en el cuarto de su esposa donde esta desdichada no las tenia todas. Con una sonrisa satánica, que revelaba á la vez toda la bajeza de su alma y toda la perversidad de su corazon, sentóse en un sofá frente por frente del que sostenia á Concha, y despues de haberle preguntado irónicamente si se habia asustado mucho y tomado mucha pena por los riesgos que amenazar podian á su marido en el fuerte de Atarazanas, le dijo:

—¿Dirás ahora tambien que soy injusto, que calumnio á Pimentel, cuando le llamo bullanguero y anarquista?

—¡Y qué!.... (repuso Concha sin poder disimular la alarma que le dieron estas palabras).

—¡Nada, mujer nada! (replicó el banquero, no sin fruncir su entrecejo, por mas que aparentase la misma calma en sus palabras, encelado de la ajitacion que descubria en el semblante de su señora). No hay que azorarse, es una friolera: jefe de los rebel-

des, á cuyo frente ha estado hasta la última tentativa, despues de haber llevado la bandera á la cabeza de unos trescientos asesinos que venian á atacarnos en Atarazanas, el señor Pimentel, ha tenido la gracia de alarmar á toda la poblacion, de asustar á todo el mundo, de hacer matar á los miserables que le han creido y de asesinar cobardemente á los soldados y mozos de la escuadra que han sostenido al gobierno.... ¿Ya vés? una friolera como te he dicho... ¡Oh! si es una calumnia cuanto se murmura de Pimentel.... si es un santito.... ¡Maldita sea la hora en que vino al mundo tal mónstruo! Pero á lo menos hubiese quedado en el campo de batalla, como el que le ha sucedido en su puesto.... Buen cuidado se ha tenido de escurrirse luego que ha visto las cosas mal paradas. ¡Con tantos que han caido á la descarga que se ha hecho, que no hayan sabido pasarlo á él de claro en claro!... Con todo no le arriendo la ganancia, si se le pone la zarpa encima. Esta vez no

ha de escaparse... en buenas manos está el pandero.... No ha de faltar quien lo sacrifique todo para que al fin se honren de su mala cabeza cuatro balas. ¡Demonio de bullangueros! que como no se haga un escarmiento á lo salvaje jamás saldrémos de estas cosas.... siempre tendrémos jaranas.... no quieren creerme.... allá se las hayan... En cuanto á mí, no me vuelven á pillar.... Si mañana ó pasado mañana, lo mas tarde, no veo desplegar contra esa canalla de anarquistas todo el rigor de la ley; si no veo saltar las cabezas de los principales promotores de desórden.... me marcho de este pais.... que lo habite Barrabás: no quiero que dentro quince dias se repita la misma funcion con un desenlace peor para nosotros. Como hay Dios que no creí salir tan bien librado. Esos brutos, esos cobardes nacionales no han querido hacer fuego. ¿Para qué sirven esos batallones?... Soldados y no mas que soldados, así se sostiene el órden: que milicia nacional, ni que

porra. Poco se ha faltado si no ha levantado cabeza la anarquía..... Ya estábamos frescos; puestos á la merced de la canalla; y con un populacho como el de Barcelona...... ¡Ah! ¡no, no, no! me marcho de este pais..... Si de esta escapo y no muero, no mas bodas en el cielo; no quiero vivir con tantas ajitaciones; ¿de qué me serviria tanto dinero? Arreglaré mis negocios y me trasladaré á Tolosa ó á Burdeos, y pare V. de contar. Grandísimo animal fuí con no hacerlo luego de mi llegada de América.... El demonio permanezca en esta ciudad, no estoy tan mal con mis huesos que me haga asesinar por una horda de la plebe y arrastrar hasta la rambla para desaparecer al fin en las llamas de una hoguera..... .

Desde el principio de esta especie de monólogo, ya se habia levantado Don Severo de su asiento y andaba de un estremo al otro del cuarto, porque su miedo, su rabia y su ansiedad no le permitian estar parado ni un momento.

Aterrada Concha con las noticias que le acababa de dar y riesgos inminentes que rodeaban á su Rojerio, se hubiese hecho traicion á sí misma de una manera mas patente todavía, á no contenerla la idea de que al cabo tal vez seria fácil que el poeta se escapase de las garras de sus contrarios, si tanta era su desdicha que los sublevados sucumbiesen. A mas de que, aunque las palabras de su marido no habian dejado de hacer su efecto, tenia la esperanza de que María le habia de traer noticias mas favorables y sobre todo mas positivas, y tuvo por mejor disfrazar cuanto le fuese dado la viva ajitacion en que la tenia la suerte de su querido, y dejar desahogar á su marido todo su rencor contra Pimentel sin replicarle en nada. Don Severo prosiguió:

—Esta noche no duermo en casa.... no quiero esponerme á ser asesinado por esos bullangueros: todavía no se les ha sujetado, y esta noche peligramos mucho los que tenemos que perder. Me

marcho á Atarazanas.... mañana por la mañana estaré de vuelta.... buenas noches.

Y acompañado de los mozos de la escuadra, que se llevaron dos cofrecillos llenos de oro, se fué á esconderse en la fortaleza, despues de haber depuesto sus tesoros bajo la proteccion del pabellon inglés. Dilatóse el corazon de Concha al verle partir, tanto mas cuanto iba á quedar libre toda una noche, la noche en que mas necesitaba quedar sola con Maria ¡Qué mejor ocasion para huir! (se iba diciendo la cuitada) ¡qué mejor ocasion para huir si él está libre y lo tiene todo dispuesto!» Y empapada de esta idea, se redoblaba la ansiedad en que la tenia la tardanza de la doncella.

Apenas habia salido D. Severo, llegó María pálida, trémula, con los párpados abultados de lágrimas, y como si quisiese evadirse de su señora, se entretenia, sin hacer nada, en los cuartos mas retirados de la casa. Mas al cabo fué preciso entrar en el de Concha, la cual sa-

lió precipitadamente á su encuentro, apenas hubo conocido que era ella por sus pasos y por uno de los involuntarios suspiros que ecsalaba de algunos meses á aquella parte su doncella.

—¿Qué dices María? ¿qué novedad me traes? (esclamó azorada al descubrir en el semblante de la doncella asomos de mal agüero.)

—¡Ay, señora, no las quiera V. saber! (respondió María con un acento tristísimo.)

—¡Si, si, María.... dímelo todo.... no me ocultes nada, seria peor!....

—Acabo de ver á un amigo de Don Rojerio.... y me ha dicho....

—¿Qué? ¡acaba!

—Me ha dicho....

—¡Por Dios! María, no prolongues mi ajitacion.

—Me ha dicho que Don Rojerio se habia puesto....

—¡Ah!

—Al frente de los amotinados....

—¡O Dios mio!

—Y que le tenian....

—¿Dónde?

—Encerrado en un calabozo de Atarazanas...

—¡Infeliz!!!

Y entrambas prorumpieron en sollozos convulsivos. Despues de este primer desahogo, prosiguió María:

—Yo no he podido pasar mas adelante: las lágrimas me han oscurecido la vista; las piernas me han flaqueado, porque se ha esparcido en todo mi cuerpo un temblor tan fuerte que por poco no me he caido. Gracias al señor Sarriego que me ha dado el brazo hasta la puerta, si he podido llegar.... Perdone V. señora, si no he llenado el encargo... porque ya vé V., yo tambien.... siento las desdichas del señor Rojerio.... tengo miedo.... y no me mande V. salir.... no podria pasar de la puerta.... no tengo sino ganas de llorar...... ¡pobre señor!.....

Y prorumpió de nuevo en sollozos mas espansivos que los primeros, comuni-

cando á la desdichada Concha el desahogo de la opresion que la estaba agoviando.

—¡Ay señora! V. no puede figurarse el susto que he tenido, ni la sozobra en que estoy.... pobre señor.... si esto es verdad.... mañana estará fusilado....

—¡Calla, María! no acabes de desgarrarme el corazon.....

—El señor Sarriego me ha prometido darme esta misma noche noticias de su paradero. Ajitado como nosotras, ha salido de su casa para averiguar si es cierto lo que se dice del señor Pimentel: bien me ha dicho que era imposible, que él sabia bien los ánimos de su amigo y que no podia creer que hubiese tomado parte en la bullanga.

—¡O! ¡si lo quisiera Dios! ¿Y no te ha dicho Sarriego si habia estado en la plaza de san Jaime?

—No señora; pero estaba tan ajitado, miraba de un modo tan receloso, hablaba con un acento tan estraño y tan ron-

co, que le he creido otro de los amotinados.....

—Pero, ¿y como andaba por la calle.... los han rendido ya?.... ¿En qué ha parado esto?....

—Yo no sé nada, señora; si V. quiere volveré á salir: ya me parece que estoy algo mas reanimada, ya podré llegarme hasta su casa....

—¿Cuándo te ha dicho que vendria Sarriego?

—Luego de haber ido á la casa de su amigo ó de saber su paradero.

—Pues entonces aguardemos que venga: te necesito María, ahora mas que nunca te necesito.... él está fuera y no volverá hasta mañana, ¿entiendes?....

—Todo lo tiene V. preparado: así lo tuviera él; nunca mejor ocasion.... pero.....

¡Calla!.... ¿te has propuesto matarme?.... sígueme: escuchemos desde el balcon lo que dicen las gentes... ¿oyes? todos hablan de lo mismo.... escuchemos....

En efecto, pusiéronse de braces en el balcon, y escucharon con sus cinco sentidos lo que iban diciendo los corros de la calle y los grupos de vecinos que se hallaban en las ventanas y balcones. Aquí contaba uno cuantos habian muerto en la plaza del teatro; allá lo que habian hecho de tal batallon; decíase en un corro que ya estaban para rendirse; en otro, que se preparaban para el dia siguiente, reforzando las barricadas; de suerte que ya habia mas de dos horas que ambas mugeres se hallaban clavadas en el balcon sin haber podido sacar en claro una noticia que las hiciese salir de su incertidumbre mil veces mas insoportable que el mismo mal temido. Al fin, cuando Concha tenia los labios abiertos para decir á María que se fuese en busca de Rojerio, puesto que no parecia Sarriego, dejóse ver este jóven, y María se trasladó de un salto á una ventana de un cuarto bajo que daba al callejon tantas veces cómplice de los amoríos del poeta. Habláronse quedito Sar-

riego y María, sin tener ningun testigo por hallarse todo el mundo ocupado en los acontecimientos, y separándose luego, subió la doncella mas animada al encuentro de su señora que la estaba aguardando en brasas.

—¿Qué te ha dicho?

—A poca diferencia lo mismo que ya sabíamos: Pimentel no está en casa; su patrona no le ha visto desde el amanecer, un poco antes del movimiento, y tambien teme que se haya comprometido. Segun se vé esta voz es general; pero en cambio hay otra cosa mejor que todo esto.

—¿Cuál es? (repuso Concha vivamente.)

—El señor Sarriego acaba de ver á algunos de la plaza de San Jaime, y le han asegurado que el principal jefe de la revuelta no es Pimentel.

—Pero ¿está él con ellos ó no?

—Le han dicho que no lo sabian, que unos decian que si, otros que no; pero

que ellos se hallaban allí por haberles dicho que Pimentel estaba al frente.

—¡Eso es horrible!.... ¿Con qué, no les han reducido todavía?

—No señora: dicen que están mas obstinados que nunca.

—¡O Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué no sea posible saber una cosa ú otra!.... ¿Y qué va á hacer ahora Sarriego?....

—Se va otra vez á la plaza de S. Jaime resuelto á introducirse á todo trance en ella, y llevarse consigo á Pimentel si lo halla allí.

—¿Y qué mas?

—Si ha hecho lo que debia, y si es posible salir por la puerta de mar, se embarcarán Vdes......

—¡Alabado sea Dios! tú me has entendido María.... ¡Abrázame! ¡déjame hacerte sentir los latidos de un corazon que has conmovido tantas veces!...... ¡Ah! ¡qué no sea mio todo el oro de mi marido!

—Si lo desea V. para mí, señora, es

vano ese deseo. Todo el dinero del mundo no me haria dar un paso.

—Es verdad: tanto celo no se compra con dinero; reconoce un sentimiento mas elevado..... tú obras como te dicta el corazon; tú me adivinas lo que siento, mas de lo que yo siento, y esto no puede ser sin sentir como yo y lo mismo que yo.... Confiésalo, María: tú amas, tú estás enamorada.... no me lo ocultes.... yo le quiero demasiado para dejarlo de conocer y de temer.... pero, ¡por Dios, María!...... ¡ten piedad de mí!..... ¡no me disputes á mi Rojerio, ya vés lo que he sufrido por él!...... aguarda que yo muera, porque no tardaré; yo he sufrido demasiado para sobrevivir hasta á mi felicidad.... yo mismo se lo suplicaré muriendo.... te lo dejaré por herencia, por recompensa de tu jenerosidad, y él te amará, María; te idolatrará, porque reconocerá en tu corazon el corazon de su Concha....

Si yo pudiese dar á conocer el jénero de conmocion que esperimentó María al

oir estas palabras de su señora y traducir por medio de signos la ternura con que se las iba diciendo, estoy bien persuadido de que habia de leer el lector mas de diez veces este pasaje, y afirmar que valia él solo todo el mérito de la obra. Pero ¿qué ha de hacer un pobre autor que escribe en un idioma que no es suyo, cuando debe traducir sentimientos intraducibles en todos los idiomas? Hacer lo que haré yo; decir lo que María, que no contestó una palabra, sino que se arrojó al cuello de su señora, hecha una mar de lágrimas, que la estrechaba contra su pecho como para comunicarle con su contacto lo que experimentaba su corazon, y le besaba las mejillas y la frente como un perro que recibe los golpes de un señor ofendido, instintivamente advertida de que así comprenderia Concha la pureza de su pasion malograda. Concha capaz de una pasion tan sublime la comprendia perfectamente; la abrazaba con las mismas ajitaciones, con los mismos senti-

mientos, y saturándose entrambas de lo que cada una podia sobrellevar, volvieron á conmover su corazon con sentimientos de otra especie y á fijar su atencion en otra clase de pensamientos. El reloj iba marcando los cuartos y las horas; Sarriego no parecia, y ya no era posible salir aquella noche de los muros de Barcelona.

CAPITULO XXIX.

UN MODERADO.

> ... Hay sangre, ¡bravo! ¡bravísimo! asi se pondrá á raya á esos bullangueros........

En el dia siguiente al de la bullanga que hemos descrito, á la misma hora á poca diferencia en que se habian apoderado los bullangueros de la guardia principal, otra alarma no menos fuerte conmó-

via el vecindario de Barcelona; la gente corria igualmente despavorida, y el toque de generala que se oia por todas partes indicaba preparativos de formacion de la Milicia. El número de nacionales que acudian á sus cuarteles, aunque mucho menor que el del dia antes, era considerablemente mayor de lo que podia esperarse, atendidas sus disposiciones y conducta. Pero esta alarma fué de corta duracion; sosegáronse los barceloneses con las noticias que circulaban, propalándose de boca en boca, y todo entró de nuevo en el órden habitual. El gobierno ya estaba posesionado de la plaza de san Jaime; los *mozos* y *parrotes* daban la guardia en la Audiencia y Casas Consistoriales, y en tanto que todos los batallones iban formando para asistir á la parada, rondaban por los barrios gruesas patrullas de infantería y caballería. Los bullangueros habian cedido sus parapetos sin resistencia, desocupándolos á media noche á pelotones que se disolvieron por las calles. Lo que no

habia podido obtener la metralla, lo consiguió la astucia; diplomáticos mediadores se introdujeron en la plaza fortificada; propusieron una transaccion; se capituló; los decretos de las córtes debian de cumplirse, conforme demandaban los insurreccionados, y estos tenian que salir á campaña contra los carlistas para tranquilizar los ánimos timoratos. Tales eran los rumores con que se esplicaban los grupos el desenlace de un movimiento tan sério; mas algo habia de haber de intriga y manejo dentro dicha plaza, cuando creyéndose vendidos los muchachos empezaron á desfilar, ahora los unos, luego los otros, hasta que por fin quedaron solos el gefe que los habia dirijido y los emisarios mediadores, con lo cual se creyó con derecho el gobierno para anular la capitulacion, mantener el estado de cosas tal cual estaba, despues de la reaccion de enero, y perseguir á los promotores del motin para aplicarles el último rigor de las leyes. Un bando redactado

en este sentido advirtió á los barceloneses que el partido prócsimo á caer, antes de la bullanga, se habia arraigado con ella cien veces mas en su poder.

Luego que la tranquilidad de las calles consintiera llevarse por ellas con seguridad las gentes, Maria se preparaba á salir, para recojer noticias que calmasen la horrible ansiedad en que estaba ella y su señora desde que habian perdido toda esperanza de volver á ver á Sarriego. Mas la fatalidad que se habia vinculado á los pasos de estas dos desdichadas hizo que se presentase D. Severo, acompañado tambien de algunos mozos de la escuadra, el cual venia volando y lleno de zozobra, para cerciorarse con sus propios ojos del estado de su casa amenazada, segun él, del furor del populacho. Brillaba en sus malos ojos aquella satisfaccion y arrogancia que caracterizan á los cobardes y malvados luego que no hay ningun peligro que temer, é insultó de nuevo á su señora con sus bravatas y maldiciones contra

Rojerio y sus compañeros de infortunio, regocijándose cruelmente en la esperanza de que le habia de descubrir, aunque se ocultase en las entrañas de la tierra, y hacerle arcabucear por mas que le costase la mitad de su fortuna. Concha y Maria huian de él, como de la culebra cascabel los cuadrúpedos del desierto. Haciendo alarde de lo mucho que trabajára contra los bullanguerros, abrió con estrépito el balcon, y fumando insolentemente un cigarro puro de los que se hacia traer de sus fábricas de la Habana y entrar de contrabando en Barcelona, paseaba sus miradas de triunfo por los balcones de la vecindad, como buscando alguno que le diese el parabien de sus esfuerzos para sostener el órden. Frente por frente de su casa vivia en el primer piso un empleado de no sé que ramo, el cual lo era desde los tiempos en que el Conde España y comparsa se constituyeron el teje maneje de todas las oficinas de Barcelona. Y como viese al banquero en el balcon de su casa, si-

quiera para tener esta ocasion de lisonjearle, se asomó al suyo y le dijo:

—¡Ola, señor de Casavella! ¿cómo va?

—Soberbiamente, D. Fuljencio... la cosa va muy bien.

—¿Y cree V. que no tendrémos hoy nueva jarana?

—Si señor.... ya se han acabado en Barcelona las jaranas. Mientras los hombres de arraigo y verdaderos patriotas no nos durmamos, no hay escape para los anarquistas.

—¡Cáspita! ¿Sabe V. que nos han dado un valiente susto..? ¡resistir las metralladas...! ya es mucho.

—En efecto: lo que es esta vez han mostrado algun valor: jóvenes ilusos, vendidos por los ajentes de Carlos V... Y á propósito ¿sabe V. que entre los muertos hay algunos sarjentos de voluntarios realistas y dos ó tres frailes?

—¡Qué está V. diciendo!

—Lo que V. oye, D. Fuljencio. Nos ha llegado el parte en Atarazanas.

—¡Ah! ¿con qué estaba V. en Atarazanas?

—¡Toma! pues no: acaso soy el moderado mas comprometido. Si los bullangueros hubiesen salido con la suya, á buen seguro que no se estaria V. en ese balcon; ya se lo impedirian á V. las llamaradas de mi casa.

—Lo creo, porque V. ha trabajado mucho por el sosten del órden.

—Si señor; he trabajado y trabajaré, porque el órden y la ley son mi norte; sin órden y sin ley la libertad es una peste.

—Habla V. como Séneca: soy de su mismo parecer de V. Y ¿sabe V. que me han asegurado estar presos los jefes de la bullanga, y entre ellos el autor de esos papelotes incendiarios que nos han puesto en el borde de un abismo.

—No seria estraño: tenemos tan bien tomadas las medidas al efecto que respondemos con la cabeza, si no los pillamos á todos.

—Pues le digo á V. que me acaban

de asegurarlo de un modo positivo: y á fé que el sujeto de quien tengo esta noticia es un hombre de toda veracidad. Es un pobre exclaustrado de santa Catalina, hombre muy de bien, algo carlista si V. quiere....

—No le hace: las opiniones son libres y deben respetarse: mas quiero á un carlista que á un bullanguero: mil veces mas placer me daria la muerte de todos los ecsaltados que la de todos los partidarios de D. Cárlos, y cuidado que no soy nada sanguinario.

—Pues, como iba diciendo, este buen exclaustrado acaba de asegurarme que él ha visto con sus propios ojos á los presos mientras los conducian á Atarazanas, y que no le cabe la menor duda de que iba entre ellos el folletista á quien conoce desde la quema de los conventos y asesinatos de los padres reverendos del suyo.

—Lo creo muy bien.

—Y dicen si los van á fusilar dentro de poco: la comision militar tiene el en-

cargo de activar la causa mas de lo que pudiera hacerlo un tribunal de vapor.

—Y así debe ser: no faltaba mas sino que todavía se anduviese en dimes y diretes sobre si son culpados ó no lo son. ¿Te han cojido con las armas en la mano? pues muere; ¿has escrito un folleto sedicioso? cuatro balas.

—¡Ah! si, si: debe hacerse un escarmiento.

—Toma ¡si debe hacerse! este ha sido siempre mi tema. No han querido creerme y al cabo echan de ver que no hay otro remedio. A los anarquistas se les debe tratar como á los negros: duro, sin compasion. Y si V. me apura, aun trataria peor á los bullangueros, porque los negros al fin trabajan, mientras que los bullangueros solo quieren robar, asesinar, incendiar y alzarse con un golpe de mano con los bienes que hemos ganado á fuerza de años, trabajos, sacrificios y peligros.

—Tiene V. muchísima razon, por lo ménos eso es lo que estamos viendo to-

dos los dias, desde que la han dado en estas paparruchas de *reformas*, de *libertad*, de *constitucion*; todo lo cual se reduce al cabo en un continuo desórden, donde solo medran los advenedizos y malvados.

Concha y María estaban oyendo y escuchando desde su cuarto esta edificante plática sin que les escapase siquiera una palabra del uno ni del otro dialoguista. Cuando oyó Concha que con los jefes de la bullanga ya estaba preso el autor de los folletos incendiarios, creyéndose que era este tal el desdichado Pimentel, perdió completamente la razon, y sin reparar en nada se abalanzó contra los frenos que hasta entonces la habian reprimido: quiso atropellarlo todo; huir de su casa; volar á Atarazanas; unirse á su Rojerio; acompañarle al suplicio; abrazarse con él; morir atravesada de las mismas balas.... Mas echósele María encima, se colgó de su cuello, desmelenáronse entrambas su larga cabellera; la una gritaba con la voz chillo-

na de su histérico contra los verdugos de Pimentel; la otra rogaba sollozando con toda la ternura de su alma que no se entregase á un acto tan inútil de desesperacion. Afortunadamente ningun criado podia oirlas por hallarse á la sazon distantes de este aposento, y el comerciante estaba demasiado embebido en lo que iba diciendo su vecino para poder percibir lo que acontecia dentro. Nada era suficiente para calmar el frenesí de Conchita: su semblante pálido, medio cubierto de sus cabellos flotantes, presentaba todos los síntomas de la locura; sus ojos secos y salidos de sus órbitas amenazaban á María, y aunque gastados por sus sufrimientos, sus músculos habian cobrado una fuerza nerviosa que vencia la resistencia de su doncella. Despues de un buen rato de dudosa lucha, hizo al fin la delirante un esfuerzo terrible, y desprendiéndose de los brazos de María, sin pañuelo en el cuello, sin zapatos y desgreñada, se lanzó furiosa hácia la sala, en uno de cuyos

balcones estaba conversando su marido.

Pero ¿porqué se para de repente? ¿porqué queda inmóvil? ¿Qué significa su mudanza de fisonomía, esta vida que vuelve, este sonriso que disipa la espresion sombría de sus labios? Sus oidos han recojido un nombre; el del autor de las proclamas de los sublevados, que segun el vecino estaba preso, y este nombre no era el de Pimentel: Don Severo acababa de preguntarlo y su vecino le habia respondido que no; que Pimentel era el autor de la sátira, harto conocido, cuando no por su estilo, por su firma, y que si bien le habian dicho que era otro de los promotores del desórden no sabia de fijo si estaba preso ó no. Estas palabras desarmaron á la desdichada mujer de toda su resolucion y violencia, y María que ya la habia alcanzado se la pudo llevar otra vez hácia su cuarto sin esperimentar mas resistencia que la del peso de su cuerpo, tanto mas inerte cuanto mas violento habia sido el arranque de su delirio. Hízola tender

en la cama la doncella, riñéndola como una madre á su hija por haberse espuesto con semejante arrebatamiento á una catástrofe cien veces mas terrible que todas las anteriores.

Despidióse por último Don Severo de su vecino, y se entró diciendo para su sayo, sin poder disimular su satisfaccion:

—¡Bravo! así va bien. Como se porten así con todos no habrá necesidad de que me marche.... ¡Lástima que no sean doscientos los cabecillas!.... Pero al fin despues de los unos han de caer los otros. El matar y el rascar todo es empezar...... Esto va á tomar un rumbo diferente de otras veces: hay sangre, ¡bravo, bravísimo! así se pondrá raya á esos bullangueros; verémos si pasando por las armas á unos cuantos, tienen todavía ganas los demás de alborotar el cortijo.... ¡Bien, muy bien!.... ¡Viva la comision!... ¡se porta como hay Dios!... Esto marcha.... Véale tambien uno de tantos, y entonces que venga á darme

celos.... ¡qué se deseque por él esa mujer ingrata, á quien en vano he sacrificado tantos gastos!

Este caricativo monólogo no dejó de herir los oidos de las dos mujeres que se hallaban á pocos pasos del banquero, el cual cuando hubo entrado y visto en la cama á Conchita puso su frente mas sombría de lo que acostumbraba, y preguntó la causa de la posicion en que encontraba á su consorte.

—No me siento buena (le contestó esta con una voz que podia justificar sus escusas) me asusté tanto ayer!.... tengo un temblor en las piernas.... y no estoy bien sino en la cama.

—Lo creo (repuso el banquero algo mas afable, no hallando en la contestacion de su mujer nada que le indicase estar ansiosa por la suerte del poeta). El caso no fué para menos: otros, menos espantadizos que una mujer, no dejaron de asustarse: la refriega fué terrible, y gracias á la energía de unos pocos que nos metimos de codos en el peligro; de

lo contrario, todo se lo llevaba el demonio; á estas horas la sangre inundaria la ciudad.... Y con todo, no falta quien defienda á los promotores de bullangas; quien se ofenda de que no se les tengan buenas ausencias.

Y luego de haber dejado caer estas indirectas, se metió en su bufete, paladeando feroz la idea de que estaba pronto á ensangrentarse la cuchilla de la ley. Mejor que su vecino sabia el comerciante cuales eran los proyectos de escarmiento de sus concolegas aliados del gobierno, y de que medios se habian valido para hacerle adoptar medidas que no respirasen sino sangre. Por si acaso no se prestaba bastante á sus ecsijencias la comision militar, con respecto á los jefes del movimiento que ya estaban en su poder, los corifeos del partido triunfante incitaban por debajo de mano á los mas frenéticos de entre los *moderados* embebidos en las filas de la milicia nacional, á fin de que se amotinasen á la puerta del tribunal improvisado, ame-

nazando degollar en sus mismos calabozos á los presos, si no se les condenaba á la pena capital. Pero la satisfaccion feroz que le daban estas cosas se le aguaba considerablemente, al no poderse ocultar que Rojerio no solo no estaba preso, sino que ni le podian prender siquiera, mas que en virtud del ilimitado poder de atropellar á todo el mundo que les conferia el estado escepcional. Rojerio era autor de la sátira; por desgracia era demasiado cierto; pero todo se reducia á este hecho legal; y aunque todos los corifeos del bando entronizado y sus secuaces lo aborrecian de muerte y hubiesen dado de buena gana las vidas de la mitad de su jente por haberle podido hacer tomar parte en la bullanga y tener con esto motivos aparentes de legalidad con que pasarle por las armas; todos sabian sobradamente bien que Pimentel no habia tomado parte en el movimiento, que este habia sido la obra de otros nada amigos del poeta, y que nadie le habia visto, ni en la ram-

bla, ni detrás de las barricadas de la plaza de San Jaime. Y sin embargo todos hacian circular rumores en contrario sentido, por cuanto deseaban dar un golpe de mano sobre todos los ecsaltados que ejercian mas prestijio en el pueblo; y como este golpe habia de llevar el sello del mas escandaloso despotismo, era necesario preparar la opinion pública de manera que no solo no se declarase contra la violenta perpetracion de semejante acto, sino que lo tuviese por poco rigoroso y eficaz para el debido escarmiento.

Bien cierto Don Severo de que estaba adoptada la providencia de prender á Pimentel, destacó varios espías que olfateasen sus pasos y le diesen el placer de denunciarle á la comision encargada de este asunto. Entre estos espías descollaba por su furor de celo y actividad el famoso Don Baudilio de los Julepes, el cual ya se habia hecho conceder una docena de certificados relativos á su bravura y amor al órden, para volar á Ma-

drid y solicitar un empleo mas provechoso que el que ya desempeñaba.

Pasó tambien este dia no menos cruel para Concha y su doncella que el anterior sin que les hubiese sido dado averiguar el paradero de su querido Rojerio, ni el de su amigo Sarriego. El banquero salió y entró varias veces; ahora con unos, luego con otros, seguido empero siempre de un par de mozos con sus sables que devoraban con sus ojos centellantes á cuantos jornaleros les salian al encuentro. Pero así que anocheció, una mujer desconocida llamó á la puerta de la casa del banquero, con un recado para María.

Despues de haberla despedido, lo que hizo en dos minutos la doncella, se fué volando al encuentro de su señora y le entregó una carta de Rojerio. Devoróla Concha con tanta avidez y ajitacion que hubo de repetir la lectura mas de tres veces para enterarse del contenido. María la estaba mirando con ansiedad y adivinaba en las mudanzas del

rostro de Conchita lo que decia la carta. Rojerio escribia á Concha que á las ocho de aquella noche Sarriego se presentaria en su casa vestido de marinero, y que se la llevaria á una casa de la Barceloneta donde iria él á reunírsele para embarcarse juntos en un laud surto en las aguas de la mar vieja, y hacerse á la vela para Francia.

———

CAPITULO XXX.

EL ANÓNIMO.

—¡Virgen santísima! ¡esto nos faltaba!

Poco tiempo antes de los primeros asomos de la revuelta, Rojerio habia salido de su casa, sin comunicar á nadie el objeto de su salida. Aunque autor de un escrito, que por su efecto sobre los

ánimos ya movidos favorecia en gran manera los planes de los que deseaban un movimiento, no tenia mas noticia de él que lo que le habia insinuado Sarriego, y aquella ajitacion y rumor que se percibe en las masas, cuando se acerca la avenida de un motin. Bien ajeno de pensar en que le cojiese fuera de su casa y en la coyuntura mas crítica para sus asuntos particulares, fuese al encuentro del patron que se habia encargado de trasportarle á Francia, de por junto con su Concha, por cuanto debia de verificarse el rapto aquella noche y faltaban todavía algunos pormenores en que convenir, á fin de que fuese completo el écsito de la empresa. Viéronse en efecto el patron y Pimentel, concertaron maduramente todos los pasos que se proponian dar, y cuando les pareció que ya no tenian mas que decirse, se separaron, marchándose Rojerio á disponer de que modo debia reunírsele Conchita y hacérselo saber por medio de su bien cumplida doncella. Mas ¡cual fué

su sorpresa y sobresalto cuando, al volver del puerto y al acabar de entrar en la ciudad, le cojieron en medio de la plaza de palacio las corridas de la jente y el estruendo de las tiendas que se cerraban, aumentando con su ruido la confusion y la alarma! Sin necesidad de saber mas, adivinó el desdichado todo lo que iba á acontecer, y desde entonces empezó á darse por perdido, previendo que le habian de perseguir otra vez y que le seria mas que nunca difícil poder fugarse con Concha de la ciudad, cuyas puertas iban á ser mas vigiladas con la perturbacion del órden público. Con la desesperacion en el alma y la rabia pintada en su semblante, hubiese estrujado entre sus brazos al idiota promotor de aquella asonada, no tanto porque le erizaba de embarazos invencibles su posicion personal, como por el daño inmenso que habia de acarrear á la causa de los mismos progresistas. Su primera intencion era volverse á la Barceloneta y aguardar, á

bordo del laud que tenia concertado, el desenlace del triste drama que se iba á representar en las calles de Barcelona, mandando desde allí las instrucciones necesarias para que viniese á su encuentro la consorte de Casavella. Mas, las puertas de mar ya estaban cerradas, la guardia sobre las armas, y él era el único que se hallaba en medio de la plaza, espuesto á que interpretasen su presencia en ella por una tentativa igual á la que habia tenido lugar en la plaza de san Jaime. Asi pues, no hubo mas remedio que ceder á las circunstancias, y procurarse un asilo en la ciudad donde conjurase la tempestad que le estaba amenazando. La habitacion de Sarriego no podia darle este asilo; en primer lugar, porque vivia en una despesa, y en segundo lugar, porque de la conversacion que habian tenido pocos dias antes deducia Rojerio que su mal aconsejado amigo se hallaria igualmente en el caso de esconderse, si, como se esperaba el poeta, venian á sucum-

bir los sublevados. Sin saber donde acojerse, ni á quien pedir hospitalidad, vagaba Rojerio por los barrios mas excéntricos, como hubiese podido vagar por entre los troncos de un bosque inhabitado, buscando siquiera una cabaña que le librase de las garras del tigre cuyos espantosos saltos y resoplidos estuviera oyendo á sus espaldas.

Ya casi habia recorrido todo el circuito esterior de la ciudad, cuando se le presentó una idea feliz capaz de sacarle de atascadero. Habia en Barcelona una pobre mujer casada con un tejedor, la cual habia servido de criada en la venta de la madre de Rojerio y amaba á todos los hijos de la ventera por haberles cortado el ombligo á todos, como se dice vulgarmente. Dejóse caer Rojerio en su infeliz habitacion, donde habia estado raras veces con hartas quejas de la inquilina, por el olvido en que la tenia, y fué recibido bajo el humilde techo del tejedor con las mas afectuosas muestras de satisfaccion y regocijo.

No sabia la infeliz proletaria como escusarse, y estaba á pique de llorar, viendo que no le consentia su miseria regalar como ella hubiese deseado al hijo de sus antiguos amos, al niño mimado, á quien habia visto nacer, mecido largas noches en la cuna y adormecido en su cama cuando mas grandecito, cantándole á la cabecera las canciones populares que cantan á los niños las criadas, las madres y las abuelas.

Seguro de que ni el mas suspicaz espía habia de sospechar su retiro en este escondrijo, aguardó Rojerio el desenlace de la conmocion, y cuando la tranquilidad del apartado barrio, en que estaba oculto, vino á hacerle comprehender que ya no era tan arriesgado llevarse por las calles, escribió una carta para Sarriego, encargándole que se presentase para darle sus instrucciones, y la entregó á la mujer del tejedor á la cual dió las señas de la casa de su amigo. Rojerio no se atrevió á salir porque por boca del proletario y de los veci-

nos, cuyas conversaciones oia desde su chiribitil, ya sabia lo que se estaba diciendo del autor de la desdichada sátira; y por no perder la felicidad que se habia preparado y en que ya se mecia su exaltada imajinacion, no quiso esponerse á que fuese reconocido por los esbirros del gobierno y conducido como otras veces, sin mas ni mas, á un calabozo.

Cumplió la mensajera con su encargo; mas hubo de volver con la carta de su acojido, por no haber hallado en casa á Sarriego, el cual, como ya se ha visto, andaba por esos mundos de Dios, rodando de seca en meca para dar con Pimentel. Mas de tres veces repitió la tejedora su viaje, siendo en todas infructuoso, y se hubo de guardar para el dia siguiente repetirlo; siendo ya mas de media tarde cuando fué dado finalmente alcanzar á Sarriego.

A pesar de lo que habia dicho á Rojerio este buen atolondrado acerca de sus deseos de tomar parte en la bullanga, ya sea por haber recapacitado las adver-

tencias y reflecsiones de Rojerio, ya por haber acabado de conocer qué casta de hombres iban á dirijir el movimiento, Sarriego se retractó de todos sus proyectos y sostuvo una acalorada disputa que lo enronqueció, probando que el movimiento proyectado iba á arraigar mas en el poder á los reaccionarios de enero. Habíase esforzado este entusiasta en rehabilitar á Pimentel entre los ecsaltados, y la oposicion que encontró de parte de algunos corifeos de su partido, los cuales no podian ver ni pintado al poeta, le indignó de tal manera que desde entonces se hizo el firme propósito de no tener ya mas nada de comun con la pandilla de ecsaltados que lo manejaban todo. Dos cosas le atormentaban á la sazon: la idea de que con esta inoportuna conmocion iban á comprometer mas que nunca la misma causa del pueblo, y la de que Rojerio acaso acabaria de consumar en la plaza de san Jaime el sacrificio empezado con su chispeante sátira.

En estas disposiciones cojió al amigo del poeta la bullanga y no se atrevió á salir de su habitacion, hasta que llegó á su noticia lo que se decia de Pimentel. Al principio no lo podia creer; mas viendo que esos rumores tomaban cuerpo á proporcion que adelantaba el dia, y temiendo que hubiesen podido tanto sus palabras dichas imprudentemente á su amigo, que sobre manifestar su opinion por medio de la prensa, le hubiesen lanzado al frente de los amotinados, como ya se lo habia insinuado el mismo, si se obstinaba Sarriego en dudar de su buena fé; salió á la caida de la tarde de su casa y todo lo fué siguiendo con el objeto de recojer cuanto rumor circulase con respecto de su amigo. Ya sabe el lector lo que hizo desde que se encontro con María hasta que se despidieron por segunda vez, pero ciertamente que no sabe que el cuitado ya llevaba en aquellas horas el aguijon del que se considera proscrito por un partido triunfante. Envuelto con

los rumores relativos á Pimentel habia encontrado otros que le eran personales, y mas de cuatro le aseguraron saber de buena tinta que estaba en lista con otro de los promotores del desórden y de los propaladores de razonamientos sediciosos. Azorado sobremanera por ser la primera vez que se veia amenazado, ya no las tuvo todas consigo, y creyó que era muy prudente estar de observacion y no dejarse ver en público, hasta tanto que se despejase el horizonte. Y como la primera precaucion que se suele tomar en tales casos es no dormir en la propia habitacion, Sarriego durmió en casa de un amigo y no compareció en la suya hasta la tarde del dia inmediato en cuya hora recibió la carta de Pimentel. Viéronse pocos ratos despues los dos amigos, concertaron el plan de fuga, y tanto para servir á Pimentel, como para ponerse en salvo por lo que pudiese tronar, Sarriego admitió enajenado de alegria las proposiciones que le acababa de hacer

Rojerio. Con sorprendente actividad se procuró el aturdido dos trajes de marinero, y encerrando en su baul lo poco que tenia, le hizo trasportar á la Barceloneta y se preparó para ir á buscar á Concha y conducirla á salvamento. Entre tanto Rojerio mandó por medio de su huéspeda una carta á Concha.

Llegada la hora, Maria por órden de su señora mandó salir bajo diferentes pretestos á toda la servidumbre, no quedando en ella mas que una fregona sepultada en la cocina. Los lacayos y criados estaban con D. Severo. Desembarazadas de todos estos importunos espectadores con la facilidad que les daba el desórden introducido en la casa del banquero, desde los primeros asomos del motin; Concha y Maria entregaron á Sarriego y á dos marineros que le acompañaban un baul y un saco de noche, donde tenia Concha encerrados sus vestidos, algunas joyas y una cantidad de dinero no despreciable. Hecho esto, Sarriego

dió instrucciones á Conchita y desapareció con los marineros.

Una hora despues de este paso debia salir Conchita, sin mas compañía que la de su doncella, la cual despues de haberla acompañado debia volverse á la casa del banquero. Con el mas profundo dolor estaba viendo esta cuitada que en todos los preparativos hechos para la fuga de su señora con Pimentel no era contada por nada su doncella, y tuvo bastante resignacion y valor para callar y sufrir la pena que esto le daba, sin ecsalar ninguna reconvencion, ninguna queja contra lo que ella creia muy natural, y sin disminuir su celo en procurar la felicidad de su ama y su querido. Pero, cuando ya estuvo en el momento mas crítico, cuando vió que Concha se echaba la mantilla y lo preparaba todo para marcharse, la pobre doncella no pudo resistir mas, y con un acento tristísimo, que estaba en armonía con la afliccion de su semblante, dijo á su señora:

—¿A qué hora ha dicho que debia partir V.?

—A las nueve.

—¡Sola!

—No: tú me acompañarás hasta la playa.....

—¡No mas que hasta la playa!

—¿Pues qué?....

—¿Y no hay en el laud dos palmos de madera para mí hasta llegar á Francia?

—¡Estás loca! ¿Y cómo volverte desde Francia á Barcelona?

—Si se quedan Vdes. allí, ¿no tendrán algo que mandar á una criada.... y si se van Vdes. á América....

—¡Qué estás diciendo María!.... has perdido el juicio....

—¡Ah! doña Concha, V. mas que mi señora es mi madre, mi hermana: V. sabe que no tengo ni hermana ni madre; que soy sola en la tierra; no tengo mas que nuestra nodriza, y ella apenas puede ganarse la vida con el trabajo de sus manos. ¡Y V. se va!...... ¡V. me

abandona !.... ¡ y yo no sé donde acojerme!.... Me moriré de melancolía y de miseria: porque sin V. no quiero pasar ni una sola noche en esta casa; tampoco quiero entrar en otra, porque V. no estaria allí.... y yo no puedo separarme de V. ¡ Ama mia, ama de mi corazon ! ¡déjeme V. marchar á Francia á su lado! ¡no me abandone V.... Ya sé que van Vdes. lejos; que hemos de pasar el mar; que quizás nos muramos todos en América, si allá vamos; que el mar nos puede tragar en el viaje...... que son Vdes. pobres para mantenerme junto á sí.... mas, señora, yo èstoy dispuesta á todo, á mí no me asusta el mar; nada me asusta mientras esté cerca de V..... Trabajaré mucho para Vdes.... V. está demasiado débil.... no puede desempeñar la fatiga de una casa, necesitará una criada; no podrá V. pasar sin ella, créalo V., pues bien yo seré esta criada; yo lo haré todo y sin ningun salario, sin ninguna recompensa.... ¡Señora! no quiero sino dormir debajo del

mismo techo que V.; y si Vdes. no pueden darme un bocado de pan blanco, lo comeré negro; si ni negro tampoco, lo buscaré con mi trabajo en otra parte cuando Vdes. no me necesiten. Hallaré pan para mí, porque para mí poco me basta; lo hallaré para Vdes. dos, si son Vdes. tan desdichados..... yo les conduciré si están Vdes. enfermos; yo sé sus gustos de V., su naturaleza, lo que la acomoda, lo que no: nadie, señora, nadie la puede cuidar á V. mejor que yo, ni como yo.... ¡Así, señora, tenga V. compasion de su pobre doncella! concédale V. esta gracia, ¡se lo pide de rodillas, señora! ¡no me abandone V. á la desesperacion!.....

—Levántate María, levántate, hija mia..... no acabes de partirme el corazon..... ¡Pobre muchacha!..... ¡pobre María, tú no sabes lo que vamos á padecer!..... ¡vamos á ser muy miserables, María!.....

—No le hace señora: yo no he de aumentar su miseria, tengo brazos que la

disminuirán, por esto insisto en venir... ¡Permítamelo V., ama mia de mi alma! si un dia les llegó á ser carga pesada, V. me despedirá; yo moriré contenta en cualquier parte, sintiendo solamente no haberles podido ser mas útil.

—¡Oh criatura estraordinaria! tú no eres mujer, eres un ánjel.... ¡hermana mia! has hecho bien en darme este nombre; porque todo nos hermana. Rojerio no ha contado contigo; sin duda no sabe el infeliz hasta qué punto llega tu amor por él: porque es amor, y un amor tan grande como el mio el que te inspira tan generosos sentimientos. Confiésalo, María!........ seria una crueldad abandonarte; alejarte de Rojerio.... y yo no he de ser tan cruel; no he de ser tan ingrata!!! Conozco tu corazon y no te temo María, no me ganarás en jenerosidad... vente conmigo á Francia, ven á gozar como yo de la vista de nuestro amado Rojerio... Dáte prisa; arregla todo lo tuyo.....

—Ya está todo arreglado, Gertrudis

tiene mi baul, y yo me llevaré en un pañuelo algunas cosas.

—Pues entonces partamos. ¿Qué hora es?... Este reloj da las ocho y media... falta media hora, pero no importa, salgamos.... él puede venir.... los criados no pueden tardar en volver.... marchemos....

Diciendo esto, echóse Concha la capa, María se abrigó con un pañuelo grande, y trémulas y azoradas abandonaron la casa del banquero, deslizándose por la calle mas rápidas que una esfera rodando por una superficie inclinada. Era de ver como se encaminaban hácia la puerta de mar. Cabizbajas, calladas y presurosas, no cuidaban sino de ganar terreno y evitar todas las miradas que pudiesen descubrirlas. Parecíales que cuantos se rozaban con ellas habian de penetrar sus intenciones, y mas de una vez se sobresaltaron entrambas creyendo columbrar entre los embozados que les salian al paso la jigantesca figura del comerciante. Animábalas sin embargo

aquella fuerza de ánimo que inspira á las mujeres mas débiles el amor, volviéndolas igualmente capaces de grandes virtudes que de grandes crímenes.

Al pié del primer farol del puerto estaba clavado un marinero, y cuantas mujeres pasaban cerca de él llamaban profundamente su atencion, especialmente si iban dos y se asemejaban á una señora y á una doncella. Cada vez que se rozaban con él dos mujeres constituidas en tales circunstancias, el marinero de atalaya murmuraba en voz baja estos dos versos:

Boga, boga, pescador,
Salva las aguas lijero.....

Y no teniendo contestacion, la contestacion que le habian dado por santo y seña, las dejaba pasar y volvia sus miradas á otra parte. Apenas dieron las nueve concibia el atalaya la esperanza de dar bien pronto con el grupo que aguardaba, y en efecto Concha y María que divisaron en el farol indicado á un

marinero, se acercaron disimuladamente á él y con un palmo de orejas se pusieron á escuchar si decia algo, casi olvidándose del movimiento de sus piernas. El marinero repitió su cantinela:

Boga, boga, pescador,
Salva las aguas lijero.....

Paráronse las dos mujeres á estas palabras, esperimentando un temblor de alegría que apenas les consentia tenerse en pié, y Concha con una palpitacion vehemente respondió:

Dios bendiga al marinero
Que proteje tanto amor.....

Y sin decirse mas palabra, el atalaya abandonó su puesto y se puso en marcha, seguido de las fujitivas á dos pasos de distancia. Internáronse en la Barceloneta y despues de haber llegado al este de esta pintoresca poblacion, las introdujo el marinero en su pobre albergue. Un pequeño cuarto con seis si-

llas, una mesa, una cómoda y una cama matrimonial, todo bastante usado; una cornucopia colgada de la pared; dos ó tres cuadros devotos y la Vírjen del Cervelló, tal era la estancia en que Concha debia de reunirse con Rojerio. Una vieja habia barrido y aseado este cuarto, metiendo debajo de la cama todos los cachivaches del pescador, esparcidos aquí y allá, y habia colgado de la cornucopia un candil de hoja de lata, el cual iluminaba pobremente la estancia y acababa de dar á aquella escena un carácter mas romántico. El marinero se habia marchado otra vez á su farol, y la buena vieja vino á sentarse al lado de Conchita, no cansándose de mirarla y de preguntarla si necesitaba de alguna cosa.

Pero la zozobra de Conchita se aumentaba á proporcion que pasaba el tiempo sin ver en aquella estancia á nadie mas que á la vieja y su doncella. Rojerio no parecia, Sarriego tampoco, ni el marinero parecia siquiera para cal-

mar las sospechas que empezaba á concebir la prófuga. Ya habian dado las diez, el barco estaba pronto para hacerse á la vela y era el viento favorable: todo estaba ya á bordo; el timonero á su timon; cada marinero á su puesto; el patron impaciente se llevaba de proa á popa, de babor á estribor, echando mil blasfemias á cada cuarto de hora que sonaba. Hundian las oleadas en la arena el bote que aguardaba á los pasajeros, y mas de cuatro veces ya se habia llegado uno de los remadores á la casa del marinero para preguntar si se marchaba ó no aquella noche. Concha se desesperaba y María no hacia sino llorar. . . . .

—¡Esto es horrible! ¡Dios mio!

Decia Concha azorada por el pobre cuarto del marinero. Sentábase en una silla, luego se levantaba; volviase á sentar en otra; volviase á levantar; asomaba su cabeza á la ventana; oía pasos; escuchaba con atencion; veia bultos, los devoraba con la vista.... concibia esperanzas, el corazon le saltaba mas de pri-

sa.... los bultos se aprocsimaban, eran desconocidos y se volvia á sentar tres veces mas desesperada.

—¡No hay remedio María, ha sucedido alguna catástrofe! prorrumpió Concha con el acento mas amargo; es imposible que Rojerio haya podido faltar á esta cita sin un motivo poderoso, y yo no sé ver sino un contratiempo inesperado. Al menos debia venir Sarriego.... y este no parece tampoco: ¡Desdichada de mí! ¡ya han dado las once.... Tal vez le hán prendido cuando se disponia á salir.... Este escrito.... esta bullanga... No sé á que poder atribuir esta tardanza.... ¡Dios mio, esto es atroz!.... ¡esto es una agonía insoportable!........ ¡á estas horas no estar aquí!..... ¿Y qué hacemos ahora?..... Y si no viene; si no ha salido todavía ya no hay que pensar en ello esta noche. ¡Qué terrible posicion es la mia! á estas horas mi marido ya debe de estar en casa; no me ha encontrado y deberá preguntar por mí: se alarmará, me agoviará á preguntas, sus

celos se lo descubrirán tado.... ¿Qué le diré? ¿qué le contestaré?.... Si no puedo entrar en Barcelona, ¿dónde le diré que he pasado la noche?.... ¿Qué escusas podré darle?...... ¡Oh! ¡no! ya no puedo volver á su casa; mi divorcio es irrevocable.... ¡Santo Dios, qué he hecho!.... ¡en que laberinto me he metido!... María, no sé lo que me está pasando.... ¡Qué vida, Vírjen santísima!.... ¡qué vida tan infeliz!....

María no contestaba una palabra: sentada junto á la mesa lloraba convulsalmente, persuadida á la par de su señora de que semejante tardanza no podia reconocer otro motivo que algun fatal contratiempo. La pobre vieja lloramiqueaba tambien, tanto porque es ley constante de la naturaleza que el llanto se ponga en equilibrio entre mujeres en razon del interés que se inspiran, como por las zozobras en que la empezaba á tener la ninguna noticia de su hijo, el marinero de la atalaya. Ya se temia esta mujer que estuviese su hijo comprome-

tido por su complicidad en la fuga de los que habian de reunirse en su casa, y en mas de una espresion dejó á comprender bastante que ya se arrepentia de no haber disuadido al marinero de sus empeños. Y todo eran nuevas espinas para el corazon de Concha. Al fin María se levanta y se encamina hácia el farol, para ver al menos si está en él el marinero: y el marinero no estaba, ni se veia al rededor un alma. María aguardó, desahogando la opresion que la impedia respirar, por ver si al cabo se presentaria alguno de los que estaban esperando; pero, viendo que nadie comparecia y que ya hacia tiempo que habia dejado á su señora, á fin de no prolongar sus ansias, se volvió determinada á ocultarle la desaparicion del marinero, puesto que no se la podia esplicar de un modo satisfactorio.

Apenas acababa de llegar al albergue del pescador se oyeron pasos precipitados en la calle, y las tres mujeres se abocaron á la ventana sin cederse el

puesto para salir de ajitacion, y descubrieron un bulto que se habia parado á algunos pasos de distancia, mirando indeciso el número de las casas que la oscuridad de la noche no le dejaba percibir. Concha le reconoció al momento, le llamó, y Sarriego se acercó á la casa del marinero, el cual le habia dejado á la entrada de aquella calle para ir á dar aviso á los del laud sobre lo que acababa de decirle el amigo de Rojerio. Abrió la vieja la puerta y preguntó por su hijo; Concha que la habia seguido preguntó por Pimentel.

—Señora, (respondió Sarriego agitado y anhelante) está escóndido...... no es posible partir esta noche... ya están avisados los marineros... el barco va á alejarse de la costa; bogará toda la noche, y mañana durante el dia y á la misma hora de hoy se ejecutará el embarco. Actualmente seria una temeridad, seria echarlo á rodar todo.... ¡Dios mio! ¡qué noche! ¡Ah señora! ¡cuánto debe haber sufrido usted!

—Pero bien ¡qué ha sucedido! yo estoy desesperada, (repuso Concha á la cual habia atafagado esta noticia).

—Luego de haber embarcado los baules, me he llegado hasta mi casa para recojer unos papeles que habia olvidado y me he encontrado con un anónimo que ha destruido por hoy todos nuestros planes. Dice el anónimo que esta noche van á prender á Pimentel, y que sabiéndose su paradero, todo está rodeado de espías y mozos de la escuadra disfrazados desde esta tarde á fin de que no pueda escaparse su presa. En la puerta de mar hay vijilantes que ecsaminan las facciones de todos los que pasan, haylos tambien en el puerto que hacen lo propio con los que se embarcan, de modo que es imposible tentar nada por ahora.

—¡Vírgen Santísima! esto nos faltaba!

—Apenas he sabido esto le he hecho escapar por los terrados y le tengo en casa de unas amigas mias, donde estará con toda seguridad. Es preciso dejar pa-

sar la borrasca; aguardemos un dia mas; mañana me informaré, y ó dejaré de ser quien soy ó yo le pondré en salvo..... Por ahora no pensemos mas en él: pensemos en usted, señora; es tarde, usted debe volverse á su casa, todavía es tiempo, véngase usted conmigo.

—¡Qué yo me vaya con usted...!

—Si señora: aunque la puerta de mar está cerrada todavía se abre el postigo para los que lo pidan: el oficial que está de guardia es conocido mio y nos permitirá la entrada.... Apresúrese usted antes que pase el capitan de llaves.

—¡Yo! ¡es imposible! no señor: ¿yo volverme á mi casa á estas horas y de este modo?... ni soñarlo... primero me arrojaré al mar..... ¡Está usted loco! ¡Cree usted que mi marido no me está buscando como un tigre enfurecido por todos los escondrijos de su casa y rejistrándolo todo para acabar de adivinar mi fuga! ¿Y se figura usted que no ha de notar la falta de lo que yo me he llevado...? ¡Vamos! es preciso delirar.... Yo

ya no puedo volver atrás; aquí me quedo: ya que mañana hemos de partir ¿qué inconveniente hay en que me quede aquí? Ya ha cometido usted una falta grande en no hacerme embarcar..... en ninguna parte podia aguardar mas segura á Rojerio que á bordo del laud.

—Pero señora ¿y qué inconveniente hay en que se embarque usted mañana?

—¡Qué inconveniente! y quién le ha dicho á usted que mañana podamos? ¿Cómo me voy yo ahora á mi casa?..... No se canse usted.... yo no me muevo de aquí.

—¡Por Dios, señora, no se alucine usted, y no perdamos tiempo! Si no vuelve usted á su casa, su marido se alarmará; lo revolverá todo; sus celos le revelarán todo lo que se ha pasado; poblará la ciudad y el mar de espías; sacrificará sus tesoros para perderles á entrambos de un solo golpe.... ¡No cometa usted semejante disparate, señora! perdone usted que se lo diga, pero usted no se halla en estado de discurrir sobre lo que

debe hacer: déjese usted llevar por un amigo de Rojerio que la quiere á usted como á él mismo, por un amigo que no desea sino hacer su felicidad. Déjese usted de tonterías y véngase conmigo. Todavía es tiempo: conjuremos la tempestad: una ficcion, una mentira bastará para acallar los celos de don Severo. ¿No tiene usted ninguna amiga? yo iré á advertirla de lo que deba hacer: le haré decir, por si acaso don Severo se lo pregunta, por que ha pasado usted la noche en su casa.....

—Ah! si ha entrado en casa no habrá mentira ni ficcion que valga... yo no digo que no me pueda defender de que me acuse; pero me ha de atar las manos, me ha de atajar todas las salidas y ya no hay que pensar mas en fugarme con Rojerio.

—Yo me adelantaré señora, (dijo entonces María conviniendo con Sarriego) si don Severo está en casa nos esconderémos en otra parte, y si no está aguardarémos que mañana.....

—Tiene razon María, dijeron á la vez Sarriego y la buena vieja, la cual no deseaba sino que se marchasen, y acabaron por seducir á Concha á que se volviese á la ciudad.

Figúrese el lector con que horribles ansias caminaria esta desdichada mujer, no sabiendo concebir como podian tener por mas prudente hacerla volver á la casa de su marido á aquellas horas puesto que se habia de fugar al dia inmediato. Como sea, pasaron los tres por la puertezuela de la puerta de mar, precisamente cuando se iban á echar los cerrojos y se internaron sin ser tan escrupulosamente ecsaminados, como lo habia sido Sarriego y todos los que salian. Mientras se deslizaban rápidas, asidas de los brazos de Sarriego, lanzó María una ojeada al grupo de nacionales y vijilantes que se estaban en pié junto al cuerpo de guardia, y al resplandor del cigarro que encendia, echó de ver á Don Baudilio de los Julepes, y adivinando el vil objeto de su presencia en aquel si-

tio, sintió correr por todo su cuerpo un temblor que le disminuyó las fuerzas de sus piernas; pero por no comunicar á su señora una conmocion igual, pasó en silencio este suceso.

Eran las once, y la puerta principal de la casa del banquero estaba todavía abierta de par en par: María se adelantó, llamó á la puerta del piso, y preguntó á la criada que salió á abrirla, si habia entrado D. Severo. Respondióle la criada tranquilamente que no le habian visto desde la tarde, y con un corazon que no le cabia en el pecho, pero que no dejó ver á la criada, fingió estar ansiosa por el paradero de su amo y dijo:

—¡Jesus! ¡y que es estraño! ¡que no podamos saber donde está este buen señor! Tres horas hace que le estamos buscando.... no digas nada, porque mi señora sufriria demasiado....

Y levantando la voz dirigida á Conchita que estaba esperando abajo su sentencia de vida ó muerte, prosiguió....

—Tenga V. la bondad de subir..... dice que no ha vuelto todavía..... pero no hay novedad....

Concha se planta de un salto arriba. Sarriego se aleja; la puerta se cierra, y mientras la criada se va á contar á la demas servidumbre que acaba de entrar el ama con su doncella, muy agitada por no haber hallado á D. Severo en ninguna parte, Concha y María se recobran en el cuarto de la primera del grande susto que se han llevado y se preparan á salir airosas de las escenas que pueden sucederse.

Oyóse á los pocos momentos el rumor de un coche y un récio campanillazo anunció la llegada del banquero. Entró.... dió secamente las buenas noches, y aunque no desplegó el labio, sino para pedir lo que necesitaba, no dejó Concha de adivinar los funestos pensamientos que le ocupaban y las siniestras esperanzas que le llenaban de una cruel satisfaccion. Desde la última vez que le habia visto Concha, habia esta-

do en el club discutiendo á machra hierro paraque se pasase por las armas á Pimentel, ó se lo lanzase al menos á Filipinas. Sus concolegas le habian concedido lo último, y él contaba conseguir lo primero, ganando con sus talegas la comision militar.

CAPITULO XXXI.

EL DELATOR.

¡Esto es horrible! le hemos vendido, María.....

A las dos de la noche presentóse en la habitacion de Pimentel un comisario de policía ó de seguridad pública, como se los llàma desde la primera revuelta, acompañado de celadores, ó vigilantes,

que es tambien un nombre nuevo, y de mozos de la escuadra, cuyo nombre no se ha mudado, y se ha hecho bien, porque sirven, despues de la revolucion, para todo lo que servian antes de ella. Todo lo registraron escrupulosamente; revolviéronle sus papeles y resiguieron la casa desde la azotea al sótano, sin que hallasen en ninguna parte al desdichado poeta. Evacuada esta diligencia, retiróse la policía, amenazando á la patrona de Rojerio con la cárcel, si los llegaba á engañar teniéndole oculto en algun escondrijo. Amaneció, y una esquela que entregó Pablo á su señor apenas acababa de levantarse le puso furioso.

—Bestias! brutos! (iba diciendo verde de cólera) ¿y esto se figuraban? ¡que los habia de aguardar en su propia habitacion! ¿Y á esto se reduce todo su espionage? ¡Malditos sean los tales espías y el que se vale de ellos! ¡Qué porquería! Ya sabré yo donde para: ya cuidaré yo de que lo prendan agentes de mi confianza.... Si yo no tomo este asunto por

mi cuenta, estoy persuadido de que no saldré jamás con la mia."

Y dando pasos furiosos por la sala, se paseaba de arriba abajo, riñendo á todos los que se ofrecian á su vista. Conchita le estaba escuchando desde su cama con oidos de hético, y no necesitó mas para saber que por aquel entonces estaba libre Pimentel de las garras de sus perseguidores, lo cual derramó sobre su corazon destrozado un bálsamo que llegó á reanimarla. Pero no sabia esplicarse esta cuitada cómo no habia ido la policía á la habitacion del tegedor, donde estaba Pimentel, puesto que segun el anónimo se sabia que estaba allí y que lo habian envuelto en una red de espías á fin de que no se les escapase. Mas la policía no sabia tal cosa ni lo queria decir el anónimo; el aturdido Sarriego creyó que el que le avisaba acerca del amago contra su amigo, sabia como él dónde estaba oculto el poeta, y que verdaderamente era este punto el circuido de espías; mientras que el que habia escrito el anó-

nimo solo queria decir que la casa del poeta estaba espiada y que la debian registrar aquella noche. Por lo menos, así se lo dijo á Sarriego la misma persona que lo habia escrito, al amanecer del dia siguiente en una cita que le dieron en la iglesia del Pino, á la cual acudiò despues de haber sabido por la muger en cuya casa estaba Rojerio el dia antes, que nadie se habia presentado en su casa para pedirle á Pimèntel.

¡Cuál fué el asombro de Sarriego al verse en un lugar oscuro de la parroquia del Pino, cara á cara con una linda señorita á quien no conocia, y al saber que era esta la autora del anónimo! Sus ojos, hinchados y rojos, indicaban que habia llorado, y el interés con que preguntó por Rojerio hizo sospechar á Sarriego que su amigo tenia, á mas de Concha, otros trapicheos. Lleno de estupefaccion, y aguardando aclarar el campo, se sentó el jóven al lado de la señorita, cuyas señas le habia indicado la muger que le dió la cita, y se puso á

escuchar lo que aquella le iba á decir. La pobre Catalina, la linda platera, de la cual no hemos hablado mas por no haber figurado en ninguna de las escenas transcurridas, despues de haber contado á Sarriego sus amores con Rojerio y su rompimiento tan singular, prosiguió diciéndole:

—Yo me arrepentí el mismo dia de lo que habia hecho, y de buena gana hubiese deseado hacer las paces; pero él quiso ser orgulloso, yo tambien; él no me buscó, yo tampoco; ya que él podia pasarse sin mí, esforcéme á pasar sin él. Muchas lágrimas me costó el tal señor y me ha quitado el sueño mas de una noche. Aunque estoy resuelta á no volver á tener con él ninguna relacion, porque sé que no me quiere, que quiere á otra, y V. debe saber de quién hablo, no puedo menos de acordarme que le quise de veras, y me compadezco, aunque no quiera, de sus desdichas. Ayer, á eso de las siete de la noche, oí que cierto fulano decia en secreto á mi

padre que la noche inmediata se iban á hacer muchas prisiones, entre ellas la del pobre Pimentel, añadiendo que en cuanto á este estaban tomadas todas las medidas para que no se les escapase, interesándoles infinito su captura. En aquel momento no me acordé de nada; le amé como el dia en que creí mas en su amor, y me afligí como si fuese mi hermano. Inmediatamente puse mano á la pluma y mandé á mi nodriza á su casa de V., pues ya sabia yo por una amiga mia que era V. íntimo amigo de Pimentel. Y dí con tanto mas placer este paso, por cuanto ví que mi padre se compadecia de Rojerio, al cual, aunque lo considera como ecsaltado, le tiene por buen muchacho. Lo que es ahora, mi intencion es que si Pimentel no está bien seguro en la casa donde le tiene V., yo le proporcionaré un refugio en la casa de la muger que me acompaña, yo cuidaré que no le falte nada y, si me lo permite, iré á verle de cuando en cuando.

Pasmado se quedó Sarriego al oir

las palabras de la platera, y mucho mas del bello sentimiento que brotaba de ellas. Agradecióle en nombre de su amigo tanto favor, y se escusó de no aceptar por entonces sus ofertas, haciéndole ver que Rojerio estaba á salvo. Resignóse la pobre niña, repitiendo cien veces á Sarriego que estaba siempre pronta á hacer cualquier sacrificio por el pobre perseguido; y se separaron afectados, él del carácter y belleza de la platera, y esta de la afabilidad y espresiva fisonomía del jóven.

Cuando estuvo aclarado este negocio, se apoderó de todos los que estaban metidos en él la mas profunda tristeza, viendo que por haberse alarmado á causa de un peligro imaginario, habian malogrado una ocasion tan oportuna que ya no podian procurarse, sino esponiéndose á un peligro verdadero, y hubiéranse abandonado á aquel desconsuelo y desesperacion que se esperimenta cuando uno se contempla causa de sus propios males por su lijereza y desacierto,

á no pensar que el espía de Don Severo, el famoso Don Baudilio no estaria en la puerta de mar con otro objeto que con el de atisbar las facciones de todos los que saliesen para denunciar á Pimentel si este se presentase. En este conflicto pensaron permanecer unos cuantos dias sin hacer la menor tentativa de evasion, esperando que al fin habian de convencerse los espías apostados en las puertas de que ya no estaba Pimentel en Barcelona. Y como en la casa á donde se habia refujiado el poeta no habia un local á propósito para ello, y era por otra parte muy frecuentada, se decidió que al abrigo de la noche se volviese Rojerio por los terrados al piso del tejedor. Ejecutóse en efecto esta traslacion la noche inmediata; Sarriego no se dejaba ver sino disfrazado y de noche, y Concha y María, estrictamente sujetas á las órdenes del banquero, se consumian en su casa suspirando por la hora en que podrian fugarse para no volver jamás á Barcelona. Por lo que toca á Casavella

no permanecia un momento inactivo: derramaba el oro á manos llenas para que se siguiese la pista á Pimentel, y prometia considerable recompensa al que se lo denunciase. La evasion de este jóven no podia satisfacerle de ningun modo; sus iracundos celos, enconados cada dia mas con el abatimiento y alteracion del rostro de Conchita, en lo cual descubria el celoso toda la pasion que esta profesaba al poeta, le encendian en una sed de venganza que no podia saciarse sino con la sangre de su rival, y ya que sus concólegas habian saciado la suya pasando por las armas al jefe de la revuelta, hacia todos los esfuerzos imajinables paraque alcanzasen á Pimentel las sangrientas disposiciones en que estaban los ánimos de los corifeos triunfantes. Empapado de esta infernal tarea, olvidaba el sistema de rigor que habia intentado introducir en su casa relativamente á la salida de Concha y de María, y esta traviesa muchacha hacia de vez en cuando sus escursiones para verse con Sarriego.

y apresurar cuanto fuese posible su evasion tan suspirada, hasta que por fin concertaron de nuevo para la noche inmediata su plan de fuga, teniéndolo ya todo preparado como la noche en que el anónimo se lo deshizo todo.

María se fué á la casa de sus amos, y ya hacia rato que habia anochecido cuando entró en el aposento de su señora, donde, ocupada en su labor para distraer sus penas, engañaba esta infeliz la suspicacia de su marido, el cual no habia olfateado aun la menor cosa de la tentativa abortada de su consorte, por no pasarle siquiera por la cabeza dar un vistazo al armario en que solia colgar Concha sus vestidos, ni en la cómoda donde tenia sus joyas. Despues de haberse asegurado que estaban solas, sentóse María á la distancia de un negro de uña de su señora, y con una voz tan queda que se necesitaba ver los movimientos de sus labios para poder ser entendida, le dijo:

—Señora, ya está todo preparado,

acabo de traerle un traje de cura, y disfrazado de esta suerte va á salir con su amigo Sarriego disfrazado del mismo modo, y en seguida.....

—¡Calla!.... creí que se acercaba alguno.

—¡Ah! señora, le he visto..... ¡qué lástima me ha dado! ¡si V. le hubiese visto!.... Está encerrado en un cuarto donde apenas puede menearse; no tiene mas muebles que una silla y cuatro tablas con un jergon donde se tiende de cuando en cuando, siquiera porque mudando de actitud se le hace su posicion mas llevadera. Está á oscuras, porque cierra la ventana de su cuartito á fin de que no le vea la vecindad; habla que no se oye, y es preciso hablarle del mismo modo porque es tan estrecha la calle que se pueden dar las manos de balcon á balcon. No toma sino caldo; está desfallecido y no tiene apetito. ¡Ah! señora, ¡si V. viera aquella cara!.... Está pálido, verde, como si acabase de salir de una larga enfermedad; con la barba lar-

ga, sus párpados morados, sus mejillas sin color y sus ojos hundidos; no puede V. figurarse la pena que da. Lanza unas miradas tan tristes, tan patéticas, que espresan tanto su afliccion..... ¡Le digo á V. que hacen llorar! Luego en su frente arrugada, en su cabello desaliñado y en sus posturas se echa de ver un no sé qué que espanta.... como si quisiese volverse loco. El corazon se me ha partido al verle.... no creo que me hiciese una espresion mas triste en su agonía... ¡Pobre señor, cuanto debe de haber padecido su espíritu encerrado en aquel cuartito!

—¡Ten piedad de mí María! ¡no redobles mis tormentos con tus palabras! ¡Ya lo vés! he aquí las consecuencias de vuestra pretendida discrecion: todos estos sufrimientos podíamos muy bien ahorrárnoslos. No quisisteis creerme; ya veis el fruto de vuestra prudencia. ¡Y él, él! ¡el miserable no haber querido seguir mis consejos! ya se lo decia: »mira que cuando querrás, tal vez ya

no será tiempo...... su prudencia, su honradez nos han perdido.... ahora se vé de que sirve la honradez y la prudencia á un desdichado á quien abandonan todos. ¡Infeliz! ¡O Dios mio! ¡amparadle! ¡Señor, dadle valor para no sucumbir á tantas penalidades! ¡Vos sabeis si es criminal; estais viendo su conciencia y no habeis perdido nunca de vista los tormentos con que ha espiado sus errores! ¡Perdonadle señor, libradle de las garras de sus perseguidores, confundid la maldad de todos sus enemigos; no le quedan ya en sus conflictos sino las alas de vuestros ánjeles, y solo vos podeis arrebatarle quizás del calabozo y del patíbulo!»

Concha hizo esta plegaria con un verdadero fervor, y despues de un buen rato de silencio prosiguió:

—¡Ay de mí! ¿cuándo acabará esta vida tan agitada? ¿cuándo podré descansar tranquila sin ninguna inquietud ni remordimiento? ¡O momento fatal!... ¡O madre mia!...... ¡tú descansas en

paz!.... ¡quisiste morir con la idea de que tu hija seria feliz en los brazos del esposo que le diste!.... y tu hija.... ¡he aquí tu hija!... ¡ya vés, si pueden ver los difuntos, qué felicidad es la de tu hija!.... ¡Ah! María, ¡que no sepa nada ese hombre feroz, que nada sepa!...... ¡Seria su delator, su verdugo; no habria remedio para él!.... ¡No haber querido creerme!... ¡Esos hombres! nunca quieren seguir los consejos de una mujer y despues se arrepienten cuando es ya tarde.... ¡Quien sabe si ahora será posible huir!.... ¡O maldicion, maldicion mil veces á los enemigos de Rojerio!....

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, se oyó el ruido de una silla derribada. Concha y María se sobresaltaron á este ruido; la doncella se trasladó de un salto al paraje de donde vino, y vió las espaldas de D. Severo que se iba de puntillas para otro cuarto. Helada de espanto retrocedió, y sin saber lo que le estaba pasando dijo:

—¡Señora, señora! Don Severo estaba allí!

—¡Dónde!!! (esclamó Conchita petrificada.)

—En ese cuarto inmediato.... nos estaba escuchando.

—¡Desdichadas!!!

—Le he visto huir de puntillas.... todo lo ha oido sin duda....

—¡Eso es horrible! ¡le hemos vendido, Maria!!!.... Creí que ese hombre no estaba en casa... ¡O qué hombre tan infernal!!!...

En menos de dos minutos se presentó el banquero en el cuarto donde estaban ambas mujeres petrificadas de terror. Verdes y convulsas estaban sus facciones, pero ni sus ojos ni sus labios manifestaron el menor asomo del volcan que estaba ardiendo en su pecho. Al contrario, afectó una afabilidad mil veces mas ominosa para Conchita que un estallido estrepitoso de cólera; se sentó no lejos de ella y abrió conversacion sobre diferentes asuntos de todo punto estraños á

lo que acababa de acontecer; de suerte que Concha y María llegaron á persuadirse un momento de que su terror habia sido infundado. Mas clavado el banquero frente de Concha, tenia trazas de no moverse de toda la noche de su asiento, y este comportamiento desusado empezó á constituir á la cuitada señora en una verdadera agonía. Cuántas veces se atrevió á levantar los òjos dió con los del comerciante siniestramente fijos en ella, y no se atrevió á hacer la menor seña á María, por estar en la conviccion de que le espiaba su marido el mas íntimo movimiento de su rostro. Tambien afectaban por su parte serenidad é indiferencia ambas mujeres, y mal su grado seguian la conversacion que él les iba dando, para saborear su vengativa sed con esta clase de consumtivos tormentos.

Ya hacia mas de una hora que estaba durando esta penosa escena, cuando impelida por los mismos sentimientos que esperimentaba su señora, se levan-

tó Maria de su asiento, é iba á salirse de la presencia de sus amos para escaparse luego sin dilacion á dar aviso á Pimentel de lo que les acababa de suceder. Mas el banquero, adivinando ó temiendo semejante partida, dirijió la palabra con un tono áspero é imperioso á la doncella, diciéndole:

—¿A dónde va V., señora doncella?

—A mi cuarto, (repuso esta medio cortada á la mirada amenazadora que le lanzó D. Severo.)

—¿Y que tienes que hacer en tu cuarto?

—Nunca le falta á una que hacer.

—Pues yo ¿lo oyes? yo no quiero que te vayas á tu cuarto; quiero que te quedes al lado de tu señora doña Concha, la cual me parece, segun el tinte de su semblante, que no lo pasa muy bien.

—Yo.... lo que es yo me siento muy buena, (dijo Concha disimulando á duras penas su confusion y espanto) no

tengo por ahora ninguna necesidad de que María se quede.

—No le hace: es mi voluntad y esto basta.

María se sintió animada de un impulso que por poco no siguió: pero pensando que todavía le era dado aguardar, se sentó sin replicar mas palabra, y sin dar á conocer que esto la contrariase mucho. Trémula Concha no acertaba á herir el lienzo de su labor con su aguja que apenas sostenia: ya no necesitaba saber mas para quedar convencida de que D. Severo lo habia oido todo, y al frio glacial que la invadió, cuajándole la sangre, al ver este relámpago del trueno que iba á bramar sobre su cabeza y la de su querido, sintió suceder rápidamente una reaccion de desesperacion y frenesí que la disponia á romper todo freno y á tomar un partido decisivo que la pudiese arrancar de una vez de una posicion tan falsa. Sin embargo, quedándole todavía la esperanza de poder hacer escapar á María y dar aviso

á Pimentel de esta ocurrencia, enfrenó cuanto pudo sus tentaciones de romper con su marido y se reservó su resolucion para cuando no hubiese otro remedio.

Dos horas trascurrieron desde este lance, siempre con las mismas bascas para las infelices que estaba martirizando el cruel banquero, y como si se complaciese en atarazar su corazon, llamó en alta voz á Pablo y le hizo traer recado de escribir. Desempeñó el etíope el encargo, y el bárbaro se puso á escribir, murmurando entre dientes lo que iba poniendo en el papel. Sordo se necesitaba ser para dejar de percibir lo que decia: ambas mujeres, cuyos oidos habian aguzado su finura, desde que se puso á escribir oyeron claramente que daba parte á un comisario de policía del paradero de Pimentel y del traje y compañia con quien debia escaparse. Don Baudilio de los Julepes habia espiado los pasos de Maria y Sarriego; y deduciendo por ellos donde

paraba Rojerio, se fué al encuentro del banquero, le apostó en paraje debido, y entrambos siguieron, el dia de que hablamos, las huellas de la doncella. A la puerta de su casa despidió Casavella á su esbirro y se introdujo sijiloso en su piso, llevándose hasta la alcoba de su consorte para espiar él mismo lo que solo sabia á medias. Cerrada la carta, D. Severo volvió á llamar á Pablo y le encargó que se fuese volando á la secretaría de la capitanía jeneral.

Al llegar á este punto, María se levanta, resuelta á no detenerse por mas que se lo mande su señor. El banquero le ordena que se sienta, acompañando su mandato con una blasfemia, y la atrevida muchacha le contesta que ella es dueña de sus acciones, que no quiere vivir en semejante esclavitud y que desde aquel momento cesa de ser su doncella, dicho lo cual se prepara para salir del cuarto. Arrójase el banquero de un salto desde su asiento para impedírselo, y entonces Concha, cuya desesperacion

ya habia llegado á su colmo, se levanta á su vez y alzando una voz firme que no parecia suya, le dijo:

—Esto es ya demasiado...! la paciencia, el sufrimiento se me agotó.... Rompamos de una vez un enlace que aborrezco; sí, ya puedes amenazarme, te detesto, te maldigo; y te lo digo á tus barbas porque tu presencia me asesina; y antes me has de hacer pedazos que pasar una hora mas en esta casa. Mas te digo aun; nada me importa que me hayas sorprendido en mis secretos: no me humillaré á pedirte que no hagas uso de ellos; no me es desconocida tu crueldad; sé que serian vanas mis súplicas, preveo tus planes, adivino tus proyectos, siento el ardor de tu sed de sangre... esa carta que has escrito es una infame delacion; es un asesinato.. y no quieres que salga María paraque lo evite, para que advierta á ese infeliz que vas á asesinarle, y hasta tal punto eres vil y rencoroso que tú mismo serias su verdugo. Pues bien, inmólale, bebe su

sangre, arráncale el corazon y ven á decirme «este es el corazon de tu Rojerio.» Yo te diré que él era mi amante, mi posesor, mi esposo, el único hombre á quien he amado, amo y amaré toda mi vida. ¿Quieres que te diga mas? díme lo que mas te ofenda, lo que mas te ecsaspere... esto te diré... quiero que si no tienes bastante con la sangre de mi amado te empapes de la mia.... aquí está mi pecho, ábrelo, desgárralo con tus uñas de tigre, con tus dientes de lobo y arráncame el corazon que ya no late sino para aborrecerte. ¡No quieres que salga María! pues saldré yo... verémos quien podrá mas.....

—Mujer, mujer! (repuso el comerciante que no podia sujetar á la doncella, la cual le iba dando pezcozones y pegaba chillidos que alborotaban toda la casa, y abandonándola para ir á detener á Concha que se fugaba por otro lado, prosiguió diciendo) tu me incitas á cometer un atentado... si no cierras

esa boca, si das un paso mas, te ahogo entre mis manos.

—¡Ahógame, asesino! ahóga.... me; no he de callar... ase si... no!!...

Y los dos luchaban horriblemente cayéndose sobre las sillas. El bárbaro la tenia con sus manos de bronce por el cuello y le apretaba el gaznate, en ademan de ahogarla, y la infeliz lívida y abotagada, con los ojos y la lengua salidos, despedia una voz chillona y sofocada en tanto que le arañaba la frente y las mejillas con toda la fuerza que le daba su furia histérica. Libre Maria del banquero, se lanza contra él para socorrer á su señora, y viendo que no tiene bastante con sus puños, ni sus piés, coje una silla, y en el momento en que Concha iba á dar un grito que ya no pudo, descarga un sillazo furioso contra la cabeza de su amo que le hizo perder el conocimiento, bambolear y caerse de rodillas, llevándose consigo á su desdichada consorte. Ya habian acudido á este ruido todos los criados, lánzanse con-

tra el grupo; separan á D. Severo de su víctima, Concha vuelve en sí, y desprendida de su verdugo, en tanto que avanza hácia la escalera, anda gritando *¡asesino! ¡asesino!*..... María que ya la vé libre, abandona tambien el campo de batalla, y se fugan las dos mas rápidas que un cohete. Una vez llegadas á la calle, Concha toma el camino de la Barceloneta para ir á acojerse en la casa del marinero, y María vuela al refujio de Pimentel para hacerle salir por las azoteas.

CAPITULO XXXII.

LAS PRISIONES.

> —¡ Adios amigo, hasta la vista, y sobre todo valor!

Mientras cada cual de las fujitivas apresuraba cuanto podia sus pasos para alcanzar el puesto á que se dirijian, antes que hiciese su efecto la infame delacion de Don Severo, Pablo entregaba la esquela

de su amo á un comisario de policía, dispuesto con su fuerte escolta de celadores y mozos de la escuadra á trasladarse al punto en que le acababa de decir Don Baudilio de los Julepes que se hallaba oculto Pimentel. El comisario leyó á parte la esquela, y volviendo precipitadamente á su escolta, despidió al lacayo del banquero y dijo: «sigan Vdes. señores, y alargar el paso,» lo que ejecutaron los mozos, poniéndose las carabinas á discrecion y siguiendo al comisario y celadores por hileras. Don Baudilio y el comisario llevaban la delantera de este piquete, llamando la atencion de todos los transeuntes.

María llegó sin aliento á la casa del tejedor; llamó á la puerta de su piso precipitadamente, y hubo de llamar tres veces sin que nadie le contestase, oyendo claramente carcajadas mal reprimidas que salian del refujio de Rojerio. A la tercera vez que hubo llamado, cesaron las risas, y una voz queda y desfigurada preguntó «¿quién va?» «Abra V.

(respondió María), abra V. inmediatamente.» Y la puerta se abrió como por sí misma, volviéndose á cerrar detrás de la doncella. A no traer el corazon despedazado por lo que acababa de pasar, á no tenerla tan azorada el inminente riesgo en que estaba Pimentel, María hubiese participado de la algazara que estaban metiendo Rojerio y Sarriego, al mirarse entrambos vestidos con una mala sotana de cura. Mas en sus circunstancias la pobre muchacha, aunque no pudo impedir una sonrisa al ver la ridícula facha de Sarriego, mas estrambótica con los jestos que hizo este al ver á la doncella, bien ajeno de pensar que les traia tales nuevas, bien pronto les hizo mudar de tono, rogándoles que por el amor de Dios se saliesen inmediatamente de aquel cuarto y se fugasen por la azotea.

—¿Pero qué ha sucedido muchacha? ¿qué viene á ser eso? (decian á la vez confusos los seudo-curas) ¿y á donde quieres que vayamos con estas malditas sotanas?

—¿Huyan Vdes., por Dios, señores; la policía va llegar y estan Vdes. perdidos!....

—¿Pero, cómo han sabido?....

—¡Déjense Vdes. de razones y huyan Vdes.!....

Al fin, viéndola tan alarmada y conociendo por el acento de sus palabras y el terror de su fisonomía que habia algun demonio metido en aquel asunto, Rojerio y Sarriego cojen cada uno su manteo y su sombrero de teja, y atropellando el uno al otro y pisándose la sotana que les hacia tropezar, se fueron escalera arriba para fugarse por los tejados. A pesar de lo crítico de sus circunstancias, reíase á mas no poder el aturdido Sarriego al ver la facha de su compañero de infortunio y los tropezones que iban dando á cada paso con la maldita sotana que se les enredaba entre las piernas, y el pobre Rojerio no podia menos que reirse tambien, aunque no le dejaba esplayar esta risa un presentimiento horrible.

Mientras que iban saltando de terrado á terrado, María se deslizó escalera abajo para ir á dar aviso á la casa donde se habia refugiado Rojerio la noche del anónimo á fin de que fueran á abrirles, y el piso del tejedor se quedó abierto y abandonado, por hallarse á la sazon sus pobres inquilinos apostados en la calle observando si les amenazaba algun peligro. María sale de la escalerilla y dá con la mujer del tejedor que llegaba temblando y azorada. «¡Los mozos!.... ¡los mozos!....» le dijo, y dándole un empujon se abrió paso y se subió volando á su piso. María ajita la cabeza y echa á correr hácia la casa que debe recojer á los fugitivos.

En esto se presenta el piquete que hemos visto salir de la capitanía general, y en tanto que el comisario y algunos celadores y mozos se abocan á la escalerilla del tejedor, Don Baudilio que ha conocido á la doncella, se adelanta con un celador y dos mozos detrás y se mete en la casa en que ella entra. Mien-

tras la tejedora busca por su pobre albergue á sus huéspedes, asombrada de encontrar su piso desierto, se le presenta el comisario y demás ajentes, y le intiman que les entregue los individuos que tiene ocultos en su casa. Llena de terror la pobre mujer al ver la autoridad en su piso, se echa á llorar y jura y protesta que ella no tiene á nadie oculto en su habitacion, que no tiene mas cuartos que los que ven; que los rejistren si quieren: y sin hacer atencion á lo que les iba diciendo, aquí un celador miraba por debajo de la cama, allá otro por detrás de las puertas y la chimenea; un mozo daba contra la pared con la culata de su carabina; otro metia su bayoneta por los jergones.

—Sin embargo (dijo el comisario al ver que los prófugos no parecian), ellos han estado aquí.

—No señor (respondia la fiel mujer), aquí no ha estado nadie mas que mi marido.

—Pues y estas levitas y estos som-

breros echados aquí de cualquier modo ¿qué significan?

—Son de mi marido....

—¡De su marido!.... ¿qué oficio tiene su marido?

—Tejedor.

—¡Tejedor!... ¡y lleva levita! ¿Quiere V. ir á la cárcel, buena mujer? ¿quiere V. una mordaza por embustera?.... diga V. donde están los individuos que tenia V. ocultos en este cuarto.

—Yo no lo sé señor, yo no sé nada.

—¿Con qué quiere V. dormir en la cárcel?

—¡Yo, no señor, yo soy inocente!

—Mozos, esta mujer va presa.

Al oir esto, la pobre mujer redobla su llanto y sus protestas, confiesa que les tenia ocultos, pero jura por todos los santos que no sabe lo que se han hecho. El comisario no hace el menor caso de sus lamentos y los mozos siguen atándole los brazos.

No eran menos aflictivas las escenas que estaban pasando en la casa don-

de se habia metido la doncella. Apenas habia tenido tiempo de llamar á las señoras que ya habian acojido una vez á Pimentel, y advertirlas que fuesen á abrir la puerta de su terrado, cuando ya estaba invadida la escalera por Don Baudilio, el celador y los mozos, quienes estaban llamando al primer piso. Una de las señoras hace entrar á María para socorrerla, por verla á pique de desmayarse, y la otra vuela al terrado para abrir á los fujitivos que aguardan este momento de salvacion agachados junto á la puerta. Enderézanse al oir la llave en la cerradura, y la pobre señora, que no sabia en que traje habian de presentarse los perseguidos, no fué dueña de reprimir el susto que le dieron los dos ensotanados, los cuales sin mas palabra que unas secas *gracias* y un *perdone V.* mas seco todavía, se lanzaron escalera abajo como relámpagos. Los mozos de la escuadra ya habian saltado por los terrados y no era ocasion de entretenerse. Cierra la puerta del suyo y ré-

cios culatazos que la hacen astillas le advierten de cuan cerca iban al alcance de los fujitivos estos serviles ministros de todos los opresores.

Al llegar al primer piso un « ¡ alto al rey ! » mas horrible de lo que podia ser el grito de un demonio, sostenido por dos carabinas con sus bayonetas, detuvo los pasos de Sarriego contra cuyo bulto vino á dar el desdichado Rojerio; ocioso era hacer la menor tentativa de resistencia; pocos, desarmados y rodeados por arriba y por abajo de mozos de la escuadra, no tuvieron otro recurso que rendirse á discrecion, sin pronunciar siquiera una palabra que tuviese la menor sombra de súplica. Rojerio no quiso responder á cuantas preguntas le hicieron, y el fogoso Sarriego los apostrofó como si estuviesen cara á cara y con iguales fuerzas para venir á las manos. Mas ni los celadores, ni los mozos, ni el cobarde Don Baudilio, quien no se atrevía á sostener las miradas de Rojerio, contestaban á lo que les decia Sar-

riego, y quitándoles las sotanas hechas tirones, de por junto con el manteo y sombrero, les dejaron en mangas de camisa y la cabeza descubierta, les amarraron con las cuerdas que suelen llevar colgadas de su cintura los mozos de la escuadra, y por en medio de la multitud que habia acudido á la escalerilla del tejedor y á la puerta de las señoras, se los llevaron acto continuo hácia la Ciudadela.

D. Baudilio se destacó volando hácia la casa del banquero, para anticiparle esta plausible noticia, y bien ajeno de soñarlo siquiera, se encontró con el comerciante que vuelto de su aturdimiento causado por el silletazo de María, estaba ciego de cólera y haciendo retemblar las paredes de su casa con los gritos que pegaba. De piedra se quedó el espía al enterarse de la causa de semejantes novedades, y se apresuró á calmar la furia de su protector, notificándole la prision del jóven que le estaba envenenando la ecsistencia. Difícil era

cerrar las profundas llagas del banquero; mas el encarcelamiento de su rival derramó sobre ellas un calmante, con las horribles esperanzas que concibió de satisfacer por último sus infernales deseos. El club estaba reunido en sesion permanente, porque aquella noche debian hacerse muchas prisiones interesantes, y acompañado de D. Baudilio, que le dejó á la puerta de la casa del abogado presidente del club, D. Severo se subió al bufete, donde se resolvian los asuntos políticos de la capital de Cataluña.

Con el ruido que hicieron los mozos de la escuadra al apoderarse de los fujitivos y la algazara que moviera Sarriego, llegó á noticia de las señoras que debian acojerles su desdicha, y toda la noche tuvieron que socorrer á María á la cual acometió un accidente nervioso tan terrible que empezaba á dar cuidado. Por lo que toca á Concha, habiendo hallado cerrada la puerta de mar y temiendo ser reconocida, se fué á perder

por entre los troncos del paseo de la esplanada, donde sostenida por una fuerza y un valor que ni ella misma podia esplicarse de donde procedian, se abalanzó hácia la calle mas alta de San Pedro, al otro estremo del paseo, y siguiendo calles y callejones, con los pies brotando sangre, llamó por fin á la puerta de una casa, en uno de cuyos pisos vivia una buena viuda, que habia sido allegada de la casa de su madre, y que se habia separado de ella por el ódio de doña Pascuala á Pimentel, que aquella consideraba injusto. Hízola abrir esta señora, y cuando se la vió en sus brazos tan destrozada, tan perdida; cuando empezó á columbrar por los sollozos de Conchita la inmensidad de su desdicha, deshízose la sensible señora en sollozos tambien, y no perdonó consuelo ni simpatía para reanimar las fuerzas del cadáver interesante que le habia pedido hospitalidad y socorro.

A estas horas Rojerio y Sarriego ya estaban encerrados en un calabozo he-

diondo de la ciudadela, inquisicion política donde han jemido largos años muchos patriotas catalanes. Inciertos del porvenir que les aguardaba, solos en un espacio estrecho, sucio y sin ningun utensilio para subvenir sus necesidades, aun se prometian estos dos modelos de la amistad engañar sus horas de prision y de destierro con su recíproco socorro. Sarriego especialmente se sentia con suficiente resignacion para soportarlo todo, con tal que no le separasen de Rojerio: era la primera vez que se veia debajo de la negra bóveda de un calabozo, y aunque se esforzaba en aparentar serenidad, revolvia en su cabeza mil pensamientos siniestros que hacian abortar la sonrisa de sus labios. Desconfiaba de su filosofía, se conocia propenso á dejarse llevar de su imajinacion, y deseaba la compañía de su amigo para sobrellevar un golpe que le habia desconcertado. Rojerio trabajado ya por esta suerte de ultrajes y avezado á toda clase de sufrimientos desde su niñez,

aunque su mas fuerte deseo era tener á su lado á Sarriego, no tanto para recibir consuelo como para dárselo puesto que adivinaba los sentimientos de su amigo, dejaba á un lado el temor de que los separasen, tanto si los tenian encerrados como si los desterraban, para empaparse de la idea de su Concha abandonada á la discrecion de su marido.

Mientras que se manifestaban ambos sus respectivos deseos, corrieron los cerrojos del calabozo y entró el carcelero diciendo que era forzoso separarlos por tener esta órden. A esta intimacion quedaron aterrados los dos amigos, especialmente Sarriego. ¡Ni este consuelo nos dejan! (esclamó el pobre jóven, con un acento que acabó de despedazar el corazon de Pimentel, previendo cuan fatal habia de ser para su amigo la soledad y aislamiento á que tan sin piedad les condenaban). En esto se abrió entre los dos este corto, pero muy aflictivo, diálogo.

—¿Te quedas tú ó yo? (dijo Rojerio

con las lágrimas en los ojos, al ver el abatimiento de su amigo.)

—Yo me quedo aquí; peor calabozo que este no te lo pueden dar.

—Por eso mismo deberias irte tú.... yo ya estoy acostumbrado al aire de los calabozos.

—No Rojerio.... ya estoy bien... no me espongas á que compare el mio con el tuyo... déjame aquí; dame un abrazo.... y ¡adios!....

—¡Adios, amigo! hasta la vista, y sobre todo valor!

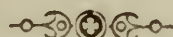
Y abrazándose entrambos con una conmocion profunda, se estrecharon, se besaron y se arrancaron el uno del otro; Sarriego se dejó caer en el suelo húmedo de su calabozo, y Rojerio dijo con una voz muy diferente al carcelero ¿vamos? El carcelero abrió la puerta, y un momento despues ya no resonaban por debajo del húmedo techo de aquella cárcel mas que los profundos suspiros del aflijido Sarriego. Rojerio fué encerrado en otro calabozo no me-

nos infame y dañino que el de su amigo y compañero de infortunio, y sin dejarle siquiera una mala luz que le consintiese acabarse de enterar del horrible alojamiento que le habian dado los hombres de la *legalidad* y *el órden*, corrió el alcaide de la fortaleza los cerrojos, á cuyo ruido sucedió un silencio tan hondo como si Rojerio hubiese sido hundido en vida en la concavidad de un sepulcro.

EL POETA

Y

EL BANQUERO.



ESCENAS CONTEMPORÁNEAS DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

por P. Mata.

MÉDICO-CIRUJANO, MIEMBRO TITULAR Y CORRESPONSAL DE VARIAS SOCIEDADES SABIAS DEL REINO Y ESTRANJERAS, REDACTOR EN GEFE DEL CONSTITUCIONAL, DIPUTADO A CÓRTES, ETC.

TOMO IV.

Barcelona.

IMPRENTA DEL CONSTITUCIONAL.

1842.

EL POETA Y EL BANQUERO.



CAPITULO XXXIII.

PROYECTOS HORRIBLES.

Hasta las tres de la madrugada no se retiró á su casa Don Severo, y se presentó pálido, convulso, y echando á vueltas de algunos ayes bufidos que espantaban. Esperábale en pié y con grande zo-

zobra toda su servidumbre, profundamente asombrada de la estraordinaria escena que se habia pasado en aquella casa, y era tal el miedo que les habia infundido el coraje de su señor, que estaban apostados por todas partes, á fin de no dar á su amo ni una sombra de motivo con que ecsasperar su cólera. En los balcones, en las puertas, en la calle, los habia, en una palabra, en todas las atalayas prontos á darse aviso como los centinelas de un fuerte, así que columbrasen á su señor, y en efecto apenas hubo bajado del coche, todos se le ofrecieron á sus debidos puestos, como si la voluntad del banquero los colocase, y no parecia sino que todos se abrasaban en deseos de que les mandase alguna cosa para acabar de manifestarle su celo. Como una leona que regresa á su cueva despues de haber seguido en vano las huellas de sus cachorros robados, así entrára el furioso comerciante en sus aposentos, y ninguna sala ni cuarto de su anchurosa morada le podia propor-

cionar el aire que reclamaba su pecho sobrecargado de sangre. Mas, azorada la servidumbre al ver el horrible entrecejo de su fisonomía y los movimientos bruscos de sus miembros, se abismó en el mas profundo silencio, le siguió sobresaltada y confusa, y cada vez que el furibundo banquero se volvia, todos daban involuntariamente un paso atrás, como la turba de muchachos que sigue los bamboleos de un borracho, cada vez que este se vuelve y amenaza perseguirles. Apenas apuntaba el menor mandato, todos volaban á su cumplimiento, hubiérase dicho que adivinaban sus necesidades, y sin embargo, á pesar de esta ecsactitud y rapidez en la ejecucion de sus órdenes, aun temian desagradarle y se aproximaban á él como el discípulo enredador que se vé llamado por su maestro cuando ha hecho una diablura. Los mas alegados se sintieron tentados mas de una vez á hacerle algunas reflecsiones oportunas que le tranquilizasen, mas acabaron por callar,

como si fuese aquello esponerse á un grande riesgo.

Al fin, indicóles el banquero que le dejasen solo, que fuesen á acostarse, y la cáfila de criados, fregonas y lacayos se fueron volando cada uno á su guardilla mas contentos que unas pascuas, ya porque no podian sostener, sin un malestar insoportable, la presencia de su señor irritado, ya porque el sueño les tenia medio dordidos á todos. Encerróse D. Severo en su cuarto y empezó á ecsalar en él bramidos espantosos y agudísimos quejidos. Volaban los quejidos detrás de los juramentos, los juramentos detrás de las blasfemias, las blasfemias detrás de las maldiciones, y no parecia sino que un torbellino de culebras infernales se habia introducido en su corazon para roérselo con todo jénero de tormentos. «¡Un banquero acaudalado verse en la dura afrenta de ser pospuesto al mas pobre de los poetas! ¡Un opulentísimo marido verse abandonado de su mujer por un aman-

te miserable! ¿Qué dirá el pueblo de Barcelona, este chismoso pueblo de Barcelona cuando sepa que ya pertenece Casavella al gremio de los maridos condecorados? ¡al gremio de esos maridos de quienes ha hecho en los cafés tan amarguísima burla, lisonjeándose impudentemente de haber corrumpido con su dinero mas de veinte casadas!" Dos cosas veia ofendidas en su desdicha: su honor y su amor propio. La pobreza de sus sentimientos, la mezquindad de sus ideas le hacia prever, y hacia bien, que la turba de hombres sensuales no habia de pensar que las relaciones de Concha y Pimentel fuesen absolutamente platónicas, y que desde entonces le habian de considerar digno y muy digno de la mofa con que él solia aumentar en los corrillos la desdicha de un marido desgraciado. Y él que se habia preciado siempre de irresistible conquistador, ocultando siempre los chascos que á pesar de todo su dinero le habian dado castas esposas y virtuosas solteras,

bajo mil cuentos fraguados en su raquítica imajinacion, habia de jugar entre aquellos entes voluptuosos que hasta durmiendo piensan en las orjías del garito, el mas ridículo papel, luego que se esparciese por la ciudad la fuga de su consorte perdidamente enamorada del poeta. Y estas ideas, terribles para el miserable temple de nuestro comerciante, le reducian á un estado deplorable de verdadera desesperacion y delirio.

Mas, no era solamente la desdicha, tan comun entre maridos que compran á sus mujeres como se compra una esclava, lo que despedazaba á la sazon el alma del comerciante. Si su rompimiento con su mujer y lo que le habia oido echarle en rostro le infundian vivísimos deseos de vengarse de ella, distaba mucho esta venganza de ser tan imperiosa y terrible como la que deseaba ejercer en Pimentel, al cual aborrecia con todo el odio de que es susceptible una criatura humana naturalmente rencorosa.

Como hemos dicho, se habia presentado en el club de su bando y estuvo en él hasta la madrugada, luchando á brazo partido contra todos sus conclubistas en masa, á causa de no estar todavía ninguno de ellos por la muerte del poeta. «¿Qué importa (les decia con una soltura de lengua que nunca habian observado en él), qué importa que no haya tomado parte en la bullanga? ¿acáso me faltarán á mí cien testigos que lo atestiguen?.... ¿Y no ha escrito una sátira sangrienta contra el gobierno; no ha sido esta sátira un combustible mas echado al volcan de la revuelta para que estallase mas pronto y mas terrible?.... Los buenos le acriminan, desean su muerte, y podemos, debemos arcabucearle sin temor de consecuencias desagradables para nosotros. ¿Qué nos puede suceder? Aprovechémonos de la efervecencia actual del pueblo: al hierro caliente batir de repente. ¿Quién ha de interesarse por un hombre perdido, sin familia y sin hogar? Dentro de un mes

dirán ¡pobre muchacho, era inocente! ¡he aquí lo que son las revoluciones!... Y entre tanto ya estará pasado por las armas, ya estará medio podrido.... El pueblo nos dejará hacer.... y si me dejan Vdes. obrar como yo pienso, aun nos ha de dar las gracias." Sin embargo, á pesar de que Don Severo habia manejado sus discursos de un modo muy diferente de lo que solia, no pudo doblegar á sus feroces intentos la mayoría del club, y al pasar á la votacion sobre este punto se halló reducido á su voto y al de uno que otro adulador que le necesitaba para sus asuntos particulares. Calló entonces el banquero, y sin querer tomar parte en la discusion que se abrió sobre las providencias que habian de tomarse con respecto á los presos de aquella noche (pues se prendieron otros muchos á mas de Pimentel y Sarriego), se fué á su casa constituido en el estado que ya hemos visto; y esta oposicion tenaz de la parte de sus concólegas á su implacable venganza, era

lo que le acababa de hacerle sentir con mas atroces dolores la fuga de su consorte. Cada vez, y eran muchas, que pasaba por su frente crispada la idea de que su mujer podia irse á reunir con Pimentel en el lugar de su destierro, puesto que de desterrarle se trataba solamente, el hombre perdia todo su juicia, pateaba furioso, se mesaba los cabellos y las patillas, y prorumpia en las blasfemias mas horribles que hayan llegado nunca á los oidos de Dios.

El sol ya estaba sobre el emisferio, cuando de repente una sonrisa infernal y una espresion de regocijo demoníaco vino á despejar las negras sombras que anublaban el rostro del banquero. Sentóse á la mesa, tomó la pluma y escribió cuatro palabras; tiró en seguida de la campanilla, y el dilijente Pablo llamó á la puerta: abrió Casavella, y le entregó la carta indicándole donde debia dirijirse. Hecho esto, volvió á cerrar mas tranquilo, pero con aquella ansiedad en que uno queda cuando le

asoma una esperanza de salir en bien de sus proyectos, pero de lo cual no está todavía bien seguro. Media hora transcurrió, y D. Baudilio de los Julepes se presentó haciendo reverencias estremadas á su protector, y manifestándole el interés mas vivo por el estado de su ánimo.

—Siéntese V. (le dijo el banquero), y antes de cerrar la puerta encargó á Pablo que cuidase de no dejar acercarse á nadie al cuarto de su amo; dicho lo cual cerró la puerta con llave y tomó de la mano á Don Baudilio haciéndole sentar junto á sí.

Pasmado estaba el espía al ver todos estos preparativos, y no cabia en sí de gozo, viendo el importante papel que le hacia desempeñar el americano.

—Tengo que tratar con V. de un asunto muy interesante para los dos.

—Diga V., señor de Casavella: ya sabe V. que puede V. disponer de su esclavo....

—¿Está V. contento con el empleo que posee?

—Si pudiera obtener otro mejor de buena gana lo dejaria: actualmente estoy arreglando papeles para volar á Madrid.

—No necesita V. ningun papel, ni marcharse de Barcelona. ¿Qué quiere V.?

—Yo, por ejemplo... ya vé V. que yo he trabajado mucho en favor del órden...

—Si, si: ya sé todo lo que V. ha hecho por mí y por mis concólegas....

—Yo quisiera una jefatura política, una intendencia, y cuando no, ser vista de una aduana de la frontera ú otra cosa por este estilo.

—Pero, diga V. ¿quisiera V. uno de estos empleos por la representacion que á uno le dan ó por el dinero que se gana?

—¡Toma! por entrambas cosas; pero á hablarle á V. con franqueza, mas me tienta el dinero que la representacion.

—Y hace V. bien porque la repre-

sentacion no da siempre dinero y el dinero da siempre representacion. Pues bien, en este caso no necesita V. ningun empleo; yo me encargo de darle á V. el dinero que V. quiera.

—Pero señor, tanta jenerosidad me humilla ¿qué he hecho yo?

—Déjese V. de cumplimientos. V. me ha hecho grandes servicios y quiero recompensárselos. Ya sabe V. que prometí mil duros al que me denunciase á Pimentel; V. me lo ha denunciado; yo le debo á V. mil duros.

—V. no me debe nada, eso es un favor mas de que V. me colma: ya sabe V. que yo me he consagrado á su servicio de V. desinteresadamente: he denunciado á Pimentel porque es un anarquista, un malvado, un enemigo de la patria; porque....

—Pero V. comprende bien que mil duros son una friolera; que no vale la pena de tocarlos: yo le quiero á V., porque es mi amigo y deseo darle mas; pero, hijo, quisiera que me acabase V.

de dar una prueba bien fuerte de que su amistad es tal como deben ser las amistades.

—¡Hable V. señor, mande V.! yo no cifro mi felicidad sino en servirle, en serle útil: mi amistad para con V. es tan grande que me faltan espresiones para dársela á conocer; no podria darme V. mayor placer que ponerme desde ahora en el caso de probarle por los hechos hasta que punto llega el interés que me tomo por V.

— Vamos á ver: ¿quiere V. venir conmigo á hacer un viage por toda la Europa?

—Con muchísimo gusto.

—¡Mire V. que no ha de volver jamás á España!

—No le hace.

—En cambio será V. rico.

— Aunque no me diese V. nada.

— V. me ha denunciado á Pimentel. ¿Seria V. capaz de hacer otra cosa?

—Diga V....!

— Esos condenados del gobierno se

andan todavía en reparos y en responsabilidades sobre lo que se ha de hacer de ese anarquista, y me temo mucho que si no le dan libertad lo deporten á paraje donde por sí mismo se la tome.

—Tambien lo creo yo, porque nuestros gobernantes nunca escarmientan.

—Pues bien ¿no sabria V. hallar un medio de enviarle al otro barrio, por medio de una bromita introducida entre las filas de nuestros partidarios, como esa á que debió su muerte el gefe de la bullanga?

—Ya es tarde, señor de Casavella, ya no está la cosa para ello: los ánimos se han resfriado y es imposible.

—Y con todo, es preciso que ese anarquista perezca; yo lo quiero, y si V. quiere ser todo un hombre me ha de facilitar esta muerte.

—Pero ¡cómo señor! (dijo este infame cómplice palideciendo á la idea de que le proponia un asesinato). Como quiere V. que yo asesine.....

—Yo no digo que lo asesine V.: ya sé que V. es demasiado hombre de bien para cometer tal atentado, y que tiene demasiada educacion para bajarse hasta tal punto. Pero ¿no conoceria V. por casualidad algun perdona vidas de profesion, ó mejor, no tendria V. medio de hacerle envenenar el agua que le entren en el calabozo?

—Pero ¡cómo lo hago!

—Mire V.: en esta cartera tengo papeles que le instruirán á V.: aqui hay el valor de veinte mil pesos, sin faltar un maravedí, y esta cantidad es para el que me procure de un modo ú otro la muerte de Pimentel. Si V. es mi amigo, como me acaba de asegurar, si V. quiere ser hombre, haga V. lo que le propongo, y cobra V. todo este oro, nos vamos á dar una vuelta por las capitales de Europa, y si la cosa se sofoca como se tratará de sofocar, en América tengo fábricas é influjo para hacerle esplotar á V. esta cantidad y llegar á ser un dia tres ó cuatro veces mi-

llonario, en cuyo caso ya se podria V. reir de la justicia de la tierra..

—Pero ¿me promete V. su apoyo si la cosa me va mal?

—Por supuesto ¿ha visto V. nunca frialdad en mí para protejerle?

—Es muy cierto: V. ha sido mi padre... Entonces veré.... lo que es hacerlo yo... no me siento con fuerzas, pero haré que lo hagan otros.

—Poco me importa que sea V., ó cualquier otro, con tal que se haga. Hágase el milagro aunque lo haga el diablo.

—Y ¿cuándo quiere V.?

—Lo mas pronto posible, esto sí; no sea que se lo lleven y que me escape.

—¿Con qué, puedo contar con su proteccion de V.?

—Me ofende V. con dudarlo.

—Pues me marcho á practicar las debidas dilijencias.

—¿Con que va V.?

—Si señor.

—¿Quiero decir, que cuando V.

vuelva ya podrá decirse *requiescat in pace?*

—Si señor.

—¡Bravo...! V. es mi amigo... V. será hombre.... hasta la vista.

El asesino salió temblando y ofuscado: y el comerciante se volvió á encerrar en su aposento, sintiendo que su corazon se desembarazaba de su peso y se desenvolvia para saborear de todos lados y con toda la superficie posible el placer de la venganza de que esperaba empaparse.

CAPITULO XXXIV.

JUSTICIA DE LOS PARTIDOS.

Por una abertura de dos pies de largo y ocho pulgadas de ancho, que respiraba en la camisa de la muralla y parte de su terraplen entraban desvirtuados algunos reflejos de la luz del dia y alumbraban

tristemente un reducido espacio abovedado, húmedo y hediondo, sin mas mueble que un mal tonel medio podrido de puro recojer las inmundicias de los presos que sucesivamente se habian consumido allí para acabar al fin en el patíbulo en los tiempos en que el sanguinario Conde España perseguia á los patriotas. De los oscuros ángulos de su bóveda colgaban anchas y gruesas telarañas cediendo al peso de la arena que se desprendia de la argamasa del techo, descompuesta por la contínua humedad, y con las manchas pardas trazadas á la manera de mapas por la infiltracion de las aguas pluviales, formaban en el toldo de este lúgubre local una especie de matiz sombrío y repugnante que acababa de absorver la poca luz recibida por la angostísima abertura. Divisábanse en las paredes, negras y viscosas de un aire siempre el mismo que ya habian respirado cien inquilinos, aquí dibujados con carbon, allá con un color como de sangre, caldo, ó zumo de alguna fru-

ta, mas allá con la punta de un vidrio, ó de una navaja, paisajes, figuras, cabezas de animales, bosquejos obscenos, versos, retazos de prosa, espresiones de ternura, de rabia, de desesperacion, de aturdimiento, de sensualidad; nombres queridos, nombres de los presos con sus oficios y fechas de su prision, maldiciones, apóstrofes á los acusadores, y todo esto trazado por manos diferentes, bosquejado con mas ó menos felicidad, sin órden ni concierto, y formando como un mosáico palpitante, como una rebosadura espantosa de las paredes, que ya no podian absorver mas suspiros, lamentos, imprecaciones y apóstrofes de los presos. Tal era el calabozo donde habian sepultado tan arbitrariamente al pobre poeta los hombres que se daban á sí mismos el título de *moderados*, y que hacian ascos y aspavientos al oir los nombres de Danton, Saint-Just y Robespierre.

Cuando se hubo mirado Pimentel en el fondo de una mansion que hasta para

un criminal es infame, solo, en mangas de camisa, sin dinero, sin una mala tabla ó pedazo de estera, donde guarecerse de la venenosa humedad del suelo en sus momentos de reposo, necesitó toda la grandeza de su alma para no sucumbir al peso de su infortunio. El desaliento de su corazon, curtido á la desdicha, era muy grande, porque era muy grande tambien la infamia de la sociedad que consentia semejantes atentados; mas este mismo esceso de infamia le servia de un bálsamo corroborante, porque reverberaba en él con toda su limpieza su inocencia. A los criminales verdaderos, cualquiera que sea su delito, mientras están bajo lo que se llama la *proteccion de las leyes*, se les dá á lo menos una tabla donde tenderse, un pan de municion y algunas monedas de cobre, cuando es tanta su miseria que necesiten lo que pasa el gobierno á un encarcelado.

A los presos por opiniones, empero, sobre todo si estas opiniones están san-

cionadas por la ley y no convienen á los corifeos encargados de dar á esta ley su debido cumplimiento, á esta clase de presos no se les guarda consideracion alguna; como si no fuesen hombres, no se les tiene ni un adarme de compasion, y por la misma razon que no son culpables, el espíritu de partido goza en negarles lo que reclama la humanidad, ya que no puede aplicarles lo que está escrito en los códigos. Rojerio, pues, interpretó como debia la aridez del calabozo en que le habian hundido sus implacables perseguidores, y cuando mas destituido lo veia de todo lo que puede hacer sobrellevar á un hombre larga mansion en aquella gruta, tanto mas satisfecho se sentia de sí mismo, porque la humedad y hediondez del suelo, lo lúgubre y sordo de las paredes, las manchas y telarañas de la bóveda, la escasez de la abertura que no le daba sino luz para percibir el horror de su morada, la ferrada puerta, en fin, con sus cerrojos y dobles llaves, todo

le estaba diciendo en coro, pero con un acento bajo y desgarrador: *¡ eres inocente!*

A las nueve de la mañana, cuando ya estaba la cabeza de Rojerio cansada de pensar, ora en su Concha, ora en su amigo, el áspero carcelero vino á romper la soledad del preso. Figurábase echar de ver este repugnante personaje en el rostro de Rojerio las huellas de la desesperacion y del miedo; creia hallar sus ojos abultados y enrojecidos del llanto, y oir una voz tímida, suplicante y ansiosa de saber que destino le aguardaba. Mas el poeta que se paseaba á la sazon con las manos metidas en las faldriqueras de sus pantalones, sin hacer el menor caso del ruido de los cerrojos, ni volver la cabeza para mirar quien entraba, siguió su marcha á lo largo del calabozo, dejando lleno de asombro al carcelero.

—Señor, (le dijo este con una voz que parecia quererse captar su voluntad) ¿se le ofrece á V. algo?

—¿A mí? ¡nada! (repuso Pimentel con serenidad y sin pararse, despues de haber mirado al carcelero).

—¡Nada! ya hace algunas horas que está V. aquí y me parece...

—Sin embargo, (replicó interrumpiéndole el poeta), diga V. ¿cuida V. tambien de mi amigo?

—Si señor.

—¿Y qué hace este infeliz? ¿está tranquilo?

—A juzgar por las caras no lo está tanto como usted. Ahora acabo de verle, y como su calabozo está tan desmantelado como este, me ha encargado que cuide de hacerle traer un catre con su colcha y una manta, dos ó tres sillas, una bujía, un cántaro de agua, y que me vea con el cantinero para arreglarle la comida. Luego me ha dicho que hiciese otro tanto para V.; pero yo he querido saber antes si V. convenia en ello.....

—Pero ¿y cómo estamos nosotros aquí? ¿no puedo yo hablar á nadie?

—No señor: V. está incomunicado; esta es la órden que tengo.

—¿Ni puedo escribir una carta?

—No señor.

—Pues, en este caso no me traiga V. nada: yo no tengo dinero.

—Si V. quiere decirme algo de palabra, su amigo ha hecho lo mismo.

—Yo no tengo nada que decir de palabra: el único que podria interesarse por mí y á quien podria dirijirle á V. está preso como yo; asi es inútil.

—Bien, pero ¿admite V. lo que me ha encargado hacer por V. su amigo?

—¿Si lo admito? no; no quiero agrabar á su pobre familia: ¿qué se pasa aquí á los presos?

—Hasta ahora no tengo ninguna órden para darles á Vdes. nada.

—Enhorabuena: vaya V. á hacer lo que le ha encargado mi amigo para él, y déjeme V. en paz.

—Está bien....

—Oiga V.: hágame V. el favor de no decir nada á mi amigo sobre lo que

acabamos de hablar: dígale V. que yo estoy bien, y que se anime.

—¿No quiere V. nada mas?

—No señor.

—Hasta la vista.

—Adios.

El rumor de los cerrojos sucedió al de estas últimas palabras, y el silencio mas profundo á este rumor.

El pobre Sarriego encerrado en un calabozo mas hediondo todavía que el de su amigo, no podia avenirse con la soledad y repugnancia de su encierro. Su imaginacion se enseñoreó de sus pensamientos; clavado en la avara abertura, única comunicacion directa con el aire de la tierra, no tenia mas objetos para distraer su vista que las piedras de la pared del foso, á donde daba la abertura, y metiendo en ella cuanto podia su cara, para sustituir al ambiente infecto con que sentia emponzoñarse, el aire saludable de la admósfera esterior, pensaba el desdichado en su familia, en el dolor de su padre sexajenario y acha-

coso, y de su madre tiempo hacia atormentada de una enfermedad cruel, luego que llegaria á su noticia su inesperada prision; pensaba en los apuros de esta pobre familia que habia hecho incalculables sacrificios para darle la carrera que iba á concluir y descansar en ella de los trabajos y desvelos de tantos años; pensaba en el abandono en que quedarian sus infelices hermanas, si llegaban sus padres á sucumbir á la noticia de su destierro, ó si la muerte se lo arrebatase en la flor de sus años, ya en su derrota para América, ya en los páramos mortíferos de este lejano pais. Y estos pensamientos obrando sobre el corazon de un hijo abrasado en el amor filial mas puro, sobre el corazon mas sensible y virtuoso que haya latido en la tierra, sobre el corazon mas tierno y apasionado que pecho humano haya podido encerrar, gastaron toda la magnanimidad, toda la resignacion, toda la grandeza de alma, de que habia dado pruebas colosales en los momen-

los mas críticos de su vida. La desdicha que pesaba sobre su cabeza le habia sorprendido en medio de todas sus ilusiones, y el infernal desencanto que se las habia devorado todas fué demasiado rápido é imprevisto para que pudiese el infeliz rehacerse de su profundo estupor. Si al menos sus bárbaros enemigos le hubiesen dejado la compañía del amigo, hubiese hallado en este la fuerza que no supo retener en el momento del grande golpe, y animado del ejemplo de su amigo, imperturbable en medio de las ruinas, hubiese sido mas magnánimo que él; hubiese descubierto toda la villanía de sus cobardes perseguidores, y léjos de darles, por pábulo de su venganza innoble y de su bajo rencor, sus sufrimientos, se hubiese avergonzado de ecsalar siquiera por ellos un suspiro, convencido de que ni la pena valian de resentirse de sus salvajes procederes. Mas los villanos enemigos de Sarriego y Pimentel, como si por instinto hubiesen conocido las chis-

pas de valor y pujanza que lanzan dos corazones amigos cuando están cerca el uno del otro, quisieron interponer todo el terraplen de una muralla, que ni llegaria á trepidar acosada de los estragos del bronce, para que aquellos dos corazones se hallasen aislados, palpitasen con sus solas fuerzas y se muriesen de su propia vida por falta de descargo de su esceso.

Y no eran estos los únicos sentimientos que rodaban por el corazon de Sarriego. Este corazon jigante, donde fermentaban los jérmenes de todas las virtudes incubados bajo el ardor del entusiasmo, alimentaba tambien el fuego inestinguible del amor cuya llama ardia pura y tanto mas ajitada, cuando vagaba al rededor de su interesante objeto un soplo de preocupaciones sociales triste augurio de venideros sinsabores. Sarriego amaba, y la vírjen que habia hechizado su corazon le habia hecho saborear aquel placer inefable que corre por el alma de un amante, cuando oye de

los labios de su bien el sonido encantador de esas dos letras que revelan en su modulacion una existencia de delirio. La imájen de esta vírjen se cruzaba tambien con los pensamientos sombríos del pobre preso, y la idea de que acaso derramaria una lágrima por él, le disminuia la mitad de su amargura. No habia que pensar en que fuese á verle: aunque no estuviese incomunicado, no habian de permitir tal cosa los padres de la muchacha, que miraban de mal ojo tal amor; mas por ventura llegará una carta á sus manos, y el contenido de esta carta, fiel traductor de los sufrimientos de su querida, vendrá á embellecer la mansion horrible en que mora Sarriego, embalsamará su ambiente, ensanchará la abertura que le arrojará mas luz, y apresurará el movimiento de los dias.

Como se lo habia encargado, el carcelero le proveyó de todo, y ya le parecia al pobre preso mas suportable su posicion. Informóse de su amigo, y el

carcelero cumplió con lo que le habia encarecido Pimentel, de lo cual mostró grande satisfaccion aquel cuitado. Y sin embargo Rojerio se hallaba del mismo modo en que estaba antes de ver al carcelero, el cual no volvió á verle mas en todo el dia, despues de haberle dicho, por la cerradura de la puerta de su calabozo, que cuando se le ofreciese algo diese porrazos en ella.

Ya estaba para anochecer cuando llamó al carcelero un desconocido, el cual llevándoselo á parte, le preguntó si habia alguno que cuidase de traer á Rojerio la comida; respondióle el carcelero lo que hacia al caso, y el desconocido propuso que él se la mandaria por ser un amigo del preso á quien queria socorrer. Convino aquel en ello, y quedaron en que dentro de media hora estaria allí con la cena un criado de la fonda, y á fin de que se prestase á ello con mas gana, soltó el desconocido por entre los dedos del alcaide veinte reales, que volvieron muy cortés al que los recibiera.

El gozo del desconocido fué tan grande, cuando hubo obtenido lo que habia solicitado que, á los ojos del carcelero, fué poca la recompensa. Como sea, esperanzado de obtener mas en lo sucesivo, aguardo al criado de la fonda para introducir lo que trajese en el calabozo del poeta.

En efecto, media hora despues ya estaba en la casa del alcaide un como criado con un grande cesto tapado con servilletas, trayendo cena mas que abundante para un hombre; dejólo todo en una mesa y se escabulló. El olor de los guisados dispertaba un apetito voraz, era capaz de volverlo al que lo hubiera perdido. Y el buen alcaide que ni era sobrado escrupuloso en lo de hacerse dueño de lo ajeno sin la voluntad de su propietario, ni era nada amigo de la abstinencia que encomienda nuestra santa madre iglesia á los golosos, viendo por otra parte que habia racion para dos estudiantes, cuanto mas para un preso, cuyo apetito no podia ser mu-

cho, pensó sisar los mejores bocados y aguar el vino que no le pareció aguachirle, y hacer una francachela á la salud del pobre preso. Ya que hubo ejecutado, con una maña que merecia una medalla, su pensamiento, se puso en marcha con el cesto para el calabozo del poeta, al cual encontró tadavía paseando.

—Vamos señor (le dijo el carcelero sonriendo), si V. se empeña en olvidarse, no falta quien no le olvida á V.

—¿Y qué es eso? (repuso ceñudo Pimentel.)

—La comida para V.

—¡La comida para mí!....

—Si señor.

—¿Y de quién viene eso? no le he dicho á V....

—¡Oh! es que no lo traigo por órden de su compañero! Esto procede de otra mano....

—¡Cómo de otra mano!....

—Si señor: ha venido un caballero....

—¡Un caballero!

—Si señor.

—¿Qué especie de hombre es?

—Es un jóven, así algo mas alto que V.; gran patilla, bigotes, flaco, moreno, muy afiligranado...

—¿Habla castellano?....

—Si señor.

—¿Y qué ha dicho?

—Que era su amigo de V.....

—¡Mi amigo!.... Yo no tengo mas amigos que el que está preso.

—Bien lo ha de ser, cuando le trae á V. una cena como esta. ¡Cáspita, que fragancia!

—Ya se lo puede V. llevar todo.

—¡Hombre! ¡no! ¡coma V. por Dios!

—No tengo apetito.

—Un traguito se lo abrirá á V... En fin, aquí se lo dejo..... ya pasaré mas tarde.

El carcelero se fué, dejando abismado al jóven en cien pensamientos encontrados de que le habia llenado la noticia del alcaide. No podia acertar en quien fuese el tal amigo, bien que las

señas dadas le hacian sospechar el mas infernal de los proyectos.

Entre tanto el carcelero se plantó de un salto en su habitacion para paladear los manjares que habia sisado; mas, cual fué su sorpresa cuando, al entrar en su cocina, vió á un perro perdiguero y dos gatos que tenia, echados al suelo, horriblemente convulsos, con los ojos sangrientos y revueltos, y llena la boca anhelosa de una baba espesa y verde. Este inesperado espectáculo le hace lanzar una ojeada á los platos que habia depuesto en un armario y los ve asaltados: á visto de lo cual comprende toda la estension de la partida que le han jugado. Helado de terror, al contemplar cuán cerca ha estado de la muerte, da un grito que resuena por la plaza y alarma los centinelas; se lleva volando á la cárcel de Pimentel, y en tanto que remueve los corrojos y mete las llaves en la cerradura, grita con toda su voz: «¡señor, señor! ¡no coma V. nada; estos platos son envenenados!.... ¡me han

vendido!.... ¡soy inocente!...." Acuden á sus gritos los soldados de la guardia mas inmediata, y olvidando su consigna, se entra en la cárcel del poeta seguido de los soldados curiosos de saber el motivo de esta alarma.

—¡Señor! (esclamó terrificado el carcelero, al ver tendido en el suelo á Pimentel) ¡señor!

—¡Qué diablos viene á ser esto! (respondió el poeta haciendo un movimiento que le levantó un poco, y volviendo la cabeza prosiguió) ¿no me dejará V. dormir en paz?

—¿Con qué no ha comido V.?

—¡Yo!....

—Es que esos platos están envenenados.

—¡Envenenados!!! (dijo Rojerio levantándose) ¡Envenenados dice V.!!!

—Si señor, yo habia reservado la mitad para mañana; mi perro y mis gatos se lo han comido, y allá les tengo dando las últimas boqueadas.

Rojerio no contestó: un buen observador hubiese descubierto en su frente los reflejos del sacudimiento brusco que sufrió su corazon; mas los soldados y el carcelero no vieron en el rostro del preso sino una sonrisa sardónica, que no significó nada para ellos al principio, pero que al fin les hizo pensar que se reia por haber sido el mismo el autor de aquel envenenamiento para escapar del suplicio que tendria merecido.

Libre de su zozobra, el alcaide mandó salir á todos los soldados que habian entrado en el calabozo, se llevó el cesto pérfido con todo lo que contenia, y dejó al pobre Pimentel sumerjido por segunda vez en las tinieblas. Apenas acababa de sacar la llave de la cerradura, se presentó ajitado un ayudante de plaza preguntando al carcelero por la causa de los gritos que este habia despedido. Grande pena tuvo el alcaide en contestarle, y muy mal debia de hacerlo cuando acto continuo quedó suspenso su empleo y encarcelado á su vez. Silencio

sepulcral se siguió á este pasajero alboroto, y rendido de fatiga Rojerio se volvió á tender en el duro suelo, durmiendo un sueño pesado y nada reparador.

Al dia siguiente muy temprano se abrió otra vez la puerta de su calabozo y entró un ayudante de la plaza dándole esplicaciones mas largas, aunque no menos confusas, del acontecimiento de la víspera, y le encareció que confiase al cantinero del fuerte el cargo de alimentarle, porque de esta suerte estaba á cubierto de toda tentativa. Rojerio que se sentia débil y acosado de la necesidad de reparar sus fuerzas físicas, no pudo menos que acceder á la propuesta, é indicó que fuese la comida que le trajesen parca y frugal por cuanto eran pocos sus recursos. Trajéronle dos desterrados un felpudo que habia de servirle de cama, y otro de almohada, y un cántaro de barro lleno de agua; dispuesto todo lo cual se quedó otra vez abismado en sus tristes pensamientos, y probado

por todos los rigores de la suerte cada dia mas enconada contra él.

El criado de la fonda no aparecio á recojer el cesto ni los platos, y hubo un empeño grande de parte de los que mandaban en el fuerte para sofocar todo vestijio que pudiese revelar al público la tentativa de tan cobarde asesinato, en el que es preciso decir, sin embargo, que ninguno de ellos tenia la menor parte.

Doce dias trascurrieron desde tan funesta escena, y todos se sucedieron con la misma monotonía, con la misma lentitud y con la misma resignacion por parte del infeliz encarcelado, durante cuyo tiempo hizo tantos pensamientos que hubiera podido llenar volúmenes enteros si le hubiese sido dado trasladarlos al papel. El nuevo carcelero era la única persona que veia y con quien hablaba, siéndole inútil por todo lo que andaba mas allá de las primeras necesidades y de los informes de su amigo. Al cabo de este tiempo, sin sacarle an-

tes á declaraciones, Rojerio fué puesto en comunicacion y trasladado á otra cárcel donde no pudiesen ver los que fuesen á visitarle el villano trato que le habian dado en los dias anteriores. Mas de poco le sirvio á Rojerio este grado hácia su libertad tan injustamente arrebatada: le estaba prohibido ir á ver Sarriego, el cual ya no se hallaba tampoco en su calabozo primitivo, y bien pronto adivinó la causa do semejante prohibicion. Sarriego habia caido enfermo. La soledad, la tristeza, los malos alimentos, el aire mefítico de la cárcel, la humedad, la inaccion, todo contribuyó á gastar rapidamente los resortes de su robusta salud, y empozoñándole la masa de su sangre, se le declaró una calentura maligna que amenazó acabar con él desde los primeros síntomas. Su desolada familia voló á la cabecera de su cama, abandonando su pais y sus negocios por ser este jóven el objeto de todos sus votos y esperanzas, y con sus alaridos de dolor y desesperacion consiguió

por toda muestra de sensibilidad de sus bárbaros perseguidores que se lo llevasen á una casa particular bajo su honor y fianza. Prodigáronle allí todos los cuidados y socorros de la fraternidad y del arte; los mismos que le habian hecho prender se esmeraban en hacerse menos odiosos, ensanchando la reclusion de Rojerio; mas todo fué inútil: la ponzoña de un calabozo, como el en que habia sido encerrado Sarriego, introducida en un corazon tan puro y tan sensible como el suyo, no tenia triaca con que ser neutralizada, y á los pocos dias de su invasion la fiebre pestilencial que le abrasaba se le llevó, en la flor de sus años y esperanzas, á la mansion de los difuntos. El dia en que espiró esta víctima de la ingratitud y perfidia de los hombres, traian los papeles públicos un decreto de la Reina rejente confiriendo, en nombre de su augusta hija, la cruz de San Fernando á D. Pedro Sarriego por haber entrado, al frente de un batallon de nacionales, de que habia sido

capitan, en un pueblo ocupado por triplicadas fuerzas carlistas, á la sazon en que estaban para caer en sus garras doscientos nacionales, sus compañeros de armas, á los cuales libertó derrotando á los rebeldes. La Reina le daba la cruz de San Fernando, por su valor y patriotismo; los corifeos de la *moderacion* le dieron por lo mismo una cruz de palo...

CAPITULO XXXV.

EL PASAPORTE.

Un horrible presentimiento habia impedido á Pimentel conciliar el sueño durante la triste noche en que espiró Sarriego, por cuanto Rojerio creia en los presentimientos á fuerza de realizársele

todos. Mas de tres veces estuvo á pique de quebrantar las órdenes que tenia y la palabra de honor que habia dado de no hacer ninguna violencia para salirse de su nueva cárcel, á fin de ir asegurarse con sus propios ojos del estado de su amigo; mas el justísimo temor por una parte de empeorar con su presencia la enfermedad de Sarriego, á causa de la fuerte conmocion que habian de sentir entrambos al mirarse en semejantes circunstancias, y por otra una especie de terror que le infundia la casi conviccion de que se habia de encontrar ya con sus restos inanimados, hicieron que domeñase el poeta sus impulsos y aguardase la madrugada para recibir informes y preparase en todo caso al enfermo á recibirle sin ningun trastorno grave. Mas, poco tardó el infeliz en averiguar la terrible verdad de este suceso; los dos otros jóvenes que, desde su comunicacion libre, pasaban la mayor parte del dia en la cárcel del poeta, le dieron á conocer, con presentarse mas tempra-

no de lo que solian, que ya estaba realizado su fatal presentimiento. En los rostros pálidos y demudados de estos jóvenes, leyó Rojerio todo y mucho mas de lo que callaron sus labios; mas finjió que no habia comprendido nada; se sentó en una silla y dejó caer su cabeza sobre su pecho. Aunque estaba preparado á tan triste nueva, por saber desde los primeros dias la malignidad de la calentura que habia invadido á Sarriego, conoció que le iban á faltar todas sus fuerzas y abandonó su corazon á la violencia del dolor de que se sintió penetrado. No sabian los jóvenes como abrirle conversacion para hacerle sabedor de tan terrible noticia de una manera gradual, y ya casi estaban persuadidos de que Rojerio habia adivinado su mensaje por ver en su semblante y posturas los amagos de un dolor profundo, que se iba desenvolviendo lentamente para estallar de un momento á otro con estrépito.

Las heridas morales se asemejan mu-

cho á las físicas: cuanto mas fuerte es el golpe, tanto mas dura el estupor en que dejan la parte afecta. El golpe que acababa de recibir Rojerio no podia ser mas fuerte: habia perdido al único amigo, al modelo de los amigos; al amigo imposible de reemplazar en una sociedad tan corrompida como la nuestra, donde el hombre de los peores sentimientos se atreve á insultar á la humanidad desvalida dándose impudentemente el nombre de amigo; habia perdido el único corazon que simpatizaba completamente con el suyo, que le comprendia perfectamente bien y que lo queria con una pasion mas pura y mas perdurable que la que se profesa á una beldad; y era esta pérdida verdaderamente irreparable tanto mas digna de deplorar, por cuanto era un infame asesinato político, la perpetracion de una venganza infernal, el complemento de todas las perfidias de un bando que, como las hienas y los buitres, se engrasaba de cadáveres. Y el infeliz poeta yacia inmóvil bajo el estupor que le

causó este golpe, y nadie interrumpia el silencio triste que reinaba en la cárcel como si hubiesen estado en ella los restos de Sarriego. Al fin, despues de algunos suspiros dados á intervalos y cada vez mas hondos, rompió el silencio Rojerio, diciendo con una voz lenta y queda, y con una vista sardónica mil veces mas desgarradora para los espectadores que el jesto del dolor mas opresivo:

—¡Pobre Sarriego!..... Ya estarán contentos tus enemigos..... hoy se reunirán alborozados para darse mutuamente el parabien...... celebrarán tu muerte como una victoria; como celebrarian los demonios la caida de un ánjel..... ¡Pobre Sarriego!.... ¡tú ya no oyes esa campana echada al vuelo para anunciar tus funerales.... un sudario de muselina te tiene mas aislado del mundo que el profundo calabozo donde encontraste la muerte!.... ¡Pobre Sarriego!.... ¡Tus enemigos se regocijan al ruido de esas campanadas..... el tiempo

es para ellos.... para ellos es tiempo de reir!.... ¡Dios quiere que no les venga un dia á sus hijos ó sus esposas el tiempo de llorar!.... ¡Pero no, no, no les vendrá jamás este tiempo! ¡El dia de la venganza no tronará jamás! ¡Dios ha abandonado á los buenos; para los buenos no hay proteccion, no hay amparo; solo la perversidad levanta por todas partes cabeza!... ¡Bárbaros! ¡y esto ha de quedar impune! ¡y esto ha de sufrir la sociedad!.... ¡Oh rabia! ¡oh desesperacion!....

Cuando los jóvenes vieron que el acento de Rojerio perdia la ternura de sus primeras palabras y que sucedia en su semblante contraido la reaccion brusca y violenta, se levantaron al mismo tiempo que el poeta, y se apoderaron de él esforzándose en calmarle con sus ruegos y sollozos. Habiásele estraviado al infeliz el juicio en los primeros arranques de su reaccion, y con una vista amenazadora, erizados los cabellos, babeando sangre y convulso como si tuviese delan-

te á los perseguidores del difunto, los apostrofaba indignado y terrible, echándoles en rostro su villana condicion, sus infernales rencores y los talentos y virtudes de su perdido amigo. Sobremanera penoso era para los jóvenes que le contenian semejante estado, y temiéndose que iba á prolongarse tanto mas cuanto mas se empeñasen en contener este desahogo, se contentaron con impedir que saliese de la cárcel y cometiese en su arrebatamiento un desatino.

Pero el dolor de Rojerio era demasiado grande para poder durar este estado tan violento, así que, dejándole desahogar los jóvenes que le asistian, fuese estinguiendo la rapidez de sus palabras y lo récio de su voz; un grito inarticulado y monótono que duraba toda una espiracion sucedió por último á sus palabras; sollozos, convulsiones y entrecortados suspiros reemplazaron estos gritos; á los sollozos se siguieron ayes, á los ayes jemidos, á los jemidos suspiros, y á proporcion que el dolor se iba equilibran-

do por entre las fibras de su corazon, era mayor el intervalo de estos suspiros hasta que por fin solo se dejaron oir de trecho en trecho, anunciando aquella calma patética que se descubre en las facciones de un desdichado cuando ya han transijido la razon y el padecer. Pasado este momento mas crítico, ya se pudo conceder al aflijido poeta la relacion de la agonía larga y penosa de su amigo. Y aunque cada circunstancia le acarreaba un nuevo sufrimiento, su corazon se empapaba de él sin sentir mas que un dolor suave que desenvolvia á su paso un no sé qué de consuelo. Brotábale de vez en cuando una lágrima, otras veces respondia con un jemido suspiroso á lo que le acababan de contar, y cuando le decian que el difunto habia deseado ver á su amigo Rojerio, se sonreia tristemente y no decia otra cosa que ¡pobre Sarriego! quedándose largo rato cabizbajo y pensativo.

Dos dias despues de este tristísimo trance un gefe de policía preguntaba á

Pimentel para donde queria pasaporte, entendiéndose que habia de ser para un punto de fuera del reino. En sus circunstancias no le era dado desear otra cosa que alejarse cuanto antes y para siempre de un pais donde se violaban tan escandalosamente todos los derechos del hombre; por lo tanto no hizo la menor resistencia á semejante proposicion y respondió: para Francia. Aparéntole este jefe haberse tomado por él un vivísimo interés, evitando con sus enérjicas instancias que fuese deportado á Filipinas, ya que no fusilado como lo pedian sus acusadores, y se deshizo en escusas y demostraciones del mas profundo pesar por la muerte inesperada de su amigo. Atrevióse á decirle que le constaba la inocencia de entrambos, y por lo mismo ya desde el primer dia habia solicitado del capitan general, ya que no volverles al seno de su familia, librarles un pasaporte para el estranjero, y como prueba de la sinceridad de su proteccion quiso de todos modos correr con los gastos

que le acarrease á Rojerio su viaje y brindársele para todas las ocasiones en que pudiese necesitarle. Mas Rojerio, si demasiado lleno de dolor para poder dar cabida á ningun resentimiento y echarle en rostro su hipocresía grosera y sus procederes indignos, se echó á sus brazos profundamente conmovido y sollozando al presentarle su imajinacion el cadáver de su amigo; de ninguna manera quiso admitir las ofertas de proteccion y sobre todo de dinero que le estaba haciendo aquel jefe, para lo cual hizo valer toda la dignidad de su carácter y la fuerza de su orgullo.

Rojerio se hizo traer lo poco que tenia embarcado en el laud á cuyo bordo debia fugarse con Conchita, y socorrido de algunos jóvenes que le querian se preparó para sufrir el rigor del mas injusto ostracismo. Una esperanza muy pálida de un porvenir mas venturoso le sostenia aun: este corazon tantas veces desengañado, convertido en un arenal á fuerza de decepciones, esperaba aun,

bien que era ya la esperanza del reo que pisa la primera grada del patíbulo, lijeramente confiado en que la clemencia del trono le ha de conceder el perdon. Sabia que Concha se habia fugado de la casa de su marido, por ser este suceso una cosa pública; mas ni sabia el paradero de esta mujer tan trabajada, ni el de su doncella, de la cual nadie habia sabido dar razon; y sin embargo partia esperanzado de que á cualquiera parte de la tierra que se fuese Concha se habia al fin de reunir con su amante.

Dejémosle mecerse en esta lisonjera esperanza y traslademónos á la casa del banquero, en tanto que el poeta hace su hatillo y que la policía le estiende el pasaporte para Francia. Por poca imajinacion que tenga el lector, puesto que ya debe conocer sobradamente el carácter de D. Severo y los intereses que á la sazon le ajitaban, se figurará mucho mejor de lo que yo pudiera decirle cual hubo de ser su despecho y sus cargos contra el vil instrumento de sus vengan-

zas, viendo el mal écsito que habia tenido su primera tentativa de envenenamiento con respecto á Pimentel; pues, considero regular que ya haya adivinado ser D. Baudilio de los Julepes el jóven desconocido, que se avistó misteriosamente con el carcelero. Así que, pasando por alto los pormenores de todas las escenas que se pasaron desde aquella noche á la hora de que hablo, oigámos su diálogo con el mismo D. Baudilio.

—¿Con qué me asegura V. que esta vez no escapará? (dijo el banquero despues de haber oido largo rato á su ministro.)

—Por lo menos yo así lo creo. Tengo tan bien tomadas las medidas que si escapa de esta he de proclamarle brujo.

—Ya sabe V., D. Baudilio, que hoy dia no se cree ya en brujos ni brujas, y por lo mismo si mi rival se salva otra vez, culpa será de sus malas disposiciones de V.; V. teme; V. no quiere ser rico.

—Mire V.: esta noche se ha de embarcar el anarquista en el guarda costas

el Veloz, el cual le ha de llevar á Marsella. El cocinero de la tripulacion es conocido mio y hombre que no se para en pelillos. Navaja tiene en su poder, cuya hoja está jaspeada al menos de quince sangres diferentes, y echará un poco de arsénico en el vino que se haya de beber el bullanguero con tanta facilidad é indiferencia como echa sal en el puchero, y con tanta mas razon cuando nutre el proyecto de alargarse Francia á dentro, luego de abordar al puerto de Marsella.

—Vamos, que hasta ahora no me parece mal.

—Pues señor, este guapo, que ya adorna su hoja de servicios con mas de diez asesinatos y que todavía no hace cuenta de pedir el retiro, no se ha hecho de rogar cuando le he propuesto si queria deshacerse en un santi amen del anarquista. « Con tal que su merced (me ha dicho) se acuerde que hay tabernas donde le gusta á uno echar un trago á la salud del que paga, ni necesidad habrá de

gastar dinero en drogas. Ya tengo yo por allí un mal cabo de navaja que le despachará de requiem sin temor de que resucite.» Sin embargo, yo no he querido que este bárbaro se esponga á que lo prendan y que me descubra y me fuerzen....

—¡No lo digo yo! si tiene V. un miedo que le espeluza. Como sea, ha hecho V. bien en que se haga la cosa por medio de un veneno.

—Y con los rumores que ya circulan.

—Yo me rio de ellos y V. debe de hacer lo propio: V. está bajo mi proteccion y esto basta. ¿Vé V.? allí hay dinero para hacer dar garrote al que se atreva á decir formalmente que yo he querido asesinar á Pimentel.... ¿oye V.? Y si V. se vé algun dia encausado y no quiere ir al patíbulo, salir libre de todo cargo, con la cabeza erguida... limítese V. en su defensa á negar, y si quiere V. conceder algo... no se acuerde de mi nombre, ni de estas entrevistas.

—¡Por supuesto! ¿se le figura á V. que....

—Esto no ha sido mas que una advertencia. Prosigamos: el cocinero le envenenará, ¿no es esto?

—Si señor.

—¿Cuándo?

—Cuando el buque eche anclas en el puerto de Marsella.

—¿Y ya está el cocinero comprometido?

—Tiene por adelantado cincuenta pesos, y en Marsella tocará ciento y cincuenta mas.

—Barato sale V. del negocio.. ¡Dios haga que salga bien!

—Ya le he dicho á V. que mata á un hombre por una chupada de tabaco, cuanto mas por doscientos pesos.

—¿Y quien le dará en Marsella lo restante?

—Un servidor de V.

—¡Ah! esa es la mejor palabra que V. ha dicho. Ya veo que al fin no quiere V. abandonar los veinte mil pesos

fuertes. Bueno; no hablemos mas sobre el asunto; haga V. que no haya en el buque, ni gatos, ni perros perdigueros, ni golosos que sisen lo que no es para ellos, y estos papeles, que vé V., pasan de mi cartera á la suya. Ahora hablemos de lo demás. ¿Qué sabe V. de ella?

—Por ahora, señor, nada, absolutamente nada. Tengo varios amigos y jente pagada que lo olfatean todo, que todo lo revuelven y, sin embargo, todavía no se han podido descubrir las huellas de doña Concha, ni las de su doncella.

—Pero ¿y la causa como está?

—¡Oh! lo que es la causa va bien: ambas á dos llamadas de rejas á dentro paraque respodan á los cargos de fuga y robo doméstico que se les hacen, y tanto si se presentan como no, se sustanciará la causa criminal intentada contra ellas.

—Bueno: ¿y los testigos?

—Todos están acordes sobre lo que

deben deponer. Pero lo que es hoy, hay algo que pudiera servirle á V. muchísimo.

—¿Qué es?

—Hay el sereno de este barrio y otro del inmediato, los cuales me han asegurado haber visto salir del callejon del lado á un jóven embozado, al cual siguieron por haberle oido proferir palabras sospechosas, y segun se esplican era esto en una noche que estaba lloviznando, por los dias en que se hallaba V. enfermo todavía.

—¡Una noche que estaba lloviznando por los dias en que yo me hallaba todavía enfermo! (dijo D. Severo recojiendo ideas y mudando el color de sus facciones.)

—El sereno del barrio asegura haber oido ruido en su cochera de V. (D. Severo arrugó su entrecejo de una manera mas profunda) y esto, de por junto con las palabras del embozado, le obligó á seguirle.

— Y no le han dicho á V. si le conocian?

— Yo les he preguntado donde se metió, y me han indicado la casa de Pimentel.

—¿Y de qué puede servirme todo eso? (repuso el banquero afectando no haber hecho grande caso de un hecho que le estaba martirizando el alma y acabando de desgarrar todas las fibras de su corazon, por palpar que era mas antigua de lo que el creia la fecha de su desgracia.)

— Con la deposicion de estos dos testigos y algunos otros que se podrian añadir, se consigue complicar á Pimentel en la causa de doña Concha y María, y hacer de modo que resulte él seductor de estas dos mujeres.

— No, D. Baudilio: harto murmura el chismoso pueblo barcelonés de las relaciones supuestas de Concha con ese revoltoso; no le demos mas motivos para aumentar esta murmuracion. Nadie creeria semejante cosa de Pimentel, y

sobre no poder obtener la venganza que deseo, yo me pondria en ridículo. Dejemos que el tribunal falle la sentencia de perpétua reclusion contra mi indigna mujer y su alcahueta María, y encarguémonos nosotros mismos de ejecutar la que he fallado yo contra mi rival aborrecido. El dia en que estos dos fallos queden cumplidos, conoceré lo que es la felicidad de la tierra, y empezará para V. y para mí una ecsistencia que yo no he de malograr.

Asi terminó esta abominable conferencia, y los dos interlocutores se separaron para volverse á ver antes de la partida.

Al anochecer, un ayudante de plaza acompañado de un piquete de mozos de la escuadra se introdujo en la cárcel del poeta y arrancándole de los brazos de los allegados que le alijeraban el peso de su prision, se lo llevó á bordo del guarda costas donde, exijiéndole ochenta reales, le dió su pasaporte, en el cual le-

yó Rojerio entre otras cosas lo siguiente:

Proteccion; seguridad pública. — Provincia de Barcelona. — Pasaporte para el estranjero. — La nacion está obligada á conservar y protejer por leyes sabias y justas la libertad civil, la propiedad y los demás derechos lejítimos de todos los individuos que la componen, art. 4.° — Don etc, etc. Concedo libre y seguro pasaporte á D. José Vilalta y Grau, escritor que va á Paris á sus dilijencias, etc. Por tanto recuerdo á las autoridades del reino el derecho que tiene el portador á su protecccion y ausilio en caso necesario, etc.

Cuando á los sufrimientos de un hombre se le añaden los insultos, las desdichas se vuelven insoportables. De todos los padeceres que sobrellevó Jesus en su pasion, sin duda fueron los mas crueles el bofeton de Marcos, las escupiduras

de los sayones y el *inri* que le clavaron en el alto de la cruz.

El buque levó anclas, aguardó un momento favorable para salir del puerto, y se hizo á la vela hácia levante.



CAPITULO XXXVI.

COLMO DE INFAMIA.

Para calmar la ajitacion en que vivia, D. Severo se entregaba como un aturdido á todo jénero de escesos. Comia, devoraba, se embriagaba, tiraba puñados de onzas jugando al monte, y erra-

ba todas las horas que no ocupaba en esto del uno al otro garito. No satisfecho aun de esta conducta relajadísima durante el dia, llamaba á su casa todas las noches á dos prostitutas de las que mas figuraban en la capital por su buen parecer y por su elegancia; pasaba con ellas las horas que antes pasaba al lado de Conchita, y se revolcaba en las torpes y estudiadas obscenidades que apuraban para prolongarle el placer estas infelices mercenarias. Fastidiado empero de estas dos mujeres, luego de haber agotado en ellas toda su sensualidad, y rendido de toda clase de fatigas, dormíase finalmente hasta el amanecer, volvia á reproducir todos estos desórdenes despues de algunas horas de trégua, y los multiplicaba y renovaba cada dia por serle cada dia menos eficaces para acallar la comezon ardiente que le gastaba el corazon. La única cosa que le consentia alguna calma era la esperanza de que no tardaria en saber la muerte de su rival y que haria espiar en la Gale-

ra á su esposa y á María la ingratitud é infidelidad de la primera y la osadía é insolencia de pegar á su amo de la segunda. Por lo que toca á esto último no le cabia el menor temor, por cuanto tenia de su parte al juez que habia de fallar aquella sentencia, y el fiscal trabajaba con tanto ardor contra Concha y María, como si hubiese sido el mismo D. Severo. En cuanto al asesinato preparado para Pimentel ya era otra cosa; burlado una vez, temia serlo otra y á fin de que no le escapase la presa, resolvió trasladarse tambien á Marsella á bordo del primer vapor que se partiera. En el mismo debia partir D. Baudilio para ir á entregar el resto del dinero prometido al cocinero, y estaba anunciada la partida de este vapor para las seis de la madrugada siguiente.

En tal estado se hallaban los asuntos, cuando á eso de las ocho de la noche, pasando D. Baudilio por el *Call*, acertó á ver una muchacha envuelta con su grande pañuelo, y con la cara casi tapa-

da á la cual reconoció desde luego por la doncella de Concha. Verla, hacer contra marcha y seguirla todo fué uno, y la pobre doncella, que en efecto era María, caminando tan aprisa como podia, atravesó la plaza de *San Jaime*, luego la *Libretería*, luego la *Boria* y se metió en una escalerillla de esta calle, bien ajena de que el espía estuviese siguiendo sus pasos. Oculto D. Baudilio en otra escalerilla, estuvo atisbando con toda su vista el lugar por donde se habia metido la doncella, hasta que esta infeliz volvió á salir y á deshacer el mismo viaje que habia hecho. Retiróse el espía escalerilla á dentro, asi que la vió salir, y dejándola pasar, siguióle otra vez la pista, hasta que María se introdujo en una casa de una de las calles que se abren en la *Nueva*. D. Baudilio hizo lo propio que habia hecho en la Boria y, cuando ya se habia pasado una hora que estaba aguardando, sin que la doncella volviese á salir, ya se creyó con suficientes datos para estar cierto de que habia da-

do con el paradero de Concha; y tanto mas cuando la primera escalerilla donde habia entrado María conducia á la habitacion de un médico.

Lleno este infame espía de aquel regocijo feroz de que se empapa un corazon bastardo, cuando se mece en la idea de que ya no se le escapa su víctima, voló al encuentro de D. Severo, quien le estaba aguardando en un café, para enterarse de si el buque *el Veloz* se habia hecho ó no á la vela. Inmediatamente despues de haberle dicho al oido el descubrimiento que acababa de hacer; levantóse D. Severo, le sacó á la calle y le dió órden de trasladarse volando á la policía mientras él se iba á su casa para aguardar allí el resultado de este negocio. Como un cohete arrancó D. Baudilio hácia la policía, y en menos de diez minutos ya le seguian un comisario, dos vijilantes y cuatro mozos de la escuadra, marchando en derechura á la casa, donde se habia metido ultimamente la doncella.

A la que estuvieron á la mitad de la calle, hubieron de pararse, por hallarse á la sazon ocupada la entrada de dicha casa por un concurso no esperado. Crecido grupo de muchachos formaban círculo delante de la puerta; cuatro hachas de cera encendidas descansaban arrimadas á la pared ennegreciéndola con el humo de su llama, y la bandera de la parroquia sostenida por un monacillo descollaba por entre otro grupo de hombres y mujeres que cuchicheaban sobre el enfermo que estaba recibiendo el viático. La policía y su escolta, teniéndose que meter precisamente en la casa donde se estaba celebrando este acto relijioso, tuvo por prudente aguardar que se marchase el viático, y á fin de no llamar la atencion del público, ni dar aviso con su presencia á las mujeres que iban á prender, se disolvieron y ocultaron por los alrededores. A pocos ratos se oyó el *laudate Dominum*; resonó la campanilla, la bandera se adelantó, siguiéronla los fieles que llevaban las

hachas, luego el vicario con el viático en las manos, debajo del pálio que llevaba un ecónomo, y cerraban la marcha de este solemne y triste acompañamiento las mujeres cuya devocion habia llamado á este recinto. Los hombres de la policía huyeron el resplandor de las luces, y cuando el acompañamiento hubo pasado, cuando el canto del sacerdote y el son de la campanilla se oian ya medio confusos por la distancia y ajitacion de las calles; cuando, en fin, ya no se divisaba el menor reflejo del resplandor de las hachas; se replegaron por sí mismos los ajentes de la seguridad pública y se pusieron silenciosamente en marcha hácia su blanco, no sin estar disgustados de este inesperado encuentro, por cuanto las puertas y balcones estaban mas cubiertos de vecinos de lo que ellos hubiesen deseado.

Invadida la escalera se quedaron dos mozos en la puerta, y el comisario, los vijilantes, D. Baudilio y los otros dos mozos subieron al primer piso, cuya

puerta estaba abierta de par en par, y por el olor de la cera y del incienso, de por junto con la limpieza y resplandor que se percibia en ella, vino la turba en conocimiento de que este era el piso donde habia estado el viático; á lo cual el comisario hizo una suspension y fué de parecer que se rejistrasen antes los otros pisos, para no dar un susto á esa familia trastornada, sino en el caso que no se hallasen en aquellos Concha y María. Mas, D. Baudilio insistió en que no era cosa de perder tiempo, ni de esponerse á levantar la liebre con su ruido, añadiendo por lo que habia visto y lo que sabia àcerca de los achaques de Concha, que precisamente habia de ser aquel piso el refujio de la mujer del banquero. En vista de esto, llamó el comisario á la puerta que tenia delante por cuanto habia recibido la órden terminante de apoderarse á toda costa de Conchita y su doncella, y por mas que conociese que su presencia y su mision en aquellas circunstancias no habian de hacer

sino acrecentar la consternacion de una familia pronta á llorar tal vez la pérdida del mas interesante de sus miembros, obró como ecsactísimo ministro de su ramo; esto es, con toda la sangre fria é impasibilidad del que se considera esclavo de superiores órdenes. Bien ajena de esperarse recibir tal visita se presentó en la puerta una criada con los ojos arrasados de lágrimas, y el comisario acabó de aumentarle el espanto que le infundió su presencia, preguntándole por doña Concha consorte de Casavella. Fuese la criada temblando y llena de zozobra á dar este recado á su señora, y, despues de un minuto, salió esta con las muestras de un dolor mas vivo que la criada. Hízola el comisario la misma impresion y la mismita pregunta, y no pudiendo contener esta angustiada señora ni sus lágrimas, ni sus sollozos, con una voz conmovida y entrecortada le dijo:

—Si señor... aqui está... entre V.... si V. desea verla.

Y despues de haber dicho á D. Baudilio y á los vijilantes que se quedasen con los dos mozos en la puerta, el comisario siguió los pasos de la señora, la cual introduciéndole en el cuarto del que acababa de recibir á Dios y señalándole la cama, le dijo:

—Ahí la tiene V.

El comisario se quedó de piedra. Concha estaba tendida en la cama sin conocimiento; su rostro era ya el rostro de un cadáver, y el estertor de su respiracion anunciaba de una manera inequívoca que, como quisiese cumplir con las órdenes que habia recibido, el comisario no se llevaria de Concha mas que el cadáver. Fija María en la cabecera de la cama lloraba á lágrima tendida y chupaba con vinagre la nariz, las sienes y los labios de su moribunda señora. Al otro lado de la cama un clérigo dirijia á la moribunda á intervalos palabras consoladoras, ayudándola á morir con la resignacion y esperanza de un buen cristiano.

A la presencia de esta escena tan inesperada, el ajente de policía no supo que resolver, se encojió de hombros y salió del cuarto sin decir una palabra, yéndose al encuentro de D. Baudilio y de los vijilantes entre los cuales se consultó qué partido debia tomarse en tales apuros, y todos estuvieron de acuerdo, hasta el mismo D. Baudilio, en que era preciso elevar al conocimiento del jefe del ramo tan singular acontecimiento. Con uno de los mozos de la escuadra partió un vijilante á dar el parte de palabra, y el comisario y demás tomaron asiento en la antesala del piso, interin que aguardaban la respuesta.

Poco se hizo aguardar el enviado, el cual regresó con la órden de que toda la comitiva se retirase, quedando solamente dos mozos de la escuadra en la casa, para llevarse á María, inmediatamente que hubiese espirado Concha. Efectuóse desde luego esta órden del modo que estaba concebida, y al salir á la calle vieron por todas partes asomos har-

to manifiestos de la indignacion que habia causado á todos los vecinos su intempestiva presencia en aquella casa en tan terribles momentos.

¡Pobre Concha! Ya era de ver que no podria sobrellevar su delicada constitucion tantos embates, sin resentirse profundamente de su choque. Su aneurisma de corazon habia hecho en pocos dias rapidísimos progresos y eran completamente infructuosos cuantos socorros se esforzaban en prodigarle: cuantos médicos la habian visto habian fallado su sentencia y por desgracia el fallo estaba ya para cumplirse. Desde la noche en que se refujió á la habitacion de la antigua allegada de su madre, estaba tendida en aquella cama, de la cual ya no debia salir sino para acostarse en el ataud. Habíala tratado la hospitalaria señora que la acojió como á su propia hija, y de por junto con María, cuyo paradero habia hecho averiguar la enferma por medio de la vieja oficiosa á quien ya se ha visto desempeñar mas de un

papel en esta historia, se habia consagrado de dia y de noche á su cuidado, no perdonando medio ni fatiga para acompañarla suavemente al sepulcro, ya que no le era dado alejarla de él.

Cuando llegó á noticia de D. Severo el estado de su esposa, no dejó de ponerse meditabundo y de sentir como una necesidad de justificarse de su conducta. Nada esplicará mejor que él mismo al lector los pensamientos y sentimientos que se fueron sucediendo en él á medida que anduvo meditando sobre el triste desenlace de su casamiento con Conchita.

—Tanto mejor para ella.... (se decia paseándose lentamente y solo por un salon que le parecia desierto desde que Concha le habia abandonado), de esta suerte evitará el castigo que le estaba preparando el tribunal; solo la muerte ha podido hacer abortar mi venganza; solo la muerte, solo la muerte ha logrado ser mas que mi poder.... Por lo demás ella se tiene la culpa: se fugó de mi casa, de la casa de su marido.... Ahora

sabe lo que es fugarse de la casa de su marido; lo que es abandonar á un hombre que la hubiese llevado en palmas si ella hubiera sido otra.... Yo, me parece que he cumplido con mi deber.... Si yo la hubiese echado.... yo mismo la hubiese ido á buscar, ó cuando menos á socorrerla.... En semejantes casos deben callar los odios y á la verdad yo lo hubiese olvidado todo, no hubiese pensado sino en que era mi mujer.... Mas con lo que ha sucedido.... ¡no, yo no cometo bajezas; mi palabra es un acto, es la palabra de un rey!.... He jurado además vengarme de ella, y ya que la muerte viene á impedirme el logro de esta venganza, no seré yo quien la socorra en su agonía. Si ella se hubiese dignado demandarme un socorro; ¡qué diantre, no habia de ser tan tacaño Casavella que le cerrase su bolsillo, siquiera por una taza de caldo!.... porque supongo que su amante no le confiaria ningun caudal para que lo pasase á lo menos pobremente.... Me precio de sensible y el

parentesco hubiese hecho su efecto..... Pero, puesto que ha tenido el mismo orgullo hasta su último bostezo; puesto que para nada se ha acordado de mí, ni aun para pedirme perdon de los ultrajes que me ha hecho, allá se las haya... que muera.... ¿qué se me da á mí....? tanto mejor.... Y á fé seria una necedad prometerse un socorro mio. He sido su *verdugo*, su *suplicio*, su *infierno*.... que no se diga, que he sido tambien el demonio de su agonía.... Que muera en paz. Cuando haya muerto, si el *albacea de sus cuantiosos bienes* viene á pedirme dinero, como es muy probable, para la construccion de su ataud, no dejaré de arrojar en la bandeja por lo menos la calderilla que obrare en mi poder..... Que no se diga quo el americano se ha portado con mezquindad.... Dios la perdone, si es que haya Dios como lo creen los tontos.... Quedaré viudo.... enhorabuena..... Lástima que he tardado..... Como no me quede viudo de dinero no me faltarán mujeres y mucho mas fieles

á su marido, mucho mas agradecidas, sobre todo, al que las saque de la miseria. Ni me vuelven á engañar en mi vida esas emperifolladas de alto bordo. Mas quiero á una payesa frescota y bien provista de carnes que cualquiera de esas señoritas de miel y nata, todo melindres, todo ataques de nervios, todo achaques. Por lo menos aquellas no necesitan en su vida médicos ni boticarios, mientras que estas podrian muy bien llamarse un hospital ambulante. ¿Para qué quiero la mujer? Para lo que la necesita el hombre; y como no tenga que esperar á plazos, que se me da á mí de lo demás. ¡Por vida de....! que si vuelvo á encapricharme, si vuelvo á cometer el disparate de casarme, lo que no creo, no ha de ser sino con una hembra como un toro, y mas paridora que un conejo. Con esa llevaba trazas de no tener sucesion, ó lo que es peor de tenerla sospechosa. Todavía puedo prometerme tener un hijo á quien dejar heredero de mi nombre y de mis bienes.

Los chismosos dirán que soy el asesino de mi mujer, que he tenido la crueldad de hacerla prender en el momento en que agonizaba.... que sé yo lo que dirán... se me da tres pitos... no les necesito para nada.... mañana me marcho y no volveré por ahí quizá en mi vida..... Iré á establecerme en Bayona ó Burdeos y pare V. de contar. Así como así preveo que en Madrid no han de aprobar nada de lo que hemos hecho: esos porros de bullangueros no parece sino que tienen en su cuerpo á Satanás. Las córtes son tan descamisadas como ellos mismos, y al fin y al cabo Barcelona ha de caer en las garras de los anarquistas. Me iré á Burdeos; en llegando allí, daré unos cuantos bolsillazos, mi dinero resonará como una sinfonía de Rosini á las orejas de mil amigos y servidores, y seré recibido en todas partes como un príncipe. Tanto se me da vivir en Barcelona como en cualquier otra parte. En mi cartera traigo mis caudales; ni tengo tierras ni casas en Barcelona, ni fuera

de ella, y ya se puede abrir un abismo y tragarla ¿qué se me da á mí? Valiente pedazo de animal he sido devanándome los sesos sobre si serémos nosotros si serán ellos los que gobernarán. ¿quién me mete á mí, hombre de mas de tres millones, en camisas de once varas? Así como así no hacen nada de lo que yo propongo: allá se las hayan.... que se lo arreglen ellos.... ya que se precian de tener mas talento que salgan de atolladero sin mi ayuda.... lo que es un real mas, ni por Lucifer lo suelto.... Harto notable es el vacío que han dejado en mis arcas mis torpes condescendencias..... Vámonos á distraernos... celebremos la muerte de esa mujer como el recobro de mi libertad. A las penas puñaladas: si permaneciese encerrado en este cuarto, aun preveo que me ha de entristecer, y por vida de todos los demonios que ni he de soltar un suspiro, cuanto menos derramar una lágrima.... ¡Yo llorar!... ¡y por ella!.... Ha sido mi mujer, y por si acaso diese la sangre

en la majadería de recordármelo, procuremos que una botella de rom y un par de bailarinas me quiten el mal humor.»

En efecto, sintiendo que á pesar suyo se apoderaba de él un malestar estraño, la sensacion penosa de un vacío, tomó el sombrero y se salió á practicar al pié de la letra y aun mucho mas todo lo que acababa de decir. Mientras tanto la malograda Concha seguia agonizando y acercándose cada momento mas hácia la tumba. Su estertor era ya lento y muy débil, hasta que por último ni fuerzas tuvo para levantar respirando su estenuado pecho. Al silencio que se siguió, al ruido bronco y monotono de su estertor, la señora hospitalaria y María prorumpieron en alaridos penetrantes, se mesaban los cabellos desesperadas y se dejaban caer por las sillas sin saber que postura tomar para soportar mejor sus vehementos dolores. El sacerdote, sin abandonar la cabecera de la cama, levantó la voz mas de lo que lo habia he-

cho hasta entonces, y observando que la moribunda se ponia fria y no daba ninguna señal de percibir lo que le estaba diciendo, tomó una bujía que estaba ardiendo en una rinconera de la alcoba, y aplicó á los labios de la agonizante su llama. La llama vaciló todavía, á la tenuísima coluna de aliento helado que se escapaba del pecho de la casi difunta.

—Todavía vive, señoras (dijo el clérigo), no hay que desesperarse.

Y como si esta vida fuese una vida durable, las desconsoladas mujeres acallaron sus alaridos y volvieron á clavarse en los lados de la cama, impregnada como la alcoba de olor de tumba. El clérigo aplicó la luna de un espejo á los labios de Conchita, y su aliento todavía la empañó bien que muy lijeramente.

—¿Ven Vdes.? (añadió el sacerdote, mostrando la luna del espejo empañado á las dos mujeres, las cuales apenas podian distinguirlo por tener sus ojos empapadísimos de lágrimas) ¡todavía

respira! y se puso otra vez á llamarla por el camino de Dios. Mas la pobre Concha abrió la boca, dejó escapar un suspiro largo y volvió á quedar inmóvil: al cabo de un rato tornó á hacer todo lo propio, hasta que, repitiéndolo por tercera vez, frunció los labios, hizo un movimiento como quien traga una cosa con repugnancia, estiró de un modo convulso brazos y piernas, y como último señal del término de sus dias inclinó sobre su pecho su cabeza. En esto el sacerdote, cuya práctica en asistir enfermos le habia enseñado á distinguir de una manera infalible la verdadera muerte de la aparente, murmuró entre dientes sus oraciones, cubrió á la finada con su sábana, colocó encima del bulto un crucifijo de marfil engastado en una cruz de ébano del Líbano, y roció la mortaja improvisada con el agua bendita de la pila que colgaba de la pared de la alcoba. La señora y la doncella se abandonaron otra vez y con mas estrépito á sus llantos y alaridos; la habita-

cion se llenó de vecinos, y todos se sintieron profundamente conmovidos de tan aflictiva escena.

Eran las tres de la madrugada cuando la pobre Concha cesó de padecer, y á la misma hora su marido, quien hacia ya tres horas que estaba jugando fuerte en casa de un mandatario del poder civil, en la cual se habia dado aquella noche una reunion brillante; tenia suspensa toda su fortuna de la salida de un naipe que no podia tardar ya en dejarse ver.

Amaneció, y vestida de monja la maladada Concha estaba tendida sobre las bayetas de la casa de Caridad. Al través del blanco sudario de muselina que cobijaba sus despojos se divisaba su semblante, repuestos ya sus contornos que habia desquiciado la agonía. Pareciase á un ánjel apesadumbrado que estuviese durmiendo: tanta era la suavidad y calma de sus interesantes facciones dulcemente descoloridas, como si las estuviesen iluminando los rayos de la luna. La blancura de sus incomparables manos,

de aquellas manos májicas que habian hecho brotar en tiempos mas felices tantos torrentes de armonía, contrastaba tristemente con la negrura de su hábito mortuorio, y sus piés, aquellos piés tan jentiles, tan ágiles en la danza, tan graciosos en el andar, apenas cabian en los anchos zapatos asandaliados donde les embutieron á causa de la hinchazon que les habia dejado la agonía; por lo demás, el atavío fúnebre de su último lecho era sobradamente sencillo. Cuatro candeleros con sus respectivas velas de cera blanca en los ángulos de su féretro, cortinas negras en la alcoba y en la parte interior de los balcones y ventanas, un crucifijo de madera alumbrado por dos cirios puestos en candeleros de plata sobre la mesa, cubierta tambien de bayeta negra, tales eran los adornos mortuorios de este cuarto. Vestida de negro la señora, como la difunta, hubiese sido una hija suya; reunia en otro cuarto, tambien enlutado, las visitas de sus allegadas, por cuanto aquella las

habia notificado este lance é interesado en él, del propio modo que lo hubiese verificado á ser la madre de Concha.

Pasó este dia funerario, y á las nueve de la mañana del dia siguiente el coche fúnebre, destinado para los difuntos de la clase media, recibió en su arca el ataud humilde de Conchita, depósito sagrado de sus restos. Celebráronse las ceremonias funerales á su debido tiempo. El acompañamiento y el duelo fueron mas considerables de lo que podia esperarse, y se echaba de ver en todos los semblantes aquella melancolía é interés que inspiran las desdichas y la muerte prematura del que ha formado algun dia los encantos de la sociedad. Pocas horas despues fueron sus despojos depositados en el nicho donde guardaba la señora hospitalaria la ceniza de su adorado marido. Ni en el recibimiento del duelo en la casa, ni en el acompañamiento, ni en el acto fúnebre en fin, desde que hubo espirado la desdichada Concha, pudo echar de ver á su fidelísima doncella. Sin respe-

tar los restos inanimados de una mujer, á quien no habian podido inmolar á su venganza; ni el dolor y desesperacion de una pobre muchacha que, perdiendo á su señora, lo habia perdido todo, María fué arrancada violentamente del cuerpo de la difunta, con el cual estaba fuertemente abrazada, por dos inhumanos mozos de la escuadra, esclavos de las órdenes de sus jefes, quienes la trasladaron á la cárcel pública acto continuo, para aguardar allí el fallo de la causa criminal sustanciada contra ella y su difunta señora.

CAPITULO XXXVII.

RELACION DE GERTRUDIS SOBRE LA FAMILIA DE MARÍA.

La irreparable pérdida de su señora y el salvaje tratamiento que guardaron para con María los bárbaros agentes de seguridad pública, hubiesen acabado sin duda en pocas horas con esta pobre mu-

chacha, á no sostenerla una fuerza de ánimo varonil, que sin embargo no le era propio. Supóngase que se le hubiese hecho cesar de repente la influencia de la grande pasion en que se abrasaba, y se la hubiera visto inmediatamente llena de todas las debilidades que hacen interesante á la mujer. No es esto decir que á María no se le arrasáran los ojos de puro llorar, que dejase de mesarse la cabellera y de patear como una loca cuando el desmayo no la tenia en inaccion; porque en efecto, la infeliz doncella pasó los primeros ímpetus de su desconsuelo y desesperacion por estos arrebatos, verdaderas espresiones de otros tantos aspectos de dolor; mas en medio de todos estos sufrimientos, grandes sin duda para un corazon que amaba y sentia tanto, se levantaba una voz consoladora que la fortificaba y que le hacia columbrar una esperanza muy realizable de un hermoso porvenir. Concha, la amante y la adorada de Rojerio ya no ecsistia, ya podia soltar la doncella sin

freno alguno su corazon á la pasion indomable que sentia por el poeta; ya no tenia ninguna rival á quien tuviese que ceder la primacía, y contaba con demasiados derechos al amor de Pimentel para que dejase de ser suyo. María tenia presentes todas las palabras de Rojerio y las promesas de Concha. Las de esta infeliz ya estaban cumplidas. Concha, á mas del testamento, en el cual legaba la mitad de lo poco que tenia embarcado á la señora hospitalaria, y la otra mitad á su doncella, habia escrito una carta para Rojerio despidiéndose de él para siempre desde la márjen del sepulcro, y encareciéndole con las espresiones mas palpitantes de pasion y ternura, que, si su corazon era capaz de amar á otra mujer, le diese por sucesora á María, digna y muy digna de semejante herencia. María guardaba como un tesoro esta carta, que le entregó su señora una tarde en que estaban solas, de por junto con su retrato y el de Rojerio, y un considerable mechon de

cabellos que se habia hecho cortar pocos dias antes de su agonía. Que transcurriese un mes, dos, cuatro, un año, dos años, mas; ella habia de salir de la cárcel y volar hasta la fin del mundo en busca de Pimentel, porque este le habia dicho, y lo habia sancionado con las libertades que se tomó: « *Si algun dia pierdo á mi Concha, si queda viudo mi corazon, ¿querrás recojerlo tú, María? ¿me amarás como Concha? ¿serás capaz de ello?....*" Y la cuitada doncella se esforzaba en superar sus pesadumbres y contratiempos actuales para no sucumbir y poder reunirse pronto con Rojerio.

La señora que habia dado hospitalidad á Concha iba á ver á la pobre María en la cárcel é hizo por ella lo que hubiese hecho por su propia madre. A su oficiosidad debió María el hallazgo de un defensor de su causa: jóven lleno de celo y virtud, único tal vez entre esa cáfila de togados corrompidos que por un puñado de oro no titubean en prostituir su talento y su conciencia, rebus-

cando en el fárrago de leyes, cédulas, órdenes, decretos, privilegios y pragmáticas que corrompen nuestra leprosa legislacion, sútil efujio para eternizar un pleito ó elástica escepcion para matar civilmente á una familia mas honrada que todos ellos, aunque pobre y destituida de apoyo. Penetrado este jóven del móvil que dirijia la acusacion, trabajó mas de lo que le permitia su edad y sus alcances, y puso la cosa en tan buen estado que, á pesar de todo el oro de Casavella, habia mucha probabilidad de que María saldria bien pronto de la cárcel sin condenarla siquiera á las costas su tribunal competente.

Pero quien alijeraba mas el peso de su encarcelamiento era esa anciana á quien hemos encontrado tantas veces en el decurso de esta historia relacionada con María. Pegada estaba esa pobre mujer á la reja de la cárcel; ella traia á la doncella el almuerzo, la comida y la cena, y para que mejor le probase, la acompañaba en la comida y le daba los me-

jores bocados, haciéndole comer con sus reiteradas instancias mas de lo que consentia su apetito. Ella era la que avisada por Concha la habia ido á buscar en la casa donde se habia quedado oculta la noche en que prendieron á Rojerio y Sarriego. Ella habia cuidado de recojer el equipaje de Concha embarcado, todo lo cual volvió el buen patron con toda escrupulosidad, contentándose con la recompensa que le habia adelantado por el servicio que no pudo cumplir á pesar suyo.

Cierta tarde en que estas dos pobres mujeres estaban conversando y matando las horas, que pasan tan lentamente para un preso, María dijo á su buena protectora:

—Pero ¿y cuándo querrá V., Gertrudis, contarme la historia de mi nacimiento y decirme quienes fueron mis padres y si viven todavía?

—Ahora mismo si quieres, hija mia; tienes razon, ya es tiempo que te revele este secreto tantas veces prometido; una

de las dos pudiera morir de repente, en especial yo que ya rayo á los sesenta, y seria lástima que no supieses esto.

—Vamos, cuéntemelo V., nunca mejor ocasion.

—Atiende. Hará cosa de unos veinte años que se pasó en mi casa, cuando yo vivia en Sarriá, un acontecimiento bien triste. Una bonita mujer de unos diez y siete años, casada con un hombre de algunos años mas, se presentó una tarde en mi casa y me dijo: «Mi marido me ha abandonado.... se ha ido á América, y yo, loca de mí, le he dado mi consentimiento porque me ha dicho que se enriquecerá y que me mandará á buscar luego que le sea un tanto favorable la fortuna. Hace ya bastante tiempo que está fuera y no tengo ninguna noticia de su suerte.... Yo trabajo como una negra, sufriendo en el verano ese maldito sol que se deja caer en el llano de Barcelona; y en el invierno, el frio y los vientos que soplan de todos lados; y sin embargo ya vé V. que ape-

nas puedo comprarme una vara de indiana para hacerme una basquiña..... Estoy desesperada, ¡tan jóven y tan infeliz!.... Si no estuviese casada, ya tendria buena proporcion para salir de estos apuros, porque hay un señor barcelonés bastante rico que está enamorado de mí... pero ¿vé V.?... ¡casada!..."

—¡Eulalia! (le dije espantada de los peligros de que la veia rodeada) ¡Eulalia, cuenta con lo que ibas á hacer, tu virtud está en peligro, tu honor va á sufrir una mancha que jamás la lavarás.... eres casada.... este señor te quiere seducir; cuando estará cansado de tí te abandonará sin piedad, porque esos señores son así.... Tratan á las pobres mujeres como los bebedores á las botellas de vino: mientras están llenas grandes halagos, cuando vacías se les da un pito que se hagan mil pedazos por el suelo. ¡No te fies de él! te comprometerá, y si tu marido vuelve, si te llama á su lado antes que hayas podido desembarazarte del cuerpo de tu delito,

¿cómo lo harás? ¿qué escusas podrás darle? Trabaja, Eulalia; naciste para trabajar y no luches contra la suerte. Mas vale pan con salaz que gallinas con agraz. No dejes seducirte con promesas deslumbrantes que nadie te cumplirá: esos señores de Barcelona, fastidiados de las cómicas y zurronas que llenan esta ciudad de corrupcion y miseria, se vienen á los pueblos del rededor á engañar á las pobres muchachas y mujeres del campo que no conocen sus amaños y arterías. Cuenta, Eulalia, con que te vea otra de tantas infelices que se han arrepentido tarde de haberles escuchado.

¡Ay de mí! Todas estas reflecsiones fueron en valde; Eulalia no pareció mas por mi casa como solia; dejábase ver solamente de quince en quince dias; apenas me decia cuatro palabras, y acabó por no parecer enteramente. Y yo lloraba á solas los estravíos de Eulalia porque se levantaba una grande murmuracion contra ella, y yo ya no dudaba que la seduccion de un hombre rico habia sido

mas poderosa que todos mis consejos. En estos tiempos yo me ganaba la vida, lavando ropa, y dando de mamar á los niños de las casas mas ricas de la capital. Una amiga mia, cierta ocasion en que yo habia hecho poner en el diario un aviso; me proporcionó una niña hermosa como un sol, y aunque no me ofrecieron mucho la preferí á todas las que pudiesen presentarme, aunque fuesen hijas de un jeneral ó de un conde. Cuatro ó cinco años despues, llegóse á mí un anochecer cierto señor desconocido y de todos modos quiso que diese de mamar á una niña tan ó quizá mas hermosa que la de que te acabo de hablar y tampoco fuí dueña de resistir. Me rogó tanto, me llegó á interesar tanto por esta pobre criatura, diciéndome que su madre no deseaba darle otra nodriza que yo, que al fin la acepté y me la crié con un cariño tan grande que no parecia sino que era un pedazo de mis entrañas. A los tres meses de habérmela entregado desapareció el desconocido; yo no reci-

bí mas paga, y quejándome de ello á mis vecinas, todas me aconsejaban que llevase la criatura á la casa de espósitos de Barcelona. Pero ¿cómo hacerlo, si era un anjelito de Dios? tan rolliza, tan viva, tan linda... yo la adoraba mas que si hubiese sido mi hija y aunque era hacer un grande sacrificio, porque vivia de esto y de mi trabajo, no me supe resolver á abandonarla y me la ahijé. Esta fué la última que crié, porque mi leche ya era pasada. Los padres de la primera quedaron tan agradecidos de mí, que con frecuencia venian á verme y me hacian varios regalos: su hija que me queria mucho pasaba conmigo los dias de fiesta. Bien pronto se quisieron con mi ahijada, como si fuesen hermanas, y ambas á dos jugaban... ¡oh! ¡como me acuerdo de aquellos dias tan felices! ambas á dos retozaban juntas en mi corral, tan monas, tan alegres, tan lindas..... ¡anjelitos del cielo! aun no he visto pintado ninguno mas hermoso que ellas dos. Cuando mi ahijada cumplió

seis años, los padres de su amiga se la quisieron llevar de todos modos, porque esta no sabia estar separada de ella, y como yo me veía tan pobre y ellos me prometieron que cuidarian de ella y la tomarian por una de su familia, se la cedí bien persuadida que mejoraria de suerte. Estas dos niñas, pedazos de mi corazon y que habian formado todas mis delicias, erais vosotras, hija mia; tu pobre señora y tú.....!

Aun no habia trascurrido un año desde que mi pobreza me habia obligado á desprenderme de tí, una vecina mia que tenia enfermo en el hospital jeneral de Barcelona á su marido, me dijo con reserva que en la sala de mujeres habia una, la cual deseaba hablarme sobre un asunto que me interesaba mucho. Mi corazon dió un sobresalto horrible á esta noticia estraña. No sé como adiviné quien era la que me habia hecho llamar, y encomendándola á Dios, no perdí un momento y me trasladé á Barcelona. Presentéme en el hospital; espliquéme á una

mujer que estaba haciendo calceta en la entrada de la sala de mujeres, conforme me lo habia advertido mi vecina, y aquella me condujo al estremo del departamento á mano derecha en una sala cerrada donde yacen las mujeres de mala vida, cuyos escesos las hacen parar al hospital. Entré con un temblor de piernas que apenas me dejaba andar, y la hermana que me acompañaba me señaló la cama donde estaba la que me habia hecho llamar. Esta cama ocupaba el rincon en el fondo de la sala; acerquéme á ella con un trip trap en el corazon y un temblor inesplicable. La enferma estaba abrigada hasta la frente y llevaba la cabeza toda vendada: la llamé, preguntándola si era ella la que deseaba hablarme y entonces se desabrigó, exaló un ¡ay! como de alegría y dolor al mismo tiempo, y me respondió con una voz cascada, gangosa y casi imperceptible, que efectivamente era ella. Figúrate tú si yo la examinaria con atencion para reconocerla, y con todo no pude atinar de pronto

quien fuese; porque no solo la habian desfigurado sus padecimientos y escesos, sino los vendajes que le habian puesto los platicantes en la cara y la cabeza. Ví que me miraba con un no sé que de enternecimiento y de vergüenza; me sentí muy conmovida y trastornada, especialmente cuando advertí que le caian las lágrimas. Inútil es decirte que al momento y sin saber nada me eché á llorar. Díjome en seguida que me sentára á la cabecera de la cama y pedí una silla á una hermana que acertó á pasar y me la trajo. En esto sacó la enferma su mano y me agarró la mia, la estrechó mojándola con su sudor, quemándola con la calentura que la estaba consumiendo y mirándome fijamente me preguntó si la conocia. Y como si con esta palabra se hubiese quitado el velo que me la habia ocultado hasta entonces, lancé un grito de histérico que llenó de alarma el hospital, y me arrojé sobre la enferma, sin sentir, ni ver mas que el grande dolor de mi alma y á la infeliz á quien acaba-

ba de reconocer. Yo no me habia engañado; esta desdichada era la misma que sospeché al recibir la estraña noticia de que una enferma del hospital de Barcena deseaba hablarme: ¡era Eulalia! la desventurada Eulalia!

—Santo Dios! (dijo María, apartándose de la reja, de cuyos hierros estaba asida escuchando con una atencion tan grande que hasta se reprimia la respiracion.)

—Sí, hija mia, era Eulalia. Sorda á mis reflexiones, sorda á la voz de su conciencia y de su honor, se entregó á la brutalidad del señor rico que se habia enamorado de ella. Este la comprometió, y cuando hubo dado á luz el triste fruto de sus amores criminales, fastidiado de ella, como yo se lo habia pronosticado, la abandonó á la miseria que la habia hecho caer en su desliz, de por junto con la pobre criatura, que él mismo habia entregado á una nodriza para que la criase, por no poderlo hacer su propia ma-

dre. Esta nodriza era yo, y aquella pobre criatura eres tú....!

—Vírjen santísima...! (volvió á esclamar María, cada vez mas consternada por la terrible relacion de la vieja, la cual prosiguió diciendo.)

—Avergonzada Eulalia de lo que le habia acontecido, desapareció de los barrios de Sarriá, y se entregó en Barcelona á la vida airada. Como era muy graciosa y tenia una cara tan linda, se alzó al principio de su abominable tráfico con mucho séquito, se hizo célebre entre los hombres dados al vicio, y se la disputaban con una especie de frenesí. ¡Ah! ¡si al menos hubiese sabido guardar lo que ganaba con tanta facilidad! Mas gastaba de dia á la loca lo que ganaba de noche, y bien pronto los males sin cuento de que está cubierto el camino de la mala vida la volvieron enfermiza y fea, de lozana y hermosa que babia sido, y despues de seis años de vicios y escesos fué á parar al hospital, siendo todo su cuerpo una podredumbre...... Habia perdido

casi toda la nariz, y sus ojos estaban encendidos como la grana y llenos de podre: tenia la garganta cubierta de llagas, y otras partes de su cuerpo, que no te nombro, daban horror de ver. La desdichada me lo contó todo, sin ocultarme ninguna de sus miserias, como si yo hubiese sido su confesor. Pidióme perdon de las ofensas que me habia hecho, y me suplicó llorando que la visitase todos los dias, que no la abandonase hasta que la muerte hubiese puesto fin á todos sus sufrimientos. Figúrate cuan trastornada estaria yo al contemplar el fin tan trájico de esta mal aconsejada mujer, de esta mujer tan buena cuando soltera y en los primeros años de casada. ¡Malditos sean los hombres! ¿Y sabes, hija mia, quien era Eulalia? de quién era hija?... de la pobre vieja que te está hablando.

—¡Vos mi abuela!!! (prorumpió María mas conmovida que nunca, cojiéndole por entre los hierros de la reja la mano que ya apretaba contra su pecho, ya besaba á cada instante con una efu-

sion de sentimientos que seria en vano bosquejar.)

—Sí, pedazo de mis entrañas, yo tu abuela (siguió diciendo la vieja bañada tambien en lágrimas, y tan conmovida como María) yo la desdichada madre de una hija mil veces mas desdichada todavía. El malvado seductor que la descarrió fué un comerciante de Barcelona, el cual, pocos meses despues de haberla deshonrado, hizo una bancarrota escandalosa.

« Yo pasaba todo el dia en el hospital al lado de mi pobre hija, hasta que una mañana, al entrar en la sala ví la cama de hierro, donde yacia mi hija, sin ella y sin su jergon; partióse mi corazon al ver que ya estaba todo acabado; la señal era demasiado cierta; lo pregunté á una hermana, y en efecto me contestó que mi pobre Eulalia habia muerto á la una de la noche y que si la queria ver bajase al patio del hospital, donde la hallaria tendida sobre las tablas de la *co-*

lumna (1). Bajé la escalera sin fuerza y apoyándome en la barandilla, y ¡oh! cuándo me acuerdo de su miseria no soy dueña de mí...... estaba mal vestida, con un jubon y unas sayas todo harapos y remiendos, y este era el vestido que llevaba cuando se presentó en el hospital. Las moscas le cubrian la cara y las manos, y los gusanos ya estaban devorando sus ojos y nariz.

« Temerosa de que su pobre cuerpo, por plagado de llagas que estuviese, fuese á parar á las salas de la tomía (2) vendíme tres camisas de tela casi nuevas y una basquiña que apenas habia estrenado para hacerle un ataud.... y sin embargo no me puedo quitar del pensamiento que esos judíos de practicantes

(1) Pequeño aposento donde se colocan los cadáveres de los que mueren en el hospital hasta que se les da sepultura ó pasan á las salas de anatomía para las disecciones.

(2) Voz corrompida de *Anatomía* que el bajo pueblo usa para espresar la diseccion de los cadáveres, la cual evitan, á menos de mucha escasez de muertos, cuando sus deudos les pagan un ataud y los funerales.

se la llevaron para hacerla pedazos como si fuera una perra.

Mucho tiempo tuvo que pasar para consolarme de la muerte desastrosa de mi hija. Y cierto dia vinieron á decirme que mi yerno acababa de llegar de la Habana colmado de riquezas, y habia preguntado por su mujer. Al principio no quise creerlo, porque era muy estraño que no hubiese hecho ningun paso para hallarme y preguntarme el paradero de Eulalia; mas tanto me incitaron, me lo aseguraron tanto, que al fin empezé á creerlo y á sentir ganas de presentarme á él. Con todo no me atrevia; porque aunque él tenia la culpa de haber abandonado á su mujer sin dinero, ni amparo alguno, esta habia sido demasiado criminal para esperarme nada de bueno de su marido. A mas de que ¿qué me importaba él y todas sus riquezas habiendo muerto mi hija? Yo me ganaba bien la vida como ahora, haciendo recados y vendiendo leche, y no le necesitaba para nada de este mundo. A pesar de

todo, tuve una hora menguada, y dando crédito á mis vecinas, que siempre me estaban dale que dale para que fuese al encuentro de mi yerno, al fin me presenté en su casa. ¡Cuanto me arrepiento de haberlo hecho! Recibióme muy mal hija mia, muy mal: no se lo perdonaré en mi vida.

Al principio finjió no conocerme. Yo ya me queria volver; mas preguntándome quien era, se lo dije, y se puso furioso como un tigre contra mí, llenándome de un tropel de dicterios que me dejaron como si me hubiesen echado encima un jarro de agua. Me acusaba de la pérdida y estravío de su mujer, y me prohibió, con amenazas de hacerme encerrar en la galera, si volvia á presentarme. A pesar de que soy tonta, ya conocí que mas me rechazaba por mi estado y mi pobreza que por la conducta de mi hija, cuya muerte no le podia convenir mas, habiéndole enterado de todo quizá los mismos que mas habian contribuido á corromperla. No dejo de

conocer que la desdichada Eulalia fué culpable; pero él la habia abandonado, él mismo la habia puesto en las manos de su primer seductor, y además, sin duda no se estaria él rezando el rosario con las mujeres de América; sino que ya se vé, son hombres y todo les está bien. Y quieres saber al fin quien era el marido de Eulalia? Ese mismo comerciante desapiadado que ha causado la muerte de doña Concha, ese estrafalario Don Severo.

—¡Santo Dios...!!!

—Sí, hija mia, ese hombre implacable, ese hombre orgulloso, á quien mas de una vez maté el hambre con el pan negro de mi mesa, y la sed con el vino de mi porron. Cuando le dí por esposa á mi pobre Eulalia, que era una niña, apenas tenia con que abrigar sus carnes, y ganaba rastreramente su vida llevando á cuestas, cuando cajas de azúcar, cuando sacos de arroz, cuando fardos de algodon, cuando baules. Y ahora le ves tan lleno de vanidad y de insolencia

despreciando su lejítima suegra tan solo porque es vieja y pobre; porque le recuerda lo que él quisiera borrar de la memoria; porque le sabe mal que haya aun sobre la tierra una persona á quien tenga de agradecer un favor. Esta es la historia de tu nacimiento, hija mia, perdóname si no te la he contado con tantos años que me conoces; porque ya ves por tí misma cuan poco agradable habia de serme enterarte de unos sucesos tan tristes.»



CAPITULO XXXVIII.

RESOLUCION DE MARÍA.

Al dia siguiente, muy de mañana, cuando se preparaba Gertrudis á salir con el almuerzo para la cárcel, María se presentó en casa de su abuela fuera de sí de regocijo. Sobremanera confusa y

agradablemente sorprendida se quedó la buena vieja al verla, y hubo de preguntarse si era un sueño lo que estaba pasando. María acababa de recobrar su libertad; su defensor habia probado de una manera irrefragable que Concha no se habia llevado de la casa de su marido mas que unas cuantas joyas de su madre, los veinte mil reales que le habia legado un pariente para cuando se casase y los vestidos que le pertenecian, y que de consiguiente no habia cometido, ni por asomo, el robo doméstico de que se la acusaba y, como consecuencia natural, que María estaba de todo punto inocente. Y para mayor confusion de los acusadores, los mas de los testigos se retractaron de sus deposiciones, y las de los demás fueron tan embrolladas y contradictorias que acabaron de poner mas en relieve la inocencia de las acusadas: en visto de todo lo cual el tribunal falló que se las declarase inocentes y que se diese inmediatamente libertad á la doncella. El cárcelero recibió esta

órden á la madrugada, y acto continuo abrió la puerta á María, haciéndole pagar los derechos de carcelaje. De gozo lloraba la buena vieja al abrazar su pobre nieta ya puesta en libertad; mas poco duró este gozo, y la misma prisa que se dió en querer saber el secreto que María le habia prometido revelar fué causa de que fuese tan pasajero. Dióle cuenta María de su profunda pasion por el poeta y de su atrevido proyecto de ponerse en marcha para Francia, esperanzada de hallarle y de reunirse con él, cuando no como esposa, como amante. Espeluzóse la buena anciana á este desdescabellado proyecto, pareciéndole ver á María marchando por la misma senda que Eulalia, y empezó á dar alaridos por su cuarto como una loca, y á maldecir el dia en que nació y el en que dió á luz á la madre de María. Inútilmente se esforzaba esta infeliz en hacerla conprendes la diferencia de circunstancias y condiciones; Gertrudis no sabia ver al cabo de estos amores mas que un jergon de

hospital, la *coluna* y la *tomia*, y se mesaba desesperada sus canas, quejándose amargamente á Dios de que la condenase á presenciar dos veces una catástrofe tan terrible.

En semejante conflicto, María aparentó abandonar su arriesgadísimo proyecto para pasar á su ejecucion luego que Gertrudis se hubiese tranquilizado, ó lo hubiese sabido mirar bajo un aspecto mas lisonjero; por cuanto estaba en la profunda conviccion de que Rojerio la amaria muy diferentemente de lo que habia amado á su madre el seductor que la perdió. Y en efecto, cuando menos se lo presumia la anciana, la cual se habia manifestado dispuesta á hacer los mismos aspavientos cada vez que la doncella habia tentado de inclinarla á la aprobacion de su tarea, se encontró con que María habia desaparecido de Barcelona sin que supiese decirle nadie, cuando, como y con quien habia desaparecido esta cuitada. Desolóse la pobre Gertrudis en su busca, y estuvo á pique de

perecer de dolor al ver que los dias se pasaban rápidamente, hallándose hoy del mismo modo que ayer y que todos los dias pasados.

Entre tanto la interesante doncella caminaba como una peregrina por los campos de la Provenza. Lo poco que habia embarcado con ella, legado de su señora, lo habia perdido en el golfo de Lyon, no léjos de las arenas de Ceta, donde se quedó abarrancada una polacra que el mar cubrió, á cuyo bordo María habia salido de Barcelona. Uno de los marineros que se salvaron con ella, de edad algo avanzada, le servia de guia y de intérprete, y ambos á dos iban á pié por la carretera de Marsella á cuya ciudad se dirijian. María no llevaba consigo mas que la carta de su ama para Rojerio, el retrato de este que contemplaba á cada paso, olvidada de sus fatigas y de su compañero de viaje, el de su señora que besaba con frecuencia conmovida; la cabellera de Concha, y junto con unos cuantos pesos atados en un cabo de su

pañuelo, un papel á modo de cucurucho donde tenia oculta una cosa que miraba á cada instante para asegurarse de que no la habia perdido.

Despues de cinco dias de fatigosa marcha llegaron á Marsella María y su compañero de viaje, y este buen hombre, tan pobre como ella, no le pudo ofrecer otro abrigo que la barca miserable de un conocido suyo surta á la sazon en el puerto. Aceptóla por de pronto la muchacha por no saber á donde dirijirse, y por no poder tenerse, ya á causa de su fatiga, ya á causa de las llagas que se le habian abierto en las plantas de sus pies. Esmeráronse en socorrerla y en curarla los marineros de aquella barca; pero, equivocando la condicion de María, se tomaban libertades que empezaron á alarmar su pudor, y hubo de decir quedo al que la habia acompañado, que si no trataban de respetarla se marcharia aunque tuviese que andar á gatas. A las insinuaciones del recien llegado se moderaron algun tanto sus compatriotas, y es-

peraron mejor ocasion para tentar otra vez la virtud de la doncella.

Aprocsimábase la noche: á ruegos de María y mucho mas al poder de veinte reales que le dió para beber, uno de los marineros se destacó á preguntar por todas partes quien sabia el paradero de un jóven español, llamado *D. Rojerio Pimentel de los Pinares*, y despues de haber pasado mas tiempo en la taberna, bebiendo un vaso trás otros vasos que indagando el paradero de Rojerio, regresó medio borracho, diciendo que nadie sabia una jota de tal hombre. Bien conoció María por el estado de su mensajero en que habia gastado el tiempo y los veinte reales que le habia dado, y resignándose en su posicion, aguardó que amaneciese y que sus piés se le fortificasen para hacerse ella misma las dilijencias.

No sin haber pasado una noche larga de zozobras y enfados por las insolencias de los marineros, especialmente del que se habia regalado en la taberna á

costas de la doncella, vió por fin María despuntar el alba, y apenas empezó á andar la jente por las calles, saltó de la barca, y del modo mejor que pudo se fué preguntando, de barco en barco, si eran españoles. Los unos le preguntaban en una lengua que no entendia que se le ofrecia, y ella pasaba de largo; los otros le contestaban que sí; entonces les pedia por Rojerio, á todo lo cual todos se le encojian de hombros, sin que la inútil repeticion de estas preguntas y respuestas la impidiese seguir todos los barcos del puerto que estaban atracados.

Llena de una fé inconcebible en lo que estaba haciendo y de una esperanza que nada parecia poder realizar, preguntó á uno de los marineros españoles que halló mas dispuesto á escucharla y dirijirla, si sabia el paradero de otros españoles residentes en la ciudad, á lo cual la dirijio á casa de un barbero catalan donde solian reunirse muchos barceloneses. No fué á la verdad necesario

que se lo repitiesen, y aunque en estremo fatigada y lastimada de piés se trasladó al encuentro del barbero, cuya tienda no estaba muy lejos del muelle. Gustaba el barberillo de confabular con las muchachas por poco que valiesen la pena, y á mas de los requiebros y arrumacos de que era inagotable, cojia su guitarra, la punteaba con una gracia que se pintaba solo, y echaba cuatro coplas al son de la jota aragonesa en alabanza de la belleza que le habia puesto de buen humor. Y como María se hallaba interesantísima en aquel momento, ya por sus gracias naturales, ya por el reflejo de las circunstancias en que se hallaba, el barbero compatriota le hizo la mas brillante acojida, ofreciéndosele para curarle los piés con la untura de un unguento que componia él mismo, y luego para presentarle mas catalanes y barceloneses de los que ella necesitase. Lo último era lo que deseaba la cuitada, y como le bastase uno se adelantó á decirle que averiguase si habia lle-

gado, poco hacia, de Barcelona un jóven llamado *D. Rojerio Pimentel de los Pinares*, único á quien le interesase hallar. Tranquilizóla el rapa moscas, asegurándole como cosa de que no podia dudarse, que aquel mismo dia se veria con el caballero que buscaba, y viendo que la muchacha no tenia aun alojamiento, le propuso el suyo interin que pudiese buscar otro, haciéndole ver que si caia en manos de un fondista ó posadera le habian de chupar hasta el último maravedí en pocos dias. Aceptó de mil amores la muchacha tan halagueña proposicion; y en atencion de que era hermosa y pobre espatriada, se contentó con hacerle pagar la cura y la habitacion la mitad mas de lo que hubiese sacado de otro mas experto y abispado que María.

Sin embargo, deslizábanse los dias unos en pos de otros y Pimentel no parecia. Mañana y tarde se llenaba la tienda del barbero de españoles de todas clases, y era lo mismo hablarles de Rojerio que de las Indias. Por su parte la don-

cella no dejaba piedra por mover; apenas amanecia se lanzaba por las calles, en cuyos laberintos se estraviaba á cada momento, y no volvia hasta la hora de comer. Comia y se ponia otra vez en marcha, y siempre en busca del poeta; llevábase por los parajes mas concurridos, se clavaba horas enteras en los cafés, delante del teatro á la hora en que se daban funciones, y pasaba, y volvia á pasar del uno al otro lado del puerto, devorando con la vista á cuantos se le presentaban, y esperimentando frecuentes sobresaltos y decepciones crueles por ofrecérsele de vez en cuando figuras que tenian alguna semejanza con Rojerio. Y á pesar de todo Rojerio no parecia, ni habia en todo Marsella el menor vestijio de este suspirado jóven. El dinero de María se iba acabando, y la mujer del barbero, que no miraba de buen ojo á su huéspeda, ya por saber lo que le gustaban al bribon de su marido las caras buenas, ya porque cuando María estaba en la tienda, ni la hija del barbero, ni

su madre se llevaban tantos obsequios de parte de los amigos, le propusó que se buscase un amo y que si ella queria se lo proporcionaria al momento. No podia proponerle la mujer del rapa moscas cosa que mas le conviniese, y á los dos dias ya estaba la doncella colocada de niñera en una casa de españoles, residentes en aquella ciudad desde los primeros disturbios de España. E infatigable en su propósito hacia con su niño al brazo lo que habia hecho hasta la sazon andando sola, y se pasó una semana, luego otra, luego otra, un mes, dos meses, y la pobre muchacha sabia tanto del paradero del poeta como el dia en que llegó á aquella ciudad.

Cierta tarde en que la pobre María estaba llorando en casa del barbero con su niño que jugueteaba al lado de la puerta, uno de aquellos que acudian á la reunion quotidiana de la tienda preguntó á la hija del barbero la causa de este llanto. Dijósela esta jóven y... ¡cáspita! (dijo el concurrente) ó yo me engaño mu-

cho ó yo he visto el nombre del caballero á quien busca esta muchacha en un periódico de Paris, *el Siglo*, me parece en un anuncio que hace para traducir toda clase de escritos del francés al español y del español al francés;" y haciendo saber acto continuo á María lo que aquel acababa de decir, mandó el barbero por el periódico, y en efecto veíase en los anuncios el de *Rojerio Pimentel de los Pinares, literato español*, conocido en los términos susodichos. Desde este momento quedó resuelto el partido que iba á tomar la intrépida María. Marsella le caia encima, Pimentel estaba en Paris y era preciso partir hácia Paris. En el anuncio de Pimentel estaba el nombre de la calle y el número de la casa y cuarto en que vivia; María se lo hizo anotar en un papel y se cosió este papel en el corsé para que no se le estraviase.

Pero una dificultad se presentaba en aquel momento: para ir á Paris se necesitaban cien francos y la pobre doncella no los tenia ni sabia de donde sacarlos.

¿Qué hacer? ¿aguardar recojerlos? con la soldada que recibia no era posible, porque tenia de aguardar mas de un año, y ni ella podia enfrenar por tanto tiempo su pasion, ni era posible esponerse á que Rojerio se trasladase á otra parte. Ocurióle en este conflicto la idea de escribirle una carta por ver si mandaria á buscarla; pero, ¿cómo escribir esta carta sin hablar en ella de Concha? ¿Y cómo hablar de Concha, sin esponer toda la catástrofe de su fuga y de su muerte? María no sabia escribir ni leer, y tenia que hacer las mas delicadas confidencias á un estraño para entrar en los permenores que ecsijia la carta proyectada. Pero al fin, á fuerza de pensar y rumiar lo mismo, fuese la niñera al encuentro de un escribiente y chapurreando el francés y el patué de Marsella, ó por mejor decir una jerga compuesta de francés, de patué, catalan y castellano, únicos adelantos que habia podido hacer á pesar de todo su esmero en retener el idioma del pais, llegó á poder

dar á entender al escribiente que deseaba una carta redactada en estos términos.

—« Muy señor mio: una mujer desdichada, que por quererle á V. muchísimo se halla actualmente en Marsella, deseosa de reunirse cuanto antes á V. por saber si la quiere V. como ella cree, le pide por el amor que le lleva que la mande á buscar á la menor brevedad posible, porque ella se halla sin medios; en la intelijencia que si V. deja de hacerlo se presentará de cualquier modo para morir á sus ojos, víctima de una pasion que no ha sabido nunca domeñar. »

Hecha esta carta, que dejó sin firma y anotada en ella la direccion que debia de darse á la respuesta, pagó María al escribiente y se fué á echar la carta al correo. Habíale dicho el que se la escribió que se necesitaban tres dias para ir y otros tres para volver; uno que ella ponia para recibir la carta, contestar y echarla al correo eran

siete: dentro de siete dias, se dijo, Rojerio me habrá dado una prueba de su amor; y como si no pudiese salirle ningun obstáculo que le disipase todas sus esperanzas, se paseaba hablando con los edificios y despidiéndose de ellos, diciéndoles con su niño en brazos y abandonada á sus delirios: «dentro de tantos dias ya no os veré mas."

Los siete dias aplazados se pasaron tambien, y al decirle el escribiente que no habia carta para ella, la pobre muchacha se quedó como si el rayo la hubiese cojido de lleno. Y aguardó un dia, y otro dia, y trás este otro y otro, y la esperada carta no llegaba, con grande confusion y espanto de María, llena ya en aquel momento de tristes pensamientos y terrores. Para colmo de su desdicha el niño de que cuidaba cayó gravemente enfermo y sucumbió á los pocos dias de su enfermedad, á consecuencia de lo cual se quedó la niñera sin ocupacion ninguna. En tan apurado trance María concibe el mas osado de los pro-

yectos: se informa de cuantos dias debe poner el que quiera irse á pié desde Marsella á Paris, y cuanto dinero necesita para alimentarse durante todo el trayecto. Si es V. la que debe hacer este viaje (le dijeron) necesita V. un mes y al menos cincuenta francos, y aun será preciso que se compre V. misma la comida. María vió menos grandes las dificultades, y arrojándose á los piés de sus amos que la querian, les pidió que le hiciesen la caridad de completarle cincuenta francos que necesitaba para marcharse á Paris. Movidos de lástima, estos querian retenerla, y viendo que eran vanas todas sus reflecsiones é instancias le dieron la cantidad que pedia, y héte á la infatigable muchacha con el legado de Concha, un hatillo donde no llevaba mas que una basquiña, un pañuelo y dos pares de medias, por la carretera de Aix, camino de Paris.

Dejemos por un momento en su viaje á esta cuitada, y veamos como y de que manera se hallaba Rojerio en la capital

de la Francia. El guarda costas que debia trasladarle á Marsella, contrariado por el viento se vió en la necesidad de ganar otra vez la rada de Barcelona, y al anochecer, cuando se disponia á salir, le vino un parte del gobierno superior del principado para que trasladase el pasajero á otro buque, y se hizo inmediatamente á la vela hácia las playas del Llobregat, donde acaso se necesitaria su concurso. La capital estaba en movimiento: el ejército del norte se habia apoderado de Irun y Fuenterrabía, y toda la masa carlista, con su reyastro y su córte fantasmagórica habia tomado el camino de Aragon, amenazado á Barbastro y arrojado de aquel reino se dejó caer en Cataluña, avanzando rápidamente hácia las montañas que circuyen el llano de Barcelona. Estos acontecimientos de grande cuantía alarmaron la poblacion de esta ciudad; la presencia del enemigo comun puso tréguas al odio y persecucion recíproca de los partidos, y todos á la una pedian las armas

para volar á la derrota de los rebeldes. Y en tanto que se verificaba esta union, cuyos lazos hubiesen sido perdurables si los corifeos de ambos partidos hubiesen marchado de buena fé, un laud mercante se hacia á la vela para Portvendres con Pimentel á su bordo, acompañado de dos mozos de la escuadra encargados de no abandonarle hasta la raya de Francia. Abordado al puerto de la aldea de Portvendres, Rojerio toma la ruta de Perpiñan donde era su intento aguardar, saber el paradero de su Concha y hacer que se le reuniera. Mas habiéndosele ofrecido una colocacion en un periódico de Paris, creyó que no debia despreciarla, y sin abandonar su proyecto y sus deseos, voló á la capital á establecerse del modo mejor que pudo. Su residencia en esta ciudad antes de volver á España con el capitan que le ahijó le habian hecho conocer qué dilijencias debian practicarse para crearse en ella una ecsistencia material, y como el escribia el francés tan pura y corectamente como

el español, bien pronto halló cabida en los folletines de los periódicos, sacando de su pluma los productos con que empieza á remunerar la civilizacion francesa al talento y al jénio, espósitos desvalidos hasta ahora en nuestra sociedad. Sin embargo, antes de estar colocado tuvo que echar mano todavía de las traducciones, y para ello puso en público el anuncio que descubrió á María su paradero. A la época de que hablamos ya habia insertado en el folletin de un periódico acreditado toda la novela que no habia podido vender en España, y penetrado de la agradable sensacion que habia hecho al público, estaba haciendo un librero de los de mas nota una lujosa edicion que le habia valido al poeta novelista, sobre lisonjera nombradía, buen dinero.

En esta coyuntura llegó á sus manos la carta de María. Loco de alegría Rojerio se arranca de su cuarto y de un salto se traslada á la casa de dilijencias, las recorre todas, y ni en la silla de

posta puede partir aquel dia. Esta contrariedad le hace pensar en sus obligaciones olvidadas en su rapto; es preciso esponer al director del periódico su necesidad de partir, y á pesar suyo no puede efectuarlo sino al cabo de seis dias de haber recibido la carta. Figurábase el cuitado que era Concha esa mujer desdichada que le queria tanto, y verlo anunciado de una manera tan misteriosa y con letra que no era suya, acababa de aguijonearle para volar al encuentro de su amada. Al fin partió con la dilijencia que habia tomado hasta Lyon, y como si todo le estuviese persiguiendo, tuvo que consumirse en esta ciudad dos dias por no haber hallado asiento en ninguna parte. Sube por fin al coche, resuena la corneta del mayoral en tanto que retiembla el suelo al estruendo del carruaje, y el paso de un carro lleno de piedras le parece al ajitado poeta mucho mas rápido que el de su dilijencia.

Entretanto María caminaba á pié y echando los bofes hácia Paris, habiendo hecho ya dos jornadas.

CAPITULO XXXIX.

FIN DE LAS GRANDES PASIONES.

Rojerio llegó á Marsella y, sin cuidar de buscarse alojamiento, se lanzó al encuentro del escribiente, al cual debia dirijir la respuesta á la carta que se creia ser obra de su Concha. Díjole este buen

hombre que él ignoraba el paradero de la persona que se la habia hecho escribir; que era una niñera española, cuyas señas le dió, y por ello acabó de venir el poeta en conocimiento de que era realmente Concha la mujer que le buscaba, acompañada de su fiel María. ¡Qué de pasos no hizo! ¡qué de dilijencias no practicó para descubrir su paradero durante los dias que permaneció en Marsella! Mas, lo mismo que á María de él, nadie le supo dar el menor indicio de Concha, tanto menos cuando eran las señas y condiciones de esta lo que espresaba á cuantos preguntaba por ella. Cansado al fin de sus infructuosas tentativas, acertó en presentarse en la prefectura para saber si estaba todavía en Marsella, ó que rumbo habia tomado su suspirada Concha, y dando ya en que tal vez esta cuitada habia disfrazado su nombre para ocultar mejor su condicion y circunstancias, preguntó entonces por María, y en efecto, supo que esta jóven habia salido para Paris unos seis dias antes de la lle-

gada de Pimentel á Marsella. Esta noticia acabó de sumerjir á Rojerio en la confusion mas alarmante. «¡María sola hácia Paris! ¡como puede ser esto! Concha va con ella: no hay remedio, esta infeliz lleva un nombre supuesto para burlar las pesquisas de su marido y borrar sus huellas. Volvámonos á Paris.» De esta manera se engañaba este desdichado amante, bien ajeno de sospechar siquiera la terrible realidad de los sucesos; y confiado de que habia de reunirse con ella, ya estaba para regresar á la capital, cuando por una casualidad dió con el barbero que habia colocado á María, y orientado por este, se trasladó á la casa donde María habia servido de niñera. Á lo que le contestaron en esta casa, su confusion llegó á su colmo, y cuando supo que María se habia marchado á pié y con tan poco dinero, un horrible presentimiento le empezó á descorrer el velo que le ocultaba el espantoso fondo de este drama, y tomó la dilijencia de Lyon con una ajitacion mas insoportable que

la que habia sentido á su salida de Paris. Sentado en el imperial, cuyo asiento escojió á propósito, devoraba ya de lejos cuantos bultos apercibia en la carretera; preguntaba en las paradas por la infeliz muchacha, cuyas señas esponia, y hubo de llegar á Lyon sin haber podido averiguar la menor cosa.

Tres dias antes de su llegada á Lyon, María habia salido de esta ciudad con un carruaje, en cuya oficina le habian asegurado llevarla hasta Paris por treinta francos. Ella no habia gastado mas que quince, alimentándose solamente de pan y queso y algunas frutas, y durmiendo en un rincon que le cedian en las posadas por caridad. Mas cuando llegó á saber que la llevarian de un tiron á Paris en tres dias, quedándole todavía cinco francos con que mantenerse, se desprendió de todo su dinero y llegó en efecto á la capital al cabo de los dias que le habian dicho. ¡Cual fué su aturdimiento y confusion al verse en medio de un patio cubierto de dilijencias que acaba-

ban de llegar ó estaban para salir para todos los puntos del reino y fuera de él! Los mozos de cordel y los cocheros que pululaban á su rededor, importunando á los pasajeros, acababan de atolondrarla, y sin saber que hacerse ni por donde tomar para ir al encuentro de Rojerio, no se movia de la sala de los viajeros con su hatillo debajo del brazo, cubierta de polvo y rendida de fatiga y crujimiento. Añádase á todo esto que su caudal no llegaba á dos francos y que la jerga con que hablaba era de todo punto inintelijible para los que no veian en su esterior grandes muestras de opulencia.

Al fin la pobre muchacha se decidió á tomar un partido ú otro; un cochero que no la dejaba de vista, conociendo por su aire embarazado y su traje que esta muchacha no sabia que hacerse, se le acerca y se le ofrece con toda la amabilidad de un francés que espera ganar dinero. ¿Sabria V. conducirme (le dijo la muchacha) á tal parte? y le enseñó el papel donde tenia escrita la direccion de

Rojerio. De mil amores, respondió el cochero, V. no puede ir sola: es demasiado léjos, y las calles muy intrincadas.

—¿Y cuánto pide V. por ello? (repuso la pobre niña ignorando las costumbres del pais.)

—Lo que está señalado, un franco, y si V. quiere dar algo para beber.

—Pues vamos allá, condúzcame V. á donde dice este papel.

Dos minutos despues ya estaba María volando por las calles de Paris, sentada como una gran señora en un cabriolé, y al cabo de media hora escasa, preguntaba al portero de una casa del cuartel de San German por D. Rojerio Pimentel de los Pinares. Inmóvil de estupefaccion se quedó la desdichada al contestarle el portero que el caballero por quien pedia no estaba en la actualidad en Paris, habiéndose marchado unos quince dias atrás á Marsella.

—¿A dónde voy yo ahora? (se dijo para sí misma la pobre muchacha) ¿quién me acoje en medio de este inmenso jen-

tío, donde no veo siquiera una cara conocida? ¡Desdichada de mí! ¡Qué he hecho! ¡Si yo lo hubiese sabido...! ¡Y él me está buscando tal vez por Marsella...! ¡Maldita sea mi poca paciencia...! Pero él sabrá que yo me he venido á Paris y volverá sobre la marcha.. y seré feliz... me quiere, ya me quiere como queria á mi señora. Yo solo le pedia dinero y él iba á buscarme en persona.... ¡oh! ¡cuanta felicidad es la mia...! ¡Ser la querida de Pimentel! yo me moriré de placer y de ventura si le veo hacer por mí lo que le veia hacer por mi señora, si me dice las cosas que le decia á ella....."

Tales eran las ideas que ocupaban, que absorvian la mente de esta malhadada muchacha, en tanto que se llevaba por una calle cuyo nombre no sabia siquiera, ni podia ya saber, porque el cochero no le habia vuelto el pedazo de papel donde lo tenia escrito, ni ella lo habia reclamado, esperanzada de que ya no lo necesitaria mas.

Llegó la noche, y estraviada la pobre

muchacha no sabia como ni de que manera hacérselo para hallar la casa de Rojerio y pedir siquiera al portero ó al amo de la casa hospitalidad hasta que volviese Pimentel, asegurándoles que, á mas de pagar todos los gastos que hiciere, les habia de dar este jóven las mas espresivas gracias. La noche fué adelantando, cerráronse las tiendas unas en pos de otras, las jentes y los coches disminuyeron rápidamente, hasta que por fin se halló sola en medio de la calle y tan abandonada como en lo mas intrincado de un desierto. Y tanto para descansar como para sustraerse á los lúgubres pensamientos que la asaltaban, se sentó junto á una puerta, se recojió cuanto pudo y se durmió.

La primera ajitacion del alba interrumpió su reposo, y echó á andar asi que vió otra vez las calles cubiertas de transeuntes; pero cuanto mas andaba, mas se alejaba de la casa de Rojerio. Con los pocos sueldos que le habian quedado mató el hambre que ya empezaba á ator-

mentarla, y asomando de vez en cuando á su pensamiento una idea horrible todavía tentaba volver á ganar la calle de Pimentel pareciéndole que habia de conocerla. El dia pasó, vino otra noche, y como la primera hubo de dormir la pobre María en el umbral de una puerta. Amaneció y aunque sin la menor esperanza de poder sacar ningun resultado, preguntó á una mujer de una tienda si sabia donde moraba D. Rojerio Pimentel de los Pinares. El lector ya adivina lo que contestaria esta mujer; pero interin que María se esforzaba en darle señas é indicios, un jóven entró en la tienda y la mujer le preguntó á su vez lo que le habia preguntado María. Contestó el jóven que él conocia de oidas este nombre, que era el de un folletinista y que en la redaccion del periódico donde escribia darian razon de él probablemente. Y viendo que la doncella no sabia las calles, ó mejor, conociendo de una ojeada que no era mal negocio acompañar á una bella jóven española, la cual podia recom-

pensarle el favor con otro demasiado lisonjero para despreciarle, se ofreció á servirle de conductor, la hizo subir en un *fiacre*, y de ida y venida, empezó á preparar la conquista que ya habia paladeado en su imajinacion. María bien distante de pensar en las intenciones siniestras de su mal amigo, entró por segunda vez en casa de Rojerio, é hizo al ama de la casa la proposicion de quedarse allí hasta que Rojerio volviese, lo que no podia tardar asegurándole que no quedaria perjudicada. El ama, harto escarmentada de los chascos que habia recibido tratando con estudiantes y *grisetas*, la tomó por una jóven perdida y se escusó absolutamente de admitirla. Presente estaba el jóven que la habia acompañado, lo cual acabó de perjudicar la opinion de la doncella, y viéndola abandonada en el desierto confuso de Paris, en vez de darle toda la proteccion que se merecia una pobre niña en semejantes circunstancias, se la llevó y de todos modos queria hacerla subir otra vez en

su coche para conducirla á su casa, proponiéndole vivir consigo con todas las conveniencias imajinables, si consentia en tomarle por amante. Horrorizóse María á semejantes proposiciones, y haciéndole mas miedo la presencia de este jóven corrompido que el abandono en que se hallaba, se indignó contra él, le echó noramala y se fué sola y desesperada por un estremo de la calle en tanto que ganaba el jóven el opuesto.

En tamaño apuro y cansada de esperar y sufrir, María sacó de su faltriquera un papel, á cuya vista se quedó un rato sin movimiento y sin color en el semblante. Dió algunos pasos mas, descubriendo en la alteracion de su rostro los últimos embates de su desesperacion y su esperanza, y tomando de repente una actitud resuelta, desdobló el papel, sacó lo que contenia y se echó á la boca lo que habia sacado, haciendo inmediatamente un movimiento que indicaba haber pasado su tragadero lo que habia metido en la boca.

—Ya está hecho (se dijo) ¡alabado sea Dios! Y aprovechando los pocos momentos de claridad de potencias que le quedaban, se puso á rezar un acto de contricion con todo el fervor de un cristiano ecsacto en el cumplimiento de sus deberes, y se iba á meter en una iglesia cuando detenida por una dilijencia que venia corriendo, se para en el umbral y á los dos momentos arroja un grito, como el que echaria un ajusticiado oyendo la voz de perdon al arrojarlo desde lo alto de la horca. Acababa de distinguir á Pimentel sentado en el imperial de la dilijencia que llegaba. Rojerio hubiese pasado de largo sin verla, pero al grito qne despidió María volvióse hácia ella como todos los viajeros y transeuntes, y la reconoció de la primera ojeada. Abalánzase el jóven al conductor y le ruega con una vehemencia asombrosa que pare el coche, y ya estaba pronto á saltar á trueque de quebrantarse los huesos por poco que el mayoral hubiese resistido. Mas no necesitó Rojerio grandes esfuerzos para con-

seguir que se detuviese la dilijencia: la jente de la calle se precipitó hácia las puertas de la iglesia que la dilijencia acaba de dejar; todos los vecinos salen á los balcones y á las tiendas; los *sergents de ville* pululan de todos lados, y una voz siniestra de *¡socorro, socorro! ¡un médico, un médico!* sucede al ruido estrepitoso que habian hecho el coche y la corneta del mayoral antes de pararse en medio de la calle. La pobre María que se iba resignada á morir en un rincon de la iglesia, cuando hubo visto á Pimentel se sintió llamada á la vida con todo el ardor de la esperanza, y se puso á gritar y reclamar »¡socorro! ¡socorro! ¡estoy envenenada! ¡me acabo de envenenar!

Rojerio saltó del coche, y por entre un espeso grupo de hombres y mujeres que se echaron sobre María, penetró fuera de sí y gritando mas que todos en el recinto donde yacia la desdichada doncella desfallecida, sin movimiento ni sentido en sus miembros, con el círculo livido

en sus párpados, saliveando espantosamente con el hipo de la muerte y vomitando cosas verdes y sanguinolentas que anunciaban haberse envenenado con el arsénico.

—¡Màría!.... (esclamó Rojerio arrojándose al cuerpo medio cadáver de la infeliz, y como si esta palabra y la espresion del rostro de Rojerio hubiesen sido una triaca, la envenenada se reanimó y pudo decir con una voz bastante firme, pero ecsesivamente tierna:

—¡Don Rojerio!!!

Prontos y atinados fueron los remedios que se administraron á la malograda jóven; la policía estaba allí; dos médicos la asistian haciendo beber tasas de agua tibia y leche, en la que desleian claras de huevo; la sangraron del brazo y le aplicaron en el vientre sanguijuelas, todo lo cual practicaban dentro de una tienda para no malograr los primeros momentos tan críticos en semejantes circunstancias. Rojerio desconsolado hasta el colmo preguntaba á cada mo-

mento á los médicos si se podia esperar algo, y no le costaba mucho penetrar que sus respuestas evasivas no tenian mas objeto que disimularle el dolor y desesperacion de que le miraban poseido.

Practicados los primeros pasos hizo Pimentel trasladar á esta desdichada víctima de su pasion á la casa de donde acababa de ser despedida con tanta crueldad. ¡Cual fué la consternacion y arrepentimiento del ama de Rojerio cuando llego á contemplar el fruto de su fatal denegacion á lo que habia pedido la doncella! Ella y Rojerio esplicaron á la autoridad las causas de este envenenamiento; y todo el mundo se sentia consternado al ver el fin funesto de los desdichados que abrigan un corazon tan grande.

Entre las cosas de que despojaron á María, hallóse la carta de Conchita para Rojerio, los dos retratos y la cabellera de la difunta. Apenas lo hubo visto Pimentel, ya no fué sola María la que necesitó los socorros de los circunstantes. El

veneno que esta inesperada noticia introdujo en su alma fué mas sútil y mas pronto que el que habia tomado María, y cayó desplomado con pérdida total de conocimiento y sentidos.

—¡Ah! (esclamó María al divisar por entre sus párpados ya prontos á cerrarse para siempre, tendido en el suelo á Pimentel) ¡Ha visto la carta y el cabello.... ya sabe que es muerta!.... ¡Se ha desmayado por ella!.... ¡por mí.... por mí que muero á sus ojos con la muerte que me he dado!..... Por mí..... ¡no! ¡ah! ¡he hecho bien!... ¡No me amaba!!!...

Y elevando otra vez su pensamiento al cielo le pidió perdon de su atentado y á los pocos momentos espiró.

Al dia siguiente casi todos los periódicos de Paris publicaban la relacion aflictiva de este suceso, el cual se hizo tanto mas interesante por cuanto jugaba un papel grandísimo en este drama un escritor conocido por sus bellas composiciones.

Ocho dias despues, los mismos periódicos decian que Pimentel habia de-

saparecido de Paris y que se ignoraba su paradero, habiendo, sin embargo, todas las probabilidades de que reposaba su cadáver en el fondo de la corriente del Sena, para cuya averiguacion se habian practicado algunos pasos.

Seis meses no habian trascurrido aun cuando un español, cursante de medicina en la facultad de Montpellier, entrando una tarde en la sala de diseccion, se clavó con una zozobra insoportable á dos pasos de una mesa donde estaba echado un tronco de cadáver, sin entrañas, con un brazo y la cabeza, horriblemente desfigurado por la agonía. El estudiante se acordaba de haber visto aquellas facciones en alguna parte, y recojiendo recuerdos se llenó de espanto y amargura al columbrar de léjos una idea terrorosa. Salió de la sala de diseccion, preguntó de donde habian traido aquel cadáver, y supo que habia muerto en el hospital de locos. Voló allá, se informó, y todo lo que pudo saber fué que el cadáver, por quien pre-

guntaba, habia pertenecido á un español, cuyo nombre ignoraban por no llevar sobre su cuerpo ningun papel ni pasaporte cuando entró en el establecimiento, habiéndole encontrado del propio modo en medio de un campo los que le habian conducido allí. En cuanto á lo que decia el loco, tan pronto en francés como en español, todo se reducia en *¡maldicion á la sociedad! ¡maldicion! ¡maldicion!*.... sin haber pronunciado nunca otras palabras desde que entró hasta que murió. Su entrada en el establecimiento databa de unos seis meses á aquella parte. Estos pormenores fueron escritos á un periódico de Paris que los insertó, y todo el mundo fué de parecer que el cadáver de Rojerio, alienado á fuerza de tamañas desdichas, habia ido á parar á una sala de diseccion.

CONCLUSION.

Recobrado de sus pérdidas D. Severo, y desembarazado de la cuita que le daba su venganza meditada contra Concha y su doncella, por haber pasado la primera á la mansion de los difuntos y la segunda á la de los criminales, se embarcó con D. Baudilio en el vapor que

partió á la madrugada siguiente del dia en que se hizo á la vela el guarda costas, á cuyo bordo iba Rojerio. Engañado por segunda vez en sus infernales esperanzas, se embarcó para Barcelona inmediatamente despues de haber sabido lo del trueque verificado con respecto á Pimentel, é hizo todo lo imajinable para saber su paradero y proseguir en sus planes de venganza. Mas las mudanzas de aspecto político de la capital de Cataluña le distrajeron de su diabólica tarea, y temiéndose que algun dia fuese víctima del pueblo, puesto que los ecsaltados se iban á reponer de los golpes descargados contra ellos desde la última bullanga, se trasladó á Madrid con su satélite D. Baudilio. Allí acabó de intrigar; fué nombrado marqués de Casavella y condecorado con no sé que cruces por su adhesion al trono de Isabel II y su celo en abastecer las fuerzas de la reina, y bajo su influencia el famoso D. Baudilio de los Julepes se alzó por fin, y en premio tambien de su patrio-

tismo y amor al órden, con el empleo suspirado de *vista* de una aduana fronteriza.

En las elecciones que sobrevinieron, D. Severo tuvo en Barcelona un número inmenso de votos para senador y otros tantos para diputado, y esta satisfaccion unida con la noticia que leyó en un periódico francés de lo que habia acontecido á Pimentel y María, acabó de constituirle en aquel estado de plena satisfaccion y contento de que disfruta en nuestra sociedad el hombre que tiene mucho dinero.

Por lo que toca á Catalina, de la cual no hemos hecho mencion desde su entrevista con el malhadado Sarriego, se fué olvidando rápidamente de su poeta; sus padres la casaron con un viejo que le compró ricos vestidos y la cubrió de diamantes; ella dice á sus amigas que es feliz, y estas lo creen, porque sobre tener un marido viejo y bonachon, tiene un cortejo jóven y astuto que suple todo lo que no alcanza aquel.

La pobre Gertrudis, curtida al trabajo y á las penas, no habia sabido sino de un modo muy vago las desdichas de su nieta, y fué acercándose al sepulcro confiada en la voluntad de Dios.

El desdichado Domingo, sin haber podido revelar nunca lo que hubo visto, llegó á la Habana y trabaja como un perro en un injenio de azúcar de su amo.

Finalmente, el librero patriota, que imprimió la sátira de Pimentel, asegura hoy dia á cuantos le preguntan cuánto sacó el poeta de su trabajo, que ni se llegó á recojer para los gastos de la impresion.... ¡Andaos con esto á ser poetas!

FIN.

